



Víctor Manuel Guzmán

**Apuntes autobiográficos
del propulsor del**

Ferrocarril del Norte

Colección  **Carangue**

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

Víctor Manuel Guzmán

APUNTES
AUTOBIOGRÁFICOS
DEL PROPULSOR
DEL FERROCARRIL
DEL NORTE



Colección: **CARANGUE** VOLUMEN XXXVII

Ibarra, 2021



Víctor Manuel Guzmán

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”,
Núcleo de Imbabura**

Luis Fernando Revelo C., *Director*

APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS DEL PROPULSOR
DEL FERROCARRIL DEL NORTE

© Víctor Manuel Guzmán

Víctor Manuel Guzmán Villena -Editor- 1996

Colección: CARANGUE Volumen XXXVII

Fotografías interiores: Archivo de la familia Guzmán

Diseño y diagramación: Julio Flores Ruiz

Primera Edición: Sistema Docutech de la Editorial Abya-Yala.
Quito-Ecuador

Segunda Edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana
“Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Octubre del 2021.

Impresión: Studio21
Quito-Ecuador

PRESENTACIÓN

Mariana Guzmán Villena

En el mes de octubre del año 1996, se publicaba “Apuntes bibliográficos del propulsor del Ferrocarril del Norte”, una obra de imprescindible presencia en la historia literaria ecuatoriana, ya que en ella se relata de una manera fidedigna la biografía de don Víctor Manuel Guzmán, quien en vida dejó como un preciado legado sus memorias, en las que sin faltar a la veracidad de los hechos imprime en aquellas su lucha denodada por lograr hacer realidad su ideal de conseguir la construcción del ferrocarril de Quito a Esmeraldas, pues apreciaba que aquella magna obra constituiría para Ibarra y en general para Imbabura, un aporte significativo en su desarrollo y por lo tanto una escalada en la economía de sus pobladores.

5

El relato biográfico de Víctor Manuel Guzmán discurre en una grata narración de su transitar vital. Inicia comentando su nacimiento un 30 de marzo de 1884; sus vivencias hogareñas, donde prevalecía un ambiente eminentemente cristiano, cuyos padres don Juan Manuel Guzmán y doña Rafaela Mera, armonizaban la estrictez con la comprensión y amor fraternal. Se refiere respecto a su educación con sencillas palabras “Las primeras letras aprendí en una escuela particular, regentada por don Roberto Moncayo, tío de mi padre y sobrino del Dr. Pedro Moncayo”. Prosigue relatando su enseñanza escolar, su etapa secundaria en el Seminario Menor San Diego y

posteriormente en el Colegio Nacional San Alfonso (Actualmente Teodoro Gómez de la Torre). Embelesa leer su época estudiantil, lo cuenta con un atisbo nostálgico, como a todos nos sucede al recordar aquella inolvidable fase.

Como bien asevera el personaje de este prólogo “...en el Colegio el joven adquiere la conciencia de responsabilidad y se le abre diferentes horizontes de la vida...”

Respecto a su educación universitaria comenta en su semblanza que por disposición paterna ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Central, pero pronto se convenció que no era de su agrado, y acogiendo su preferencia por el estudio del Derecho, se matriculó en la Facultad de Jurisprudencia, donde una de sus materias predilectas era el Código Civil. Por circunstancias familiares, como la grave enfermedad que aquejaba a su padre, con mucha tristeza tuvo que dejar sus estudios y volver hacia el terruño ibarreño, al que siempre añoró, sin duda prevalecía el gozo de volver al hogar, pero además había una poderosa razón, su corazón estaba comprometido de amor, habíase enamorado. Al respecto comenta que desde su niñez había sentido una irresistible simpatía hacia su pariente Victoria Lara, que en aquel tiempo constituía junto a Victoria Tinajero y Genoveva Carrión, los tres tipos de belleza femenina. Enternece leer su declaración de amor y la respuesta de la mujer amada “Si tú me quieres de veras, yo te amaré un mundo”. Así de sencilla, pero profundamente emotiva. Contrajeron matrimonio civil y eclesiástico el 23 de febrero de 1905. Una unión bendecida de felicidad e ilusiones y de regocijo al nacimiento de cada hija e hijo. Procrearon a Magdalena y Blanquita (gemelas), la que falleció a pocos meses de nacida; luego vinieron Germánico, Hugo, Beatriz, Lucila (que en su vida conventual se llamó Gabriela Hna. Betlemita) y Aníbal. Es un compendio maravilloso leer sobre su vida matrimonial y hogareña,

impregnada de inmenso amor, paz, respeto, jamás discusiones ni altercados, solo cariño y alegría. Impone sin duda un ánimo entusiasmado al describir la adquisición del inmueble para destinarlo al domicilio familiar, no sólo por ser el fruto de sacrificios económicos, sino por el hecho de haber nacido en él Pedro Moncayo y Esparza; casa que había pertenecido a su abuela doña Josefa Páez, madre de su progenitora María Esparza. Al referirse a aquel solar manifiesta don Víctor “es para mí un lugar de afección, ya por antecedentes históricos autenticado por tradiciones de familia”.

Sobre su labor educativa en el Colegio Nacional (Teodoro Gómez de la Torre), hay una extensa narración, pues diserta sobre las asignaturas que dictaba, su preferida, Literatura, sus relaciones con los docentes, sus funciones como Rector en el Colegio “Sánchez y Cifuentes” y la renuncia a tan importante labor, recibiendo del Obispo a esa época, Mons. César Antonio Mosquera, un oficio de agradecimiento y felicitación por haber cumplido con excelencia tal compromiso. Sobre su trayectoria política manifiesta que siendo muy joven aún formó parte de la Corporación Edilicia, actuando en la misma como Concejal y como Presidente e impulsado por el amor a su tierra querida coadyuvó en su desarrollo urbanístico. Se desempeñó como Presidente de la Junta Patriótica Pro Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo, recibiendo por su dedicación a ejecutar tal obra un Voto de Reconocimiento por la Asamblea de Municipalidades de Carchi, Imbabura, Pichincha y Esmeraldas.

En lo referente a su labor legislativa, se conoce que concurrió por dos ocasiones al Congreso como Diputado de Imbabura y una tercera vez a la Asamblea Constituyente (1937), además actuó como Senador principal por su provincia imbabureña y en esa calidad concurrió al Congreso Extraordinario en el año de 1947, para restituir el orden constitucional del país. Sería espacioso mencionar to-

das sus actuaciones, sus proyectos, en su desempeño como legislador. Pero justipreciando las mismas cabe señalar que siempre fue distinguido con galardones y felicitaciones.

No se puede omitir su trabajo periodístico, siendo lo más importante en este trajinar la fundación del periódico “El Ferrocarril del Norte, a través del cual motivó, exigió y consiguió la construcción justamente del ferrocarril Quito-Ibarra e Ibarra-San Lorenzo. Su lucha por este objetivo fue dura, permanente, pero con un alto sentido cívico. Además en la sección “Plumadas”, dejó impregnadas sus ideas, propuestas y su pensamiento, que también se trata en la obra ya mencionada. Sus primeros, pero por largo trecho, colaboradores, fueron don Nicolás Hidalgo y el doctor Tobías Mena, posteriormente sus hijos Germánico, Hugo y Aníbal Guzmán Lara. El periódico que significó para su Fundador y Director parte trascendental de su vida, se silenció al fallecer su creador el uno de marzo de 1949.

8

Toda esta recopilación de la historia de un hombre que amó a su terruño y lo demostró con ejecutorias que han permanecido en el tiempo y en la memoria colectiva de los ibarreños, y no con palabrerías y menos con actos corruptos que deslegitiman la responsabilidad que todo ciudadano está obligado a acatar, principios tan menoscabados en la actualidad; es gracias a la labor infatigable y dinámica de Víctor Manuel Guzmán Villena, nieto del autor biógrafo definido en este prólogo; quien animado por ese lazo perdurable de sangre y parentesco, con gratitud y admiración, con dedicación investigativa, ha rescatado una vez más la vida y trayectoria de Víctor Manuel Guzmán Mera, editando la obra que hoy pone a disposición de nuestra ciudadanía la Casa de la Cultura de Ibarra, gracias similarmente a su Director el Magíster Luis Fernando Revelo, personaje que por su trabajo y dedicación, ha elevado el nivel cultural de los ibarreños.

Pensamientos de Don Víctor Manuel Guzmán

El hombre apegado a las riquezas tiene el corazón endurecido, ni se compadece de las miserias ajenas, ni menos piensa en aliviarlas.

Peregrinos somos en el mundo y sería una necesidad detenernos en el camino. En esta vida estamos de paso.

Juzguemos a los demás benévolamente, sin ningún egoísmo no malquerencia. Amemos a nuestros semejantes, aún a quienes nos miran mal.

Que vale conquistar todas las cosas y glorias terrenas, si llego a perder el amor de Dios y con él la gloria eterna y perdurable.

No se debe escudriñar la vida ajena: basta y sobra con la propia.

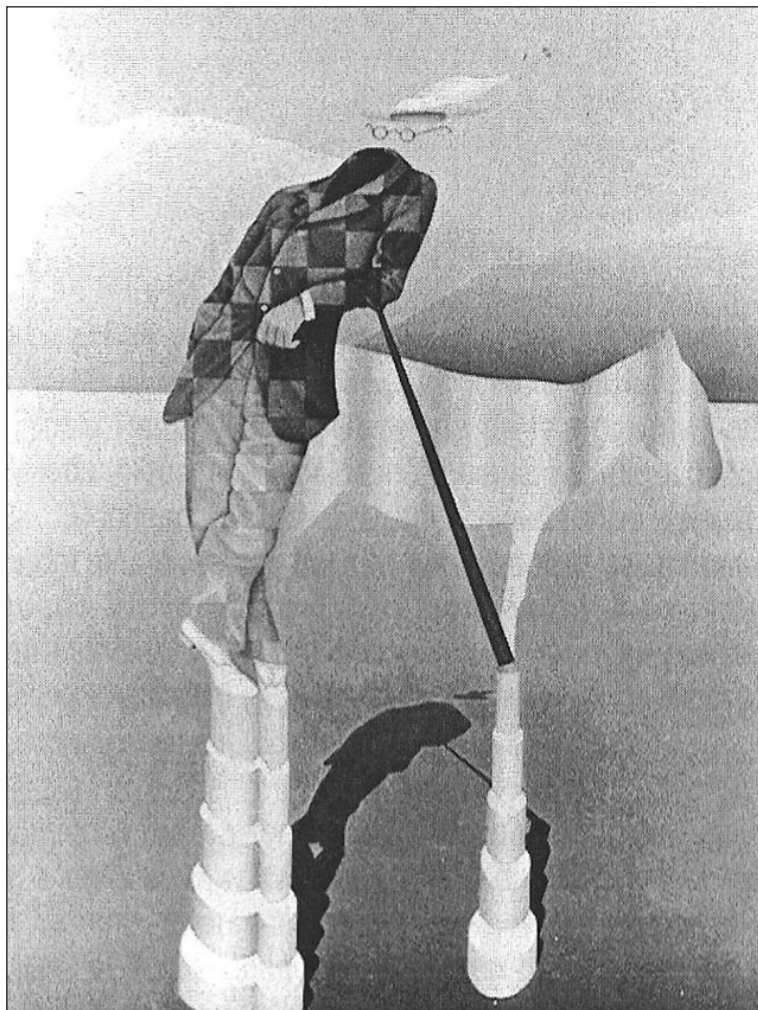
Quien desprecia a los pobres, desprecia a los mejores amigos de Dios.

Muy vil es la mentira, sus inspiraciones son el engaño y la cobardía. De palabra o por escrito debemos decir la verdad.

La más encumbrada soberbia se abate al estrellarse contra la fosa de un sepulcro.

Los Partidos Políticos, cualquiera que sea su nombre, están llenos de odio y de rencor, y siembra la discordia entre los hombres.

De los vicios, no de las creencias religiosas debe el hombre avergonzarse.



Óleo "Platero y Yo" de Oliverio Corrales

CONTENIDO

Presentación.....	5
Pensamientos de Don Víctor Manuel Guzmán.....	9
Contenido.....	11
Prólogo.....	13
Memorias íntimas	15
Nacimiento.....	15
Mi educación.....	16
Una disgregación sobre los Moncayos.....	16
Enseñanza primaria.....	17
Enseñanza secundaria.....	18
Enseñanza superior.....	21
Mi matrimonio.....	22
Vida pública.....	25
Labor educativa.....	26
En el Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre.....	26
En el Colegio Particular Sánchez y Cifuentes.....	29
Labor municipal.....	34
Labor legislativa.....	37
Labor periodística.....	42
La prensa nacional y la obra de Don Víctor Manuel Guzmán.....	52
Primer Editorial de “El Ferrocarril del Norte”.....	59
Último editorial de “El Ferrocarril del Norte”.....	62
Labor cultural a través del periodismo.....	63
Ibarra anecdótica y tradicional	67
El baño de las tres piedras.....	67
El río Tahuando.....	70
Costumbres españolas.....	74

Apego a la nobleza.....	78
Una histórica heladería.....	81
La catástrofe del 16 de agosto de 1868.....	84
La música.....	88
Velación de los muertos en las iglesias.....	91
Caranqui y sus fiestas de la Cruz.....	93
El espíritu guerrero de nuestros coterráneos.....	95
Una obra colonial.....	98
Las fiestas de El Convite.....	100
El Padre Jibaja.....	103
La Luterana: ¿Quién fue ella?.....	106
Patricio Duende.....	108
Dos veteranas con ribetes de Celestina.....	110
Un paraje misterioso.....	113
Tres amigos inseparables.....	115
Personajes raros y extravagantes.....	118
Taita Chepe.....	121
El benemérito Martín Sánchez.....	124
Don Teodoro Gómez de la Torre.....	128
El Primer Grito de la Independencia.....	130
Los gobiernos de facto.....	133
Los presidenciables.....	137
Las elecciones de antaño.....	140
Oradores.....	144
La ley y sus diversas interpretaciones.....	148
Umberto Eco:	
Volvemos los ojos a la cultura escrita.....	150

PRÓLOGO

UNA OBRA ESCRITA CON AMOR

Decía González Suárez que el amor a la tierra es una virtud tan grande que Cristo la practicó hasta llorar por la suya, sabiendo que sería invadida y saqueada. El patriotismo y el afecto por el lugar natal han sido por ello actitudes humanas enormemente valoradas por los cristianos viejos. Esta obra de Don Víctor Manuel Guzmán es testimonio de ello, porque recoge actitudes de entrañable cariño a Imbabura.

En realidad, Guzmán, no es sólo un “querendón” más de Imbabura, sino un destacado exponente de la cultura local de Ibarra y la Provincia. Nació aquí y aquí vivió su vida entera dedicado vocacionalmente al periodismo, el magisterio y el servicio público.

Entre las facetas más importantes de la vida de don Víctor quizá la que más descuella es la de periodista. Escribía bien y emprendía en grandes tareas de opinión pública, pero su mayor temple se reveló en la tenacidad con que mantuvo su esfuerzo de comunicador social. La lista de publicaciones periódicas en nuestra provincia es extensa, como lo atestigua el trabajo del Canónigo Elías Liborio Madera, que coleccionó la mayoría de ellas; pero la gran mayoría fueron esfuerzos de pocos números, en el mejor de los casos, de pocos años. El Ferrocarril del Norte, sin embargo, duró treinta y dos años.

Aunque en varias etapas de la publicación don Víctor contó con la colaboración de destacadas personalidades como José Nicolás Hidalgo, Tobías Mena y Manuel Enrique Pasquel Monge, la obra

de la preparación, redacción e inclusive la venta de El Ferrocarril del Norte fue personalmente suya. El periódico era él. Así lo entendió Ibarra, cuando recibió semanalmente ese órgano de prensa transformado en su biografía y testimonio.

En El Ferrocarril del Norte no se encuentra solamente una constante defensa de esa obra, considerada por años como la redención de los pueblos septentrionales del Ecuador, sino una crónica detallada y cariñosa de la realidad de Ibarra y la Provincia. La mantuvo don Víctor contra toda dificultad y con grandes sacrificios suyos y de su familia, algunos de cuyos miembros ayudaron también en la quijotesca tarea.

Otro aspecto relevante de la vida de Víctor Manuel Guzmán fue el magisterio. A la enseñanza especialmente secundaria, dedicó largos años de su vida. Los colegios Teodoro Gómez de la Torre y Sánchez y Cifuentes fueron objeto de su notable esfuerzo de educador. También la actuación parlamentaria fue una actividad destacada de don Víctor, como puede verse en las páginas de esta obra.

El libro que ahora se presenta al público contiene una breve y escura autobiografía del autor en la que aparecen los aspectos más relevantes de su vida; incluye también una selección de artículos referidos al Ibarra tradicional, allí desfilan las beatas, los filántropos, los personajes típicos, los presagios de terremoto y varios hechos memorables de la vida de la ciudad. Son textos cortos, amenos y llenos de cariño hacia la tierra.

Enrique Ayala Mora

MEMORIAS ÍNTIMAS

Nacimiento

Nací un domingo, a las once y media de la noche del 30 de marzo de 1884. Al siguiente día fui bautizado en la Iglesia Parroquial, según consta de la siguiente partida que, tomada textualmente del libro de bautismos de españoles, dice así: “El infrascrito cura excusador de esta Parroquia, a los 31 días del mes de marzo del año 1884, bautizó solemnemente a Segundo Víctor Manuel, hijo legítimo de Juan Manuel Guzmán Moncayo y Rafaela Mera Mesa. Fueron sus padrinos el señor Teodoro Andrade y su señora Mariana Cevallos, a quienes advertí su obligación y parentesco. Lo certifico f) José Antonio Merlo”.

15

Mi nacimiento fue en Ibarra, en casa de propiedad de mis padres, situada en la esquina de la plaza de La Merced, carrera García Moreno, intersección Olmedo, hoy de propiedad del señor Manuel Terán Monge. No recuerdo haber vivido en esa casa que dejó de ser de mis padres cuando yo fui niño.

Mis padres fueron muy creyentes y tenían particular devoción por la Santísima Virgen de las Mercedes y por la Madre Virgen de los Dolores. Mi infancia se desarrolló en ese ambiente. No he olvidado la fervorosa devoción con que, en casa, se celebraba el Mes de María, con la asistencia de muchos vecinos.

Mi educación

Las primeras letras aprendí en una escuela particular, regentada por don Roberto Moncayo, tío de mi padre y sobrino del doctor Pedro Moncayo.

Una disgregación sobre los Moncayos

El doctor Pedro Moncayo y Esparza tuvo dos hermanos: Tomás y José Moncayo.

El primero casó en Guayaquil con una señora Ballén. Aún existe descendencia de ese matrimonio. José casó con Felipa Yépez. Fue un matrimonio muy bendecido por Dios, por su numerosa prole. Recuerdo los nombres de los siguientes hijos: Trinidad (mi abuela), casada con Manuel Guzmán de León; Hipólito que fue (General de la República); Dolores; Rosario; Juana (casó con mi abuelo Manuel, después que murió Trinidad, su primera mujer); Pedro; Roberto; Aparicio; José (abuelo del escritor Hugo Moncayo) y; María del Carmen.

Mi bisabuela, Felipa Yépez tuvo dos hermanas: Luisa, quien casó con don Manuel López. Hija de este matrimonio fue Juana López, mi suegra más tarde. La otra hermana de Felipa fue María de Jesús, quien casó con don Miguel Oviedo y el mismo día del matrimonio, conservando su virginidad, ingresó en el Convento de las Monjas Catalinas, en donde fue priora y murió de edad avanzada.

Volviendo a los Moncayos, cabe anotar que si bien al doctor Moncayo se le ha recordado como el Padre del Liberalismo ecuatoriano, pero la verdad es que en los Congresos y Asambleas Le-

gislativas a los cuales concurrió, nunca se manifestó descreído, sino que, por el contrario su criterio fue católico, como aparece en las actas de 1845. Y es que todos los Moncayos fueron muy creyentes. Conocí un retrato al óleo de mi bisabuelo José Moncayo, de esclavo, al pie de la Santísima Virgen. En su época se lo tuvo como un hombre sumamente virtuoso y ejemplar. El doctor Pedro Moncayo casó en Lima con la Marquesa Juana de Lama. En 1850 nació en Quito mi padre Juan Manuel Guzmán y el doctor Pedro Moncayo, su tío abuelo fue padrino de bautizo. En mi mocedad recuerdo haber leído una carta-contestación dirigida a mi padre, en la que, refiriéndose a mi nacimiento, le recordaba que me educase bien, para que sea “buen ciudadano y luchador”. Esta carta era escrita en papel satinado azul.

Enseñanza primaria

Después del deletreo que con tanto cariño me enseñaba mi bondadoso tío abuelo, Roberto Moncayo, pasé a una escuela fiscal establecida en la casa que hoy ocupa la “Escuela 28 de septiembre”. Mucho extrañé los mimos y contemplaciones de mi primer maestro, pues el segundo era un señor pelirrojo, muy irascible, y esa actitud me infundía miedo, circunstancia muy perjudicial para el desarrollo de una eficiente labor, especialmente tratándose de los primeros pasos en la enseñanza.

Al año siguiente vinieron los HH. Cristianos y, bajo su dirección, terminé la primaria. En ese entonces predominaba el aprendizaje memorístico riguroso, y si el látigo y la palmeta se empleaban como sistema correctivo, pues predominaba el criterio de que “la letra con sangre entra”, de esas sanciones no fui víctima, porque me “quemaba las pestañas” hasta aprender al pie de la letra las lecciones. De mis profesores, como el H. Octaviano conservo gratos re-

cuerdos. No cabe duda, los hijos de la Salle han sido, son y serán eminentes educadores.

Enseñanza secundaria

En la noche del 8 de octubre de 1896 rendí el examen de ingreso ante el tribunal respectivo del Colegio Seminario Menor San Diego. Fui aprobado con tres primeras, equivalente a sobresaliente.

De los siete años que en ese entonces comprendía la enseñanza secundaria, los cinco primeros cursé en el Seminario y los dos últimos en el Colegio Nacional San Alfonso (hoy Teodoro Gómez de la Torre).

En el primero tuve como competentes profesores a los sacerdotes: Canónigo doctor Alejandro Pasquel, Canónigo doctor Telesforo Peñaherrera, Presbítero Carlos Rueda, Presbítero Miguel Sánchez, eminente matemático. En el segundo, a los señores don José Domingo Albuja, Eduardo Grijalba, doctor Elías Almeida.

Plácida, serena y apacible es la vida del estudiante, y de mi paso por esos planteles guardo las más delicadas impresiones. De pequeño, nunca fui hostilizado por los grandes, o sea por los filósofos; al contrario, viendo éstos que el rector doctor Alejandro Pasquel, hombre de espíritu amplio y comprensivo me miraba con deferencia, llamándome el “doctorcito”, por mi comportamiento circunspecto, era a nombre de ellos el pedidor de los asuetos que nunca negó tan virtuoso sacerdote. Ya estudiante de retórica, ingresé en el número de los “grandes”, con beneplácito de los “mayores”, que lo eran de verdad pues algunos ostentaban mostachos, y eran de los que por la noche, burlando la vigilancia del internado y escalando los derruidos muros de la Compañía salían

flauta en el bolsillo a dar serenatas, hasta que fueron sorprendidos en pleno canto por un profesor y expulsados de inmediato. Uno de ellos tenía por lo menos 25 años de edad y era tipazo en eso de “hacer hablar” a la flauta...

No he olvidado de un incidente. Era alumno del primer grado de gramática y para una fiesta del colegio escribí un sainete, que lo representé con mis compañeros de curso, Reinaldo y Miguel Cabezas Borja, Víctor M. Almeida, Aurelio Jaramillo y uno de Tabacundo, cuyo nombre y apellido no recuerdo, pues por el papel que representó de Fray Michola sólo era conocido por ese nombre. La representación se verificó en el salón de estudios en presencia de profesores y alumnos. Todos se destornillaban de risa, sin duda por los adefesios, pero yo me sentí satisfecho del éxito, resuelto a escribir una comedia para estrenarla el 31 de mayo. Avanzado estaba el trabajo, pero un día, no se si por buena o mala fortuna fui sorprendido por un profesor que hacía la vigilancia en el salón de estudios. Me arrebató el cuaderno, lo despedazó, increpándome en el sentido de que, en vez de estudiar, pasaba el tiempo escribiendo disparates. A la edad de doce años, disparates y muy grandes debieron ser; pero siento hasta hoy la pérdida o destrozo de ese ensayo, y no volví a pensar en ello después de semejante tunda del profesor que, lejos de reprender debió estimular el empeño. Ya se ve, de pedagogía estaba en ayunas y cerraba en vez de dar ensanche a los vuelos e iniciativas de una mente infantil.

Por qué salí del Colegio Seminario? En esa época eran siete los años de enseñanza secundaria y al ingresar en el sexto o sea en el segundo curso de filosofía se nos notificó que, por disposiciones del I. Obispo González Suárez se aumentaba un año más de Filosofía. Ocho años de secundaria parecía demasiado y entonces alrededor de 40 estudiantes solicitamos el pase al Colegio Nacional.

Este establecimiento corría riesgo de desaparecer. Pues apenas el número era entre 25 y 30, mientras en el seminario pasaban de 120. En ese entonces se decía, pero yo no puedo afirmar tal cosa, que la orden emanada del I. González Suárez fue con el propósito de defender la estabilidad del Colegio Nacional, descongestionando al Seminario, del cual, no obstante su crecido número, eran muy pocos los que iban al Mayor. El aumento de un año más no tuvo su realización.

Terminados en el Colegio Nacional los dos últimos años de filosofía, el 27 de julio de 1903 obtuve la investidura de bachiller en filosofía y letras, con la calificación de “tres primeras”, justa recompensa a mis desvelos, pues en preparar el grado, sin someterme a sorteo de las tesis, sino que renuncié, empleé todos los días de ese mes, con un estudio de catorce horas diarias.

20

No cabe duda que en el colegio el joven adquiere la conciencia de responsabilidad y se le abren los diversos horizontes de la vida; pero esa labor educativa no puede ni debe ser patrimonio exclusivo de los profesores; al contrario, sobre los padres de familia, pesa la obligación primordial, no diré de apoyar, sino de promover en el hogar la educación de sus hijos. Y esta orientación, gracias a Dios, no me faltó en el hogar. Mi padre, hombre de estudio, egresado de la Universidad Central, con el título académico de agrimensor, –lo que hoy diríamos ingeniero– vivía absorbido en levantamiento de planos; fue el primero quien levantó el de Ibarra. Bondadoso en medio de su austeridad, a mi, sin duda por ser el último de sus hijos me miraba con especial solicitud y cariño. Siempre me trató en diminutivo, inculcando en mi corazón sentimientos nobles, y en mi mente la idea de cumplimiento del deber a través de todo sacrificio. Mi madre, mujer inteligente, muy amante de la lectura y perspicaz, estimulaba en mi los sentimien-

tos de pundonor o amor propio, recomendándome siempre no ocuparse jamás en el mal de los demás y perdonar cuando se es ofendido. Bendita sea la memoria de los autores de mi vida, después de Dios.

Enseñanza superior

Con la amargura de la primera ausencia del hogar, el 8 de octubre de 1903 arribé a la capital, con el objeto de ingresar a la Universidad Central. Tenía inclinación a la jurisprudencia; pero, por corresponder a los deseos de familia, obtuve la matrícula en medicina. Dos días concurrí al “San Juan de Dios” pero el tufo del hospital que era pungente en salas atestadas de toda clase de enfermos, me convenció de que ese ambiente no me era halagüeño y nulitando de inmediato la matrícula, saqué otra para ingresar en la Facultad de Leyes. Allí me encontré satisfecho; mis estudios los hacía con entusiasmo y decisión. Eminentes profesores como los doctores Carlos Casares, José María Borja, Aurelio Villagómez acentuaban mi vocación. Intervine en un certamen de Derecho Romano, y en exámenes finales obtuve muy altas calificaciones, especialmente en Código Civil, en cuya asignatura las tres primeras eran difícil adquirir, pero por fortuna las conseguí. El profesor doctor Casares, por su carácter grave y austero, por sus preguntas lapidarias infundía terror. A la primera llamada para rendir el examen los estudiantes generalmente no respondían, quedando de hecho aplazados, y yo, no rehuí presentarme; tal era la desesperación de volver a Ibarra, centro de los afectos más caros de mi corazón.

Los estudios universitarios hube de suspenderlos por circunstancias económicas desfavorables. Mi padre, a consecuencia de grave enfermedad al hígado ya no pudo sostenerme, y con toda la

amargura de mi alma, falleció después de larga postración el 10 de junio de 1907. Mi madre, muy devota de San José murió el 19 de marzo de 1938.

Habiendo sido rico mi padre, no dejó fortuna; al contrario, desde mi niñez, sentí y saboreé las estrecheces de la pobreza. Albacea de la testamentaria de su padre que fue acaudalado importador, pagó en dinero a todos los herederos; él fue quedándose con los créditos y documentos cuantiosos que no pudo hacerlos efectivos, porque, decía: “no quiero atormentar a nadie”. Documentos que un buen día los quemó, sabedor de que mi hermano mayor Juan, pretendía cobrar. Un hombre rico de Ibarra era uno de sus deudores. Ya en artículo de muerte, por medio de un sacerdote, se le recordó esa obligación, y por toda contestación dio esta: “cierto que debo al señor Guzmán, pero el crédito comercial está prescrito y no pagó”. Que Dios le haya perdonado, como mi padre perdonó a sus deudores.

22

Mi matrimonio

Desde la niñez tenía una irresistible simpatía para mi pariente Victoria Lara, y esa simpatía de la infancia, en la juventud de los 17 años se convirtió en una llama de amor intenso y puro. A hurtadillas de mi padre leía novelas románticas, y esta circunstancia añadida a mi temperamento sensitivo, pleno de emotividad e idealismo, convirtieron ese amor en una hoguera irresistible. Acaso Dante, el poeta florentino, no amó con tanta intensidad a su Beatriz...

Victoria era uno de los tres tipos de belleza de ese tiempo- Nota: Las otras dos eran Victoria Tinajero y Genoveva Carrión-, y a las cualidades físicas unía las morales en grado máximo. Virtuosa, despreñada, de alma blanca, apacible, de admirable serenidad mental, llena

de ingenio en sus comentarios. Me comprendió y la comprendí: eran dos corazones juveniles que latían al mismo ritmo...

Tímidamente, en frase entrecortada, le hice mi primera declaración de amor; mirándome dulcemente y brillando en sus arqueadas pestañas, como gotitas puras, heridas por la luz de sus pupilas, con esa ingenua sinceridad, flor de alta excelencia moral, me respondió: “si tu me quieres de veras, yo te amaré un mundo...” Y desde ese día nos juramos amor: vivir yo para ella, y ella para mi. Y lo hemos cumplido. La ausencia de ella, en todo tiempo ha sido para ambos, así la separación fuese por pocos días, el mayor de los tormentos. En la hoja que se desprende de la rama que sacude el viento; en el brillo nítido de la flor que se abre al beso de la aurora; en la fuente que corre presurosa por entre esbeltos ramajes; en el ave que trina; en todo, he sentido siempre el suspiro de mi novia y luego de mi esposa ausente. Nuestro amor, ha sido, sin sombras y sin ocasos; cada minuto parece que nos amábamos más y más. Un amor casto tenía que ser bendecido en el altar y con la bendición de nuestros padres se verificó nuestro matrimonio civil-eclesiástico, en la noche del jueves 23 de febrero de 1905, siendo ambos menores de edad...

23

En este matrimonio feliz, lleno de crecientes ilusiones, hemos tenido los siguientes hijos: María Magdalena y Blanca Lucila –gemelas– nacidas el 4 de enero de 1906; Víctor Germánico, nacido el 15 de diciembre de 1907; Hugo Alfonso, el 25 de julio de 1911; Beatriz Victoria, el 12 de octubre de 1913; Sara Lucila, el 17 de enero de 1916 (hoy religiosa Betlemita) y Aníbal Eduardo, el 15 de febrero de 1923.

De las dos primeras primogénitas, Blanquita murió el 22 de octubre de 1906, y hasta hoy, cada vez que veo su retrato siento una dolorosa herida en mi corazón. Criatura bonita, sentíamos los pa-

dres una especie de vanidad, y Dios la llevó al cielo. Bendecimos su voluntad.

Hogar venturoso y tranquilo. Nunca la más leve divergencia. En las contrariedades de la vida pública, a él retornaba con ansiedad y es para mí un remanso espiritual, un oasis vivificante y reparador, porque siempre encuentro a mi esposa, dulce, cariñosa y con los brazos abiertos para recibirme. En los años de vida matrimonial, nunca le he visto iracunda ni fruncida el ceño: afable, tierna y sonriente, son sus características, como emanación constante de su paz espiritual. Para ella no hay sino su hogar: allí es su centro; ahí está su trono. Lo de afuera no le preocupa. Los exhibicionismos sociales no le agradan, huye de ellos y jamás he pretendido violentar su manera de ser. Al contrario, respeto y admiro su contextura moral, muy rara, por cierto, en esta época de tantas superficialidades. Es “la perfecta casada”, y para mí, el libro admirable y abierto que, con este título, escribiera el inspirado cantor cristiano, Fray Luis de León, le es aplicable.

24

Gracias al espíritu de abnegación de mi mujer querida y a costa de esfuerzos y sacrificios propios, adquirí en compra el solar y luego construí la casa en donde vivimos y que tiene para mi un valor de afección, ya por el antecedente histórico autenticado por tradiciones de familia de haber nacido en ese lugar el doctor Pedro Moncayo y Esparza, pues la antigua casa perteneció a su abuela doña Josefa Páez, madre de María Esparza; ya principalmente porque la casa, fruto de privaciones, ha sido y es el albergue sagrado de mi familia, cuyo ambiente de amor, de paz y tranquilidad enerva mi corazón de dulces emociones.

Amante de mi hogar, en relaciones sociales he sido muy parco y en mis amistades siempre leal, consecuente, respetuoso, procu-

rando no herir, como diría Amado Nervo, ni con el pétalo de una rosa. Por eso conservo amistades inalterables a través de largos años de haberlas cultivado. Y es que la amistad, para ser duradera, debe inspirarse en la delicadeza de procedimientos y en el afán constante de hacer algún bien siempre que se pueda. Nunca he juzgado mal de los demás, y en respetar el honor ajeno, he puesto particular empeño: a todos miro con efusiva simpatía, sin abrigar sentimientos rencorosos para con nadie. Si acaso tuviere enemigos serían gratuitos, porque, repito, mi conciencia no me acusa de haber causado daño a nadie. Algunas amistades me han hecho objeto de sus confidencias y me han solicitado consejos, sin duda porque sabían que las confidencias quedaban encerradas en el cofre de la discreción y de la reserva. En cuanto a consejos, era difícil que los diera atinados, quien, como yo, necesito recibirlos; pero así y todo aprecian y aceptan cualquier concepto mío, vertido sin ínfulas de superioridad, que nunca las he tenido, pues siempre me he considerado hombre débil y deficiente, procurando adquirir el “noscete ipsum” del filósofo griego Sócrates, para no conceptuarme más de lo que soy: pequeño, y lo afirmo sin fingidas modestias. La vanidad, la presunción, el orgullo, la soberbia, nunca se han anidado en mi corazón.

Vida pública

En 1905, los primeros cargos públicos que desempeñé fueron Alcalde Cantonal y Secretario Municipal.

En febrero de 1906 fui nombrado Inspector Repetidor del Colegio Nacional. Cargo muy difícil y comprometido, pues tenía, según el reglamento, la obligación de reemplazar a los profesores que no concurrían a dictar clase; muchas veces, ni siquiera por

motivos justificados, sino por estar paseándose en la plaza principal; pero más de una ocasión, me sacó de apuros el portero Echegaray, hombre muy serio, quien a la fuerza conducía al colegio al profesor incumplido, amonestándole en el cumplimiento de sus deberes.

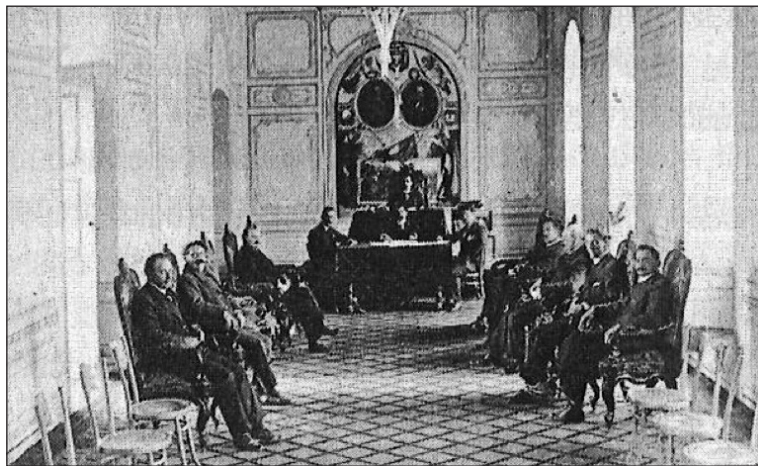
En septiembre de 1906 por el Ministerio de Educación y luego por el Consejo Superior de Instrucción Pública fui nombrado profesor de literatura.

Labor educativa

En el Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre

La cátedra de literatura, muy conforme con mi gusto, la desempeñé sin interrupción alguna por el tiempo de 26 años. Durante ese lapso, en diferentes épocas, corrieron a mi cargo otras asignaturas, como Historia Universal, Contabilidad, Higiene Pública, Instrucción Moral y Cívica.

26



Reunión Inaugural del Ilustre Concejo Municipal de Ibarra en 1915.

Como me sentía con vocación especial para el trato con los jóvenes, a quienes estimulé, lejos de desalentarles, la cátedra preferí a cualquier otra situación efímera. Dos veces fui propuesto para la Gobernación de Imbabura; pero cargos políticos jamás me han atraído, y me excusé, manifestando lealmente que esas situaciones no se amoldan a mi temperamento y carácter. Por nueve años ininterrumpidos desempeñé el Vicerrectorado del Colegio y me separé de ese querido establecimiento, no tanto por haber obtenido mi jubilación, sino porque dadas ciertas circunstancias, mi delicadeza personal así lo exigía. De parte de mis superiores, de mis coprofesores y alumnos siempre fui objeto de especiales consideraciones. De los años pasados en el “Teodoro Gómez de la Torre” conservo en mi mente los más gratos recuerdos y en mi corazón los sentimientos más afectuosos.

Separado del rectorado el señor Luis Fernando Villamar, por renuncia; también yo, después de algunos meses, me separé, y cuando el señor Villamar fue nombrado Ministro de Educación, me propuso el cargo de rector del colegio. Yo le acepté sin mayor entusiasmo, pues en esa época, como en todas, prevalecía la recomendación política ante el gobierno, y nunca he movido esos resortes.

Transcurridas algunas semanas de dicho ofrecimiento, recibí una carta del Ministro Villamar quien, entre otras cosas, me decía lo siguiente: “Infinitamente contrariado me encuentro por no haberme sido posible realizar mi vivo deseo de cumplir a tiempo el ofrecimiento que le hice con respecto al rectorado del colegio. En el curso de las últimas semanas, mi ánimo ha sostenido una lucha muy amarga por este motivo y créame es un verdadero pesar y hasta vergüenza, que me veo obligado a manifestarle esta circunstancia. Pero confío en la benevolencia del amigo, en su alta comprensión y nobleza, para esperar su generoso disimulo...” “Ayer

no más, manifestándole al señor encargado, las dificultades en que me encontraba con respecto a usted y al doctor Sandoval para el rectorado del colegio me decía: ‘Si no fueran estos momentos tan delicados para el gobierno y para el país, en vísperas de unas elecciones en las que habrá, como hemos garantizado, absoluta libertad de sufragio, y si el cambio de una autoridad en una provincia que parece tranquila, no despertase recelos y suspicacias, nada sería más fácil que llevar a uno de los dos amigos suyos a la gobernación y al otro al rectorado’. Así pues, no habiendo por el momento una situación conveniente para el doctor Sandoval que justificase su salida del colegio, tengo que dejarlo allí, aún sacrificando a mi excelente amigo señor Guzmán, quien comprenderá las razones que le expongo y me perdonará. Pasadas las próximas elecciones, querría usted permitirme insinuar su nombre al Gabinete para la gobernación?. Espero, y una vez más, de la nobleza de usted una excusa generosa para su invariable y adicto amigo f) Luis F. Villamar”.

28

Mi contestación estuvo concebida en estos términos: “Ibarra 1 de diciembre de 1933. Señor Don Luis F. Villamar.- Quito.- Muy apreciado señor Villamar: Siento en el alma las infinitas contrariedades por las que ha pasado usted con motivo del nombramiento de rector, ofrecido por usted. Anticipadamente, tuve noticia de ciertos resortes e influencias que se movían en orden a ese cargo, cuya designación no constituyó para mí una sorpresa ni mucho menos. Por lo demás, de nada tengo que disculpar ni disimular. El ministerio de su digna dirección era muy libre de proceder en cualquier sentido, así fuese ‘sacrificando a su excelente y querido amigo’, como usted tan bondadoso me considera, pues ese sacrificio quedará compensado si él redundará en favor de los intereses públicos del Colegio Teodoro Gómez de la Torre, en donde usted y yo pusimos todo nuestro corazón y espiritualidad,

con fe, entusiasmo y amor a la juventud. Quedo en espera de alguna oportunidad para testimoniarle, como siempre, la invariable decisión con la que, una vez más se suscribe su muy leal y adicto amigo f) Víctor M. Guzmán”.

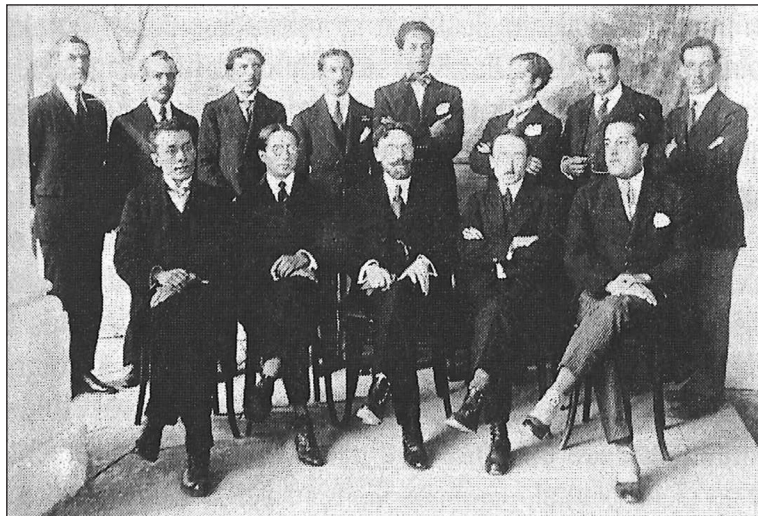
Posteriormente, en 1937, fui propuesto por el gobierno para ocupar el Rectorado del Colegio Teodoro Gómez de la Torre, pero mi excusa fue terminante, pues habiendo actuado en la Constituyente de ese año, mal podía aceptar un cargo en un régimen que surgió mediante la disolución de la Asamblea Constituyente. Mi delicadeza no lo permitía. También se me ofreció la gobernación, y mi excusa fue igual. Mi repugnancia a cargos políticos ha sido invariable. La primera vez fui propuesto, a nombre del Gobierno, por el doctor Salazar Gómez, en 1924, y preferí continuar con mi cátedra en el colegio. Mi espíritu de paz, de pulcritud en los procedimientos ha encontrado siempre un ambiente propicio en los claustros de un colegio, en trato y comunicación con la juventud, y nunca me he conceptuado hábil para todo cargo público, como quien dice listo para un fregado como para un barrido.

29

En el Colegio Particular Sánchez y Cifuentes

En 1937 el Excmo. Obispo Mosquera se empeñó en la fundación de un colegio particular de segunda enseñanza. En la solicitud ante el ministerio manifestó que contaba conmigo; pero me excusé, después de que fue expedido el decreto de fundación. Ante las insistencias de la autoridad eclesiástica, en octubre de 1938 asumí el rectorado de ese incipiente plantel, en cuya labor de organización saboreé muchas amarguras y contrariedades, provocadas por egoísmos e incomprensiones que nunca faltan en la vida. Me separé cuando el colegio estuvo organizado y cuando, con lucimiento, salieron de allí los primeros bachilleres, siendo de entre

ellos el primero, mi hijo Aníbal, quien obtuvo esa investidura. Mi renuncia estuvo concebida en estos términos. "Ibarra, 16 de septiembre de 1943- N° 168- Excmo. Sr. obispo Dr. Don. César Mosquera. -Ciudad- Excmo. Señor: A insistentes peticiones de la respetable autoridad eclesiástica, en octubre de 1938, acepté el cargo de Rector del Colegio "Sánchez y Cifuentes"; cargo inmerecido, dadas mis insuficiencias personales, pero en el cual he puesto el acervo de mi entusiasmo e interés.- Mi estadía en el rectorado siempre la conceptué pasajera, y hoy, apenas he tenido conocimiento del retorno de vuestra excelencia a esta ciudad, me anticipo en manifestarle mi propósito de separarme de él, y lo hago con mi conciencia completamente tranquila; siento el alivio de una enorme responsabilidad y aprovecho de esta oportunidad para presentar a su excelencia el testimonio de mis rendidos agradecimientos. Muy respetuosamente f) Víctor M. Guzmán".



El personal del Colegio Teodoro Gómez de la Torre en el 24 de Mayo de 1922.
Sentados de izquierda a derecha: Víctor Manuel Guzmán, Joaquín Sandoval, Luis Villamar, Alfonso Merlo y N.N.
De pie: N.N., Nicolás Hidalgo, Octavio Villamar, Eduardo Grijalva, entre otros que constan en la gráfica.

Al día siguiente recibí del Excmo. señor obispo esta nota: “Sr. Don. Víctor Manuel Guzmán. Muy apreciado señor y distinguido amigo: Refiriéndome a su atenta y culta comunicación N° 168, fechada el 16 del mes que decurre expresámosle a usted la honda pena con que aceptamos la renuncia que nos ha presentado del cargo de Rector del Colegio Sánchez y Cifuentes, cargo en cuyo desempeño ha puesto usted todo el acervo de su entusiasmo, bien comprendido patriotismo, ilustración y relevantes dotes morales y espirituales con que Dios Nuestro Señor le ha adornado, y que ha sabido consagrarlas al servicio de las juventudes, contribuyendo con ello muy efizcamente a la formación integral del alumnado que ha frecuentado las aulas de ese plantel... Mas, siéndonos conocido su acendrado espíritu católico y su verdadero interés y decisión porque los jóvenes educandos orienten su vida de conformidad con las sanas doctrinas de la iglesia de Jesucristo, nos permitimos rogarle que se digne continuar prestándonos sus importantes servicios, desempeñando las cátedras que usted estimare conveniente dictar en dicho plantel.- Créanos siempre señor Guzmán, como su sincero admirador y adictísimo amigo y S.S. f) César Antonio Mosquera, Obispo de Ibarra”.

31

No pude resistirme a esta última petición, pues tengo una irresistible vocación educativa; me place tratar con los jóvenes en el tranquilo ambiente de la cátedra.

Al iniciarse el nuevo curso escolar, en sesión solemne del cuerpo de profesores, se había dado lectura del siguiente oficio.- “Gobierno Eclesiástico de la Diócesis Ibarrense.- Ibarra, a 14 de octubre de 1943.- Al Revdo. Sr. Vicerrector, señores profesores y alumnos del Colegio Sánchez y Cifuentes de Ibarra.- Merced a la labor tesonera, inteligente y constante del benemérito señor rector, Don Víctor Manuel Guzmán y del respetable cuerpo de profesores, el Colegio

“Sánchez y Cifuentes”, durante seis años de su existencia ha alcanzado, con el auxilio divino, el notable prestigio que le ha hecho acreedor a ser contado en el número de los colegios de segunda enseñanza de primera categoría en nuestra república.-

Al iniciarse el nuevo año lectivo de 1943 a 1944, con el corazón rebosante de entusiasmo por el pasado, por el brillante fruto obtenido al colocar en la primera página de las memorias del colegio los nombres de los distinguidos alumnos que han hecho honor al plantel, obteniendo con lucimiento el grado de bachiller, y lleno de optimismo y esperanzas para el provenir, consignamos en este documento el testimonio de nuestra imperecedera gratitud para el señor rector y cada uno de los miembros del cuerpo docente, porque asociándose a nosotros en el común empeño de dar a la iglesia y a la patria dignos hijos y preclaros ciudadanos, han consagrado el caudal de sus conocimientos, de sus prendas pedagógicas y esmerada solicitud a la formación católica e integral de la juventud encomendada a sus cuidados.- Muy sensible ha sido para nosotros que el señor don Víctor Manuel Guzmán nos presentara la renuncia del elevado cargo de rector del establecimiento; cargo que, dadas las relevantes prendas que le distinguen, ha venido desempeñando con la constancia y asiduidad propias de espíritus verdaderamente amantes del cumplimiento del deber y de la sana y cristiana educación de la juventud, en cuyas manos está el porvenir de los pueblos. Después de dejar constancia de nuestro reconocimiento, hemos aceptado la renuncia en la confianza de que, desde las cátedras que desempeña el señor Guzmán continuará su labor prestigiosa en pro del colegio..., Dios N.S. guarde a ustedes f) César Antonio Mosquera, Obispo de Ibarra.



Personal del Colegio Teodoro Gómez de la Torre en 1929.

Sentados: Nicolás Hidalgo, Jorge Viteri, Víctor Manuel Guzmán, Luis F. Villamar, Pedro Pablo Pérez, Alfonso Almeida, Alfonso Merlo.

Segunda Fila: Rafael Larrea, Idelfonso Almeida, Ignacio Merlo, Ernesto Grijalva, Octavio Villamar y Alberto Proaño.

Hasta la época en que borroneo estos apuntes (junio de 1947) he continuado, por amor a la juventud, dictando las cátedras de Literatura, Derecho Político y Constitucional y Economía Política y Social, satisfaciendo así los pedimentos del Excmo. señor obispo, para quien guardo las más especiales y distinguidas consideraciones, máxime que cuento con los deferentes miramientos del señor rector doctor Girón y de los señores profesores, sin excepción alguna. En la Asamblea Constituyente de 1946-1947 obtuve una renta especial para el colegio, y el cuerpo de superiores y profesores estimuló mi labor mediante la solemne entrega de un artístico y valioso pergamino, en las fiestas de la Dolorosa del Colegio, a cuyos pies deposité ese homenaje, por cuanto a ella invocaba siempre en mis intervenciones legislativas, y por lo mismo, es la acreedora. Yo simplemente he sido un instrumento, como lo

fui en esa asamblea, cuando conseguí otra asignación para la construcción de la Basílica de la Dolorosa.

En octubre de 1948, desde Quito, envíe mi renuncia de profesor, que no fue aceptada, pues se me contestó que “continuara en el Congreso laborando brillantemente”; pero insistí en ella a mi regreso a Ibarra, y se aceptó en términos de gratitud a mi labor. También en el curso 1947-1948 desempeñé en el Colegio de Belemitas las cátedras de Economía Política y Derecho Público. Hoy (diciembre de 1948) por mi salud delicada he resuelto dar término a mi labor educativa.

Labor municipal

Muy joven aún, llegué a formar parte de la Corporación Edilicia, y así en las fastuosas fiestas del Tercer Centenario de la Fundación de Ibarra, en 1906, fui concejal. En el libro “El Clero y el Tercer Centenario de la Fundación de Ibarra”, página seis, consta lo siguiente: “Por fortuna el I. Concejo estuvo compuesto el año pasado de jóvenes inteligentes y pundonorosos, los cuales acogiendo y secundando la iniciativa del egregio prelado y enardecidos por el ejemplo de la Junta Patriótica establecida en Quito, se propusieron desplegar toda su actividad y patriotismo a fin de ponerse a la altura de su deber en la celebración del gran día del pueblo cuyos representantes eran” - “Se nos hace un deber de justicia el indicar sus nombres, para honra suya: Dr. Luis Alejandro Luna, Dr. Enrique Villota, Dr. Alfredo del Castillo, Don Augusto Nicolás Recalde, Don Víctor Manuel Guzmán, Dr. Rafael Miranda. Fueron Presidentes del Concejo, alternativamente, según el reglamento vigente, Don Rafael Almeida, Dr. Augusto N. Recalde y el Dr. Enrique Villota”.

Muchas veces he actuado en el Concejo Cantonal, ya como concejal, ya como presidente de esa corporación; el amor a Ibarra, a mi tierra querida, ha sido siempre el móvil de mis labores edilicias, en las cuales no dejé de saborear ciertas amarguras y contrariedades; pero todo lo posponía en aras del bienestar y mejoramiento de la ciudad. Debía continuar como Presidente del Concejo en 1947, pero por tres veces insistí en mi renuncia, aduciendo motivos de delicadeza en mi salud, que efectivamente así era, pues las tareas de la Asamblea Constituyente, tan largas y fatigosas, minaron mi salud, y por prescripción médica necesitaba un poco de reposo y tranquilidad, lo cual no lo habría conseguido al continuar frente a la presidencia, por cuanto había que enmendar y corregir algunas dependencias y opté por dejar ese puesto, que mientras algunos lo buscan como un honor y distinción, yo tan sólo lo valoré por el peso de obligaciones que impone.

En todo tiempo, los conciudadanos con quienes actué en el Concejo, me distinguieron con sus consideraciones y miramientos. Especial cuidado tenía de no tomar parte en polémicas agrias y destempladas: siempre procuré la mayor ecuanimidad y serenidad de espíritu, sin dejar de ser intrépido y valiente cuando de algo muy importante para los intereses públicos se trataba.

En septiembre de 1945, concurrí a la Asamblea de Municipalidades, convocada por iniciativa de la Junta Patriótica, Pro-Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo, con objeto de defender a la obra redentora. En esa reunión, por unanimidad se aprobó el siguiente acuerdo:

“La Asamblea de Municipalidades de las provincias de Carchi, Imbabura, Pichincha y Esmeraldas:

Considerando

Que el señor Víctor Manuel Guzmán, Presidente de la Junta Patriótica Pro Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo, establecida en la capital de Imbabura, ha prestado el valioso aporte de sus inteligentes iniciativas, en forma brillante e incansable, ya como distinguido legislador y periodista, ya también como ejemplar ciudadano, en defensa de esta obra creadora de prosperidad y bienestar.

Acuerda

Otorgar al señor don Víctor Manuel Guzmán un expresivo y sincero voto de reconocimiento, como justo estímulo a su intensa e inteligente labor y como homenaje de la simpatía con la que ha sido mirada tan patriótica cooperación; y recomendar de manera especial continuar colaborando con la misma abnegación y acierto en finalidad tan plausible.

Dado en Quito, a 28 de septiembre de 1945.

Dr. Humberto Albornoz
Presidente de la Asamblea

Dr. Clímaco Bastidas
Secretario

El Diario “El Comercio” se refirió a esta asamblea y consignó una generosa semblanza. El 8 de julio de 1946 se reunió el Consorcio de Municipalidades de las provincias de Carchi, Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Manabí y Esmeraldas, con el objeto de unificar esfuerzos y acciones en favor de la construcción del Ferrocarril a San Lorenzo. Concurrí a ese

Consortio que se reunió en el salón del Concejo de Quito, en mi carácter de Presidente del Concejo de Ibarra y Presidente de la Junta Patriótica Pro-Ferrocarril. Presidente del Consorcio fue nombrado el Alcalde de Quito don Jacinto Jijón y Caamaño; vicepresidentes don Víctor Manuel Guzmán y el doctor Julio Plaza Ledesma.

Intensa fue la labor. Llegó a formular sus estatutos y aproveché de mi permanencia en Quito, con motivo de la reunión de la Asamblea Constituyente del 46-47 para conseguir del Ministerio de Gobierno, su aprobación. Por desgracia la Comisión Ejecutiva nombrada de acuerdo a los estatutos, no ha dado muestras de entusiasmo y optimismo.

El triunfo moral rotundo fue el de que todas esas provincias, en unánime sentir, sin ninguna discrepancia, reconocieran la importancia nacional indiscutible del ferrocarril Quito-Ibarra-San Lorenzo.

Labor legislativa

No comprendo cómo hay personas que desesperadamente y con avidez buscan o desean una representación ante el Congreso Nacional, sin tomar en cuenta la enorme responsabilidad que trae consigo el cumplimiento a conciencia de un mandato democrático, cuyo ejercicio impone obligaciones, y no da méritos a quienes antes carecían de ellos.

Por primera vez concurrí como Diputado por Imbabura al Congreso de 1923. Fui con todos los arrestos de mi virilidad y el entrenamiento fue de lucha. Allí se presentó en el senado un proyecto, que fue aprobado por esa Cámara, de abandonar el trabajo de la línea férrea en la sección Quito-Ibarra, cuyos terraplenes

estaban concluidos más de las dos terceras partes, para iniciar los trabajos desde San Lorenzo, cuando todavía no habían estudios definitivos. La tesis que la sostuve con ardor fue la de que, sin perjuicio de que continúe la apertura de terraplenes entre Quito e Ibarra, comiencen los trabajos de estudio en San Lorenzo, que se los calculaba estarían terminados en el transcurso de tres años. El proyecto del Senado fue rechazado en Diputados y como la Cámara de origen insistiera, la joven volvió a rechazar. Los diarios de Quito, especialmente “El Comercio”, en su edición del 16 de octubre y en otras comentó favorablemente la resolución de la Cámara de Diputados, y el ágil cronista Lucas Noespinto, en su “Crónica Parlamentaria” de esa fecha, me dio el grado de “Coronel”. En el periódico “El Ferrocarril del Norte” está la historia de este bullado asunto, especialmente en la edición especial del 17 de julio de 1929, día en que arribó la locomotora a la ciudad de Ibarra.

38

Un incidente particular: el día que iba a discutirse en tercera en Diputados el proyecto del Senado me encontraba enfermo en cama. No pensaba concurrir a la Cámara, pero apenas se me comunicó por teléfono que el proyecto constaba en el orden del día, me levanté, no obstante la alta calentura y me presenté al recinto con visible asombro de quienes, sabedores de mi enfermedad, habían conseguido se discutiera el asunto en ese día.

La sesión fue borrascosa, el senado no sesionó y sus miembros se trasladaron al recinto de diputados para presenciar los debates. Duraron desde las tres de la tarde a nueve de la noche. Terminó la sesión con la negativa del proyecto. De ser éste aprobado, no habríamos disfrutado siquiera del Ferrocarril Quito Ibarra, pues otros eran los móviles que se perseguían con tal proyecto; Dios lo sabe y no permitió su consumación, no obstante haberse conse-

guido muy hábilmente desviar el criterio de un sector de la ciudadanía, pero mi ánimo estaba dispuesto aún a sacrificar mi propia vida, y no variar un punto la línea de conducta que me había impuesto, seguro de que la razón y la justicia se impondrían por encima de vocinglerías que no hacen mella en los espíritus ecuánimes y serenos, a través de cuyo criterio deberá tratarse los asuntos de interés nacional y público.

Concurrí también como Diputado por Imbabura a la Legislatura de 1924. En ella por primera vez hubo la transmisión del mando, con mucha fastuosidad y derroche. Mientras en ese día la casa del electo estaba atestada de gente, la casa presidencial se encontraba vacía y entonces resolví –lo que antes no se había hecho– visitar al Presidente de la República saliente. Y así lo hice. Penetré en el Salón amarillo y le encontré al doctor Tamayo completamente solo y clavado los ojos en el cielo raso. Le suponía solo y por eso vine a visitarle, le dije. El Presidente me abrazó muy conmovido. Ah, las glorias humanas cómo se esfuman y cómo los cortesanos y besamanos de ayer desaparecen...

39

También debía concurrir a la legislatura del año 25, pero la tratada juliana rompió el orden constitucional, inaugurándose con ella el período de más gastos en el presupuesto, sin contar con fuentes nuevas de producción, y así únicamente con la desvalorización monetaria que transitoriamente enriqueció las arcas fiscales, para al decurso de poco tiempo, sentir los estragos del sistema inflacionario y de una moneda devaluada hasta lo increíble.

Como Diputado por Imbabura concurrí a la Asamblea Constituyente de 1937. Una de las primeras labores fue presentar un proyecto de ley, derogando todos los decretos expedidos por el Jefe Supremo, ingeniero Federico Páez en favor del divorcio. El pro-

yecto fue rudamente impugnado, calificándole de “reacción conservadora”, cuando lo que en verdad me proponía era velar por la estabilidad de la familia, pero fue negado por una inmensa mayoría, no podré decir si sectaria o incomprensiva, pues sólo tres diputados lo sostuvimos. Mi proyecto tuvo el apoyo del señor Alberto Mena y Caamaño y de un doctor Ortiz de Cuenca. Muchos legisladores que lo impugnaron, particularmente me decían que estaban de acuerdo conmigo, pero que no era conveniente tratar el asunto. ¿Cuándo lo será?.

El 22 de octubre fue disuelta esa Asamblea por el golpe dictatorial del Ministro General Alberto Enríquez Gallo, tocándome presidir la última sesión por falta de Presidente y Vicepresidente; en esa noche del 21 notaba un hálito de descomposición; tuve la intuición de que algo grave se preparaba; clausuré la sesión a las ocho de la noche; recogí del pupitre todos los papeles y los llevé a mi casa; al entrar en ella dije a mi esposa e hijos: “esto se derrumba”. Efectivamente, al día siguiente los diarios anunciaban la caída de Páez. Para éste, error muy grande fue haber ido a Latacunga en busca de Enríquez a solicitar el retiro de su renuncia, cuando lo aconsejado era aceptarla y cambiar de inmediato de gabinete, con excepción del ingeniero Ayala, quien era Ministro de Obras Públicas y del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero los hombres públicos, los magistrados, desde la altura del poder, se ofuscan y no aprecian la verdad y cayó el ingenuo de don Federico, estrepitosamente y Enríquez, quien por el puño de su espada dijo, según informó El Comercio, que defendería el contrato Scottoni, lo mutiló de inmediato. Hizo bien o hizo mal?. La historia lo dirá.

En mi carácter de Diputado Suplente Funcional por la enseñanza particular, concurrí durante unos treinta días a la Asamblea

Constituyente de 1944. Allí defendí arduosamente el voto obligatorio para acabar con la indiferencia con la cual mira la mayoría de los ciudadanos a esa hermosa función cívica del sufragio. Un diputado calificó de muy idealista mi tesis en favor del voto obligatorio, pero hoy existe como precepto constitucional en la Carta Fundamental vigente de 1946-1947.

Como Diputado por Imbabura a esa Asamblea Constituyente que duró más de seis meses, mi actitud fue la de representante completamente católico e independiente. En varias ocasiones tuve que enfrentarme con los mismos diputados conservadores, cuando ellos asumían una posición un tanto elástica, como aconteció con la enseñanza laica sectaria, que la combatí sin claudicación alguna.

Defendí con ardor y casi solo la libertad de prensa. Una labor de intensa lucha que minó mi salud, hube de sostener en esa asamblea.

Fui adverso a muchos preceptos de esa Constitución, como la creación de una serie de organismos burocráticos, la representación funcional, la Vicepresidencia de la República, etc. etc. así como en la expedición de leyes especiales, sin mayor importancia. Si bien defendí la representación de las minorías, mediante el sistema de lista incompleta, impugné aquella modalidad de cuociente, viejo y desechado sistema de otros países. Pero que, en nuestro prurito de imitación nos hizo aceptar lo que ya pasó de moda.

En junio de 1947 se verificaron las elecciones de senadores y diputados de acuerdo con la vigente Constitución. Fui elegido Senador Principal por la Provincia de Imbabura, y en ese carácter concurrí al Congreso extraordinario de 15 de septiembre de ese año, para restituir el orden constitucional alterado por el Coronel Mancheno, Ministro de Gobierno derrocado.



La Asamblea Nacional reunida en los salones del Círculo Militar, el 26 de noviembre de 1946.

42

Tres días duraron las labores de ese Congreso; en Diputados se pretendió prolongar las sesiones, pero en la Cámara del Senado, rechazamos el propósito. Terminó con la elección del Presidente de la República en la persona del señor Carlos Julio Arosemena Tola, caballero honorable y desvinculado de toda trínca política. Vicepresidente fue elegido don José Rafael Bustamante, ciudadano probo, por renuncia muy plausible del doctor Mariano Suárez Veintimilla, cuyo desprendimiento le fue muy honroso.

(No ha dejado memorias sobre la concurrencia al Congreso Ordinario de 1948, cuyo período de sesiones duró tres meses).

Labor periodística

Desde mi vida estudiantil sentí una especie de atracción al periodismo. En las horas de estudio mi imaginación divagaba, y con ella ba-

rruntaba mi porvenir. Cosa rara. Con el transcurso del tiempo todo cuanto me suponía desde el pupitre del colegio se iba realizándose, habiendo tan sólo fallado en mi profesión de abogado; en lo demás se han cumplido mis fantasías. En ellas figuraba mi condición de director de un periódico, cuya falta se notaba en Ibarra. Comencé a escribir muy joven en algunos periódicos como corresponsal: en el “Grito del Pueblo” y “El Telégrafo” de Guayaquil; en “El Tiempo” de Quito y años después en “El Comercio” y en “El Día”. A este último diario le serví algo más de 25 años, desde 1918 y su director, no obstante mi renuncia me consideró como corresponsal-redactor. Jamás en mis correspondencias aticé rencores ni falté a la más estricta verdad; siempre escribí como suele decirse con guante blanco, cual corresponde a la ética del periodismo. En 1923, concluido el Congreso, los señores Mantilla me ofrecieron por mi labor un puesto como redactor con residencia en Quito. No lo acepté por no separarme del terruño.

El comienzo de los trabajos ferroviarios en Quito me entusiasmó y como se fijó el 10 de agosto de 1917 para iniciar la apertura de los terraplenes desde Ibarra hacia la Capital, creí del caso aportar el contingente periodístico, y en la clásica fecha, apareció “El Ferrocarril del Norte”, que fue recibido con general y unánime aplauso. Me lancé a la aventura, sin más recursos que el fervor cívico. ¿Aparecerá el segundo número?. Era lo que me preguntaba. Mi compañero de redacción fue mi amigo José Nicolás Hidalgo, quien más de una vez me decía que sólo por mi seguía escribiendo; que él bien quisiera la suspensión del periódico, que “tantas contrariedades le ocasionaban a usted, mi querido Victorito”, tales eran sus frases confidenciales; pero yo le animaba, aún cuando dejaba de escribir algunas semanas, hasta que, por enfermedad, se separó definitivamente en 1929. Mucho sentí la separación del amigo, tan bueno y leal, como sentí la del administrador,

doctor Tobías Mena, tan expansivo y genial; y la del colaborador literario, doctor M. Pasquel Monge, cuya compañía en las noches de velada, era de los más halagüeña, cuando a la madrugada salíamos de la imprenta en busca de un café. Hubo ocasión que voceábamos el periódico a las cuatro y media de la madrugada; hora en que terminaba en el salón de una honorable familia, con la cual teníamos relaciones sociales, un suntuoso baile de año nuevo. Tal fue el entusiasmo de las parejas que ya se despedían, que al vernos se continuó con el humor hasta las tres de la tarde. ¡Qué fiesta de tinte señorial y de pura sepa ibarreña!

44 | Pero esas horas de esparcimiento son muy raras en la vida del periodismo de ideales, en la cual, a cada paso, hay una cosecha de desazones, injusticias e incomprensiones, principalmente cuando se mantiene esa labor desde un sitio bien alto, sin convertir al periódico en una sentina de inmundicias morales, de odiosos personalismos e incalificables egoísmos, que les hace vivir no siquiera del escándalo dorado, sino del venal y bastardo, que delata el pelo de la dehesa de quienes, sin pizca de cultura y ética se dan de periodistas, cuando para hacerlo se necesita vasta ilustración, espíritu generalizador, honradez, culto fervoroso de un ideal y pulcritud en el lenguaje, sin jamás hacer uso de palabras burdas y groseras, de las cuales hacen imperante alarde los prevaricadores de la prensa.

Nunca he blasonado de ser un periodista en el riguroso y noble sentido de la palabra; pero si puedo ufanarme de jamás haber insultado a nadie, ni aún a quienes me provocaban en sus diatribas y procacidades de baja ralea. Mirar hacia arriba y desdeñar lo canallesco: he aquí mi norma periodística. Escarbar el cieno de la maledicencia, habría sido una falta de respeto a la sociedad y un empeño de empuqueñecerse ante el concepto de la misma.



Sala del Congreso Nacional en octubre 10 de 1948. Don Victor Manuel Guzmán aparece en la gráfica marcado con x.

Nunca usted insulta a nadie me decía un señor respetable por sus largas barbas. Y eso no está bien. Hay que lavar a los pícaros. ¿Cómo quiere usted que los lave con tazones de agua sucia, que no son otra cosa los insultos? Hay que educar, debería decir, con más propiedad. Por educación soy enemigo de la diatriba, le contesté.

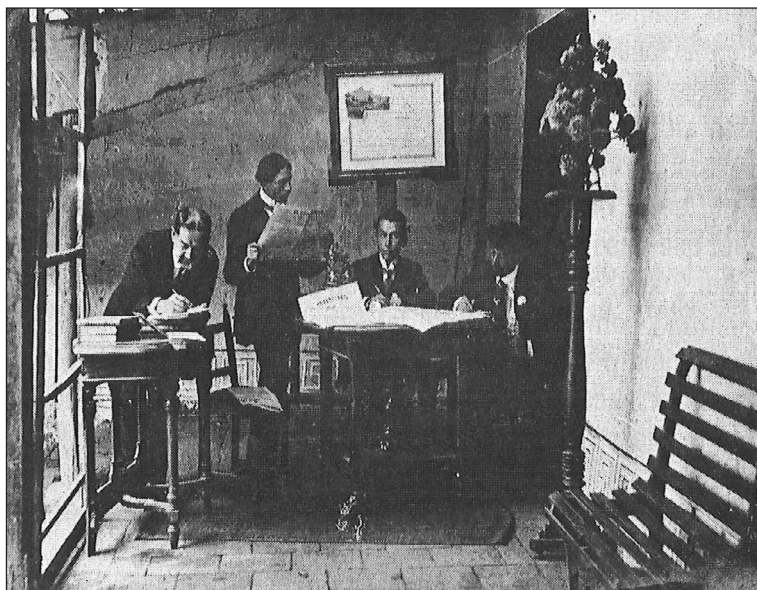
Y así he continuado en esta labor abnegada y solícita, a impulsos del amor a Ibarra, preocupándome de sus intereses vitales, con desinterés y sin esperar ningún reconocimiento, porque, si así lo hubiese esperado, cualquier empeño mío en bien de la ciudad, habría quedado desvirtuado; al contrario, las cosechas de estas inquietudes, desazones e incomprensiones, no raras en la vida del periodismo de ideales, si bien abren heridas en el corazón, se cicatrizan ofreciéndolas a Dios.

Incidentes raros, extraordinarios he experimentado en esta lucha periodística. Recuerdo uno, especialmente. En junio de 1937 fui víctima de un accidente orgánico, que hube de someterme de urgencia a una operación quirúrgica. El periódico no podía dejar de salir por un compromiso judicial de urgencia: subasta de terrenos municipales. Ante semejante situación, y cuando aún no me desaparecían los efectos post-operatorios ni la acción del cloroformo, hube de dictar a mi hijita Beatriz el artículo editorial, en medio del sopor y somnolencia de la anestesia. Pero el compromiso adquirido con el Municipio, lo cumplí. Y es que hasta la vida es preciso sacrificar por el cumplimiento de un deber u obligación contraída.

Joven estudiante, mi hijo Aníbal, ha escrito en el Semanario. Sus escritos autorizados con el seudónimo “Argos” se caracterizan por la serena mentalidad y acierto con que discurre acerca de asuntos de interés nacional. En ausencia mía, mi hijo Hugo ha sido el eficaz cooperador y su intervención ha permitido la salida del periódico, con la debida puntualidad.

Distinguidos escritores nacionales y extranjeros han tenido benévolos y honrosos conceptos para “El Ferrocarril del Norte”, cuya ética ha sido siempre el cooperar a la obra de regeneración social, al desenvolvimiento del progreso, mediante la terminación de una línea férrea que, uniendo la Sierra con la Costa, conforme la unidad nacional. Pero esta labor de ideales que se halla muy por encima de conveniencias personales o de círculos, del mercantilismo insaciable que encuentra pérdidas en lo que significa ganancia de la cultura; esta labor que no tiene contacto con la pasión ruin y mezquina me ha ocasionado un cardumen de sinsabores; pero, con ánimo sereno, en silencio, me he arrancado los sangrantes guijarros del sendero periodístico, consolándome con la

idea de que no es patrimonio de todos los hombres ser justicieros y comprensivos, sino que, por el contrario, en el comercio de la vida humana, se encuentran tantos golpes y sorpresas, tantos egoísmos, deslealtades e ingratitudes, que impulsan a meditar en el pensamiento del sombrío y pesimista Schopenhauer, pero luego viene la reacción para olvidar y perdonar sintiendo en el espíritu una plácida alegría y desechando la funesta frase del filósofo alemán de que “mientras más conozco a los hombres, más acaricio a mi perro”, según lo dijo en momento de agudo desencanto, olvidando sin duda el autor de la teoría sobre la voluntad, que la mayor venganza que se puede ejercer es devolver bien por mal, mirando a todos con efusiva simpatía, aún a aquellos que, sin motivo alguno, nos hubieran ocasionado una contrariada, que el mismo Dios permite, para que se conozca el corazón de los hombres.



Sala de redacción del periódico “El Ferrocarril del Norte”. Sus colaboradores en plena tarea periodística. De izquierda a derecha: Tobías Mena, José Nicolás Hidalgo, Víctor Manuel Guzmán y Manuel Pasquel Monge.

El periodismo es lucha, hasta que fuerzas superiores impongan una tregua, pero siempre con decoro, decencia y dignidad se la debe aceptar, manteniendo en alto la flámula de un ideal y despreciando mezquindades.

Pero, asimismo, voces generosas de estímulo y de aliento no me han faltado. En la Exposición Interprovincial, promovida por la Junta del Ferrocarril, con motivo del arribo de la locomotora a esta ciudad, el 17 de julio de 1929, el respectivo Tribunal Calificador de la Sección Letras, me otorgó una medalla de oro, y el Pueblo de San Lorenzo me dedicó valiosísima Tarjeta de Oro, que puso en mis manos el Presidente del Concejo, doctor Tobar Subía, en el garden party, que se realizó en el chalet “La Victoria”, con la asistencia del Presidente de la República, doctor Isidro Ayora, de sus Ministros de Estado, de varios plenipotenciarios y de más de doscientos invitados. La medalla y la tarjeta obsequié a mi esposa, solícita compañera de mis zozobras e inquietudes, pues en esas aureas recompensas encontraba el oro espiritual de subidos quilates de mi tierna y amante esposa.

48

En los primeros meses el periódico se editaba en los talleres gráficos de propiedad del Sr. Miguel Madera, y desde 1918, hasta mayo de 1943, se publicaba en la Imprenta de la Sociedad de Artesanos, cuya institución apreciando el espíritu y ética periodística de “El Ferrocarril del Norte” señaló una tarifa moderada, soportando durante ese largo tiempo alzas moderadas, que las aceptaba con beneplácito, hasta que se fijó una superior a la capacidad económica del semanario. Entonces solicité hospitalidad en la Imprenta Municipal, y el I. Concejo de 1943, con amplitud de miras y de criterio cultural, accedió a mi pedimento, señalando una tarifa a ritmo de los ingresos, provenientes del servicio público. Cabe aquí reproducir lo que el distinguido Presidente del

Concejo, Dr. Tarquino Páez, dijo en su Informe acerca de las labores edilicias de 1943: “Tomando en cuenta que el Semanario “El Ferrocarril del Norte”, Decano de la Prensa Ibarreña y celoso vocero de nuestra magna obra ferrocarrilera, corría el peligro de desaparecer por las condiciones onerosas que se le había fijado para continuar publicándose en la imprenta, en donde por largos años se editó, el Concejo Municipal la proporcionó la suya para que no se suspendiera la publicación, haciéndole en condiciones ventajosas y prestando gustoso su cooperación para que ese organismo de publicidad que responde a una ética periodística muy elevada, en cuyas columnas campea la serenidad, la crítica constructiva, el respeto que se deben los hombres y las instituciones, continua en la palestra, defendiendo los intereses públicos y orientando desapasionadamente la labor de los poderes administrativos. El señor regente de la imprenta se pronunció en su informe parcial porque se eleve la tarifa de la publicación de ese periódico, pero tal sugerencia no pudo ser aceptada, ya que el Municipio no puede perseguir el lucro en sus servicios públicos, máxime si se tiene en cuenta que su deber es fomentar la cultura, y una de las formas de hacerlo es facilitando la publicación de un periódico que, a través de muchas luchas e incomprensiones, ha subsistido por más de un cuarto de siglo, defendiéndola ampliamente y controlando el vivir público, sin desviarse de la sagrada misión que le corresponde al periodismo, cuando en su labor prescinde de personalismo y la injuria, y sus anhelos no son otros que un bien entendido patriotismo y una serena orientación de la opinión pública”.

En el informe que el Presidente del Concejo presentara acerca de las labores municipales en 1947, al hablar de la imprenta municipal, anota que trabaja a pérdida, por cuanto el rendimiento económico no cubre el gasto de empleados. Ingresos en efectivo, en

verdad no tenían esos talleres, sino los del semanario, más o menos alrededor de tres mil sucres anuales provenientes del pago semanal que hacía “El Ferrocarril del Norte” y un criterio que me abstengo de calificar, quería convertir ese taller de propaganda de la cultura, en centro mercantilista que desentonaba con el criterio sostenido antes por el Presidente del Concejo, Dr. Tarquino Páez.

El 6 de enero de 1948, en el momento en que se acababa de verificar la inhumación del cadáver de un sobrino mío, recibí un oficio suscrito por el Alcalde, en el que se me comunicaba que, por resolución de la Cámara en lo sucesivo, por la edición de cada número de “El Ferrocarril del Norte” de 300 ejemplares de 4 páginas, debía abonar ciento veinte sucres, en vista del alto costo del papel, tinta, mano de obra, etc.

50

Como ordinariamente la edición era de seis páginas el precio no era ciento veinte sucres, sino ciento ochenta sucres mensuales, aparte de las publicaciones gratuitas que hacía de asuntos municipales, cantidad muy excesiva y superior a los ingresos ordinarios del periódico que, fiel a su nombre, respondía a un ideal y a cuyo servicio, de la manera más abnegada y desinteresada, había aportado mi modesto contingente de patriotismo, de más de treinta años.

Ante esta situación económica, mi respuesta al Concejo, fue en el sentido de que habiéndose fijado una tarifa prohibitiva, había resuelto suspender la publicación del semanario.

Cuando la prensa capitalina se dio cuenta de la suspensión, abogó en favor del “El Ferrocarril del Norte” en términos altamente honrosos. El Círculo de la Prensa, la Unión Nacional de Periodis-

tas solicitaron en forma culta al Concejo la reconsideración de dicha alza de tarifa, sin que yo hubiese influido directa ni indirectamente en esta gestión; al contrario, en carta dirigida al Señor Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, le pedía herido en mi sensibilidad cívica, lleno de amarga decepción, y que, para mí, el asunto tenía un carácter definitivo y concluído.

La contestación del Concejo al pedimento del Círculo de la Prensa y Unión Nacional de Periodistas, ahondó más esa herida en mi corazón, pero al mismo tiempo desde lo más íntimo de mi alma, perdono de corazón a quienes me han hecho sufrir tanto, sin dar otro motivo que el de servir decididamente a los intereses de mi suelo natal.

La historia juzgará esos procedimientos. Al defensor de la obra del ferrocarril a San Lorenzo se le obligó de esa forma a callar. Desde el silencio de mi hogar veo con amargura los golpes que va recibiendo sin que haya una voz de oportuno reclamo y rechazo; pero pido a Dios, si esa es su voluntad, siga adelante el trabajo de ese empeño tres veces secular, ideal que lo he sostenido enfrentándome con energía, contra los gobiernos, cuando estos pretendían burlar las legítimas aspiraciones populares, encamadas en la salida al mar.

Golpe tan inesperado dado al semanario, me causó una profunda decepción e insistí en las anteriores renunciadas del cargo de Presidente de la Junta Patriótica del Ferrocarril a San Lorenzo y, en esta vez no sólo de la Presidencia, sino que, definitivamente, me separé de su seno, pues las contrariedades que experimentaba en mi afán de que su labor ajena a todo personalismo odioso, fuese inspirada únicamente en beneficio de la obra, eran frecuentes, opté por separarme, prefiriendo dejar el campo

libre para otra clase de aspiraciones... La actitud como Presidente de la Junta ante el Consejo de Ferrocarriles fue siempre de firme entereza, en defensa de los fondos de la Obra: reprobé, en conferencias con el Presidente de la República, el procedimiento del Ministro del Tesoro, por el hecho caprichoso de haber dividido en dos la única partida de los diez millones de sucres, reprobación que la hice estando presente el Ministro, quien presentó su renuncia. Yo no buscaba complacencias en el gobierno, y el Presidente Dr. José María Velasco Ibarra convino en mi pedimento, esto es, de modificar el Decreto, en el sentido de fijar en una sola partida los diez millones, pero en ese mismo día fue el golpe dictatorial de Mancheno y el Decreto no llegó a firmar.

En 1948 volvió ese Ministerio a fijar en dos las partidas: una de seis millones y otra de cuatro; sistema ilegal, pero ya en esta época no hubo ningún reclamo público –el único eficaz– y las transferencias quedan al querer del Ministro en grave perjuicio para los intereses de la Obra. ¿Dónde la voz altiva y patriótica en favor de ella?... Ojalá el Consejo de Ferrocarriles o la Junta Residente en esta ciudad deje oír su justa voz de protesta o reclamo en contra de semejante división de partida que no tiene razón de ser, pues como le observé al Señor Ministro del Tesoro, aquella partida de seis millones “ya pasó a la historia” ahora es de diez millones y sobre esa suma deben verificarse las transferencias.

La prensa nacional y la obra de Don Víctor Manuel Guzmán

Entre los muchos comentarios periodísticos a la obra cívica y de cultura por él realizado se han escogido los siguientes:

LA NACIÓN

Guayaquil 28 de Agosto de 1957

Pablo Hannibal Vela

“Un hombre que consagró 30 años al servicio de una idea: Víctor Manuel Guzmán por el Ferrocarril del Norte”

Era la energía encarnada en la figura de un hombre de Plutarco, en dimensiones criollas, que se alzaba sobre su medio; era la constancia en proyección de presentimiento hacia lo futuro, tenía la visión patriótica de una obra que había de cumplirse como un imperativo; era un hombre armado de una pluma infatigable, que se mantuvo en guardia, durante 30 años, defendiendo su ilusión, su pensamiento y su verdad: el Ferrocarril del Norte y, así mismo se llamó su periódico, desde 1917, en la fecha máxima del 10 de Agosto, en la del Primer Grito de la Independencia; porque, él también debía lanzar el suyo, imprimirlo y divulgarlo, en una época en que las realidades, a pesar del tiempo transcurrido, desde los tiempos de Pedro Vicente Maldonado y de Carandolet, que soñaron un camino de Quito a Esmeraldas, no eran propicios, aún, para lograr su objetivo; pero, Víctor Manuel Guzmán, mucho más fuerte que la indiferencia del medio provinciano fundó su periódico decidido a crear un movimiento de interés que fuese creciendo hasta convertirse en espíritu público, favorable a la obra.

53

Así nació, primero en periódico “EL FERROCARRIL DEL NORTE” durante el período presidencial de Alfredo Baquerizo Moreno; la idea tenía ya un órgano propio, una voz entusiástica y generosa que solo la muerte pudo silenciar, en marzo de 1949, cuando la pluma cayó de sus manos definitivamente... Éste es el hombre que anduvo más que su tiempo, traspuso los umbrales de la vida y fue a esperar, más allá, la realización de su anhelo; él tam-

bién como su provincia de Imbabura, como todas las norteñas, como toda la patria, está de fiesta y siente la vibración del júbilo porque en la obra que se inaugurara hay mucho de su vida, de su esfuerzo, de su inteligencia y de su espíritu.

Fundar un periódico no es tan difícil, nutrirlo del ideal y levantarlo, como la bandera de un propósito eso ya es obra que requiere de una gran personalidad, de un temperamento de alto voltaje, de un sistema nervioso, capaz de ir contra las corrientes de mediocridad y de los intereses inconfesables y mezquinos; esa es, precisamente la lucha de los grandes periodistas, que parecen ir solos por el camino distinto, pero conocen la línea recta y cumplen su compromiso de entregarse sin recíprocos provechos, a la colectividad y a la patria como lo hizo este admirable abanderado: Víctor Manuel Guzmán. Si fuera fácil crear, vitalizar y dirigir un periódico, de inversión patriótica, sin ánimo de ventajas, es raro que nadie lo hiciera, antes ni después. Pero Guzmán no descansó nunca en su campaña: Honorable Senador por Imbabura fue al Congreso Nacional y, en 1948, su voz gallarda, vibrante y tesonera, defendió la continuación del Ferrocarril del Norte, que hoy se inaugura. El ha cumplido con su patria; ahora a ella, a Imbabura, a Ibarra, le corresponde exaltar su memoria: un busto, una calle, un colegio, una escuela pueden simbolizar su esfuerzo y perpetuarlo”.



Una minga para la apertura del terraplén para el ferrocarril Ibarra-Quito, sección la recta Ibarra-San Antonio.

Diario El Comercio

6 de septiembre de 1957

“Periódico ‘El Ferrocarril del Norte’ luchó durante 31 años por la máxima aspiración de las provincias norteñas”

55

Lo fundó el señor Víctor Manuel Guzmán y fue su colaborador por muchos años el señor José Nicolás Hidalgo.

Con motivo de haberse inaugurado últimamente el Ferrocarril de Quito a San Lorenzo, entregamos algunos datos sobre el periódico “El Ferrocarril del Norte” órgano periodístico que luchó denodadamente durante 31 años, para la culminación de esta magna obra, máxima aspiración de las provincias norteñas y del noroccidente.

El “Ferrocarril del Norte” fue fundado el 10 de agosto de 1917. Al comienzo circuló como quincenario y luego como semanario. El

señor Víctor Manuel Guzmán fundó el periódico en la ciudad de Ibarra, en compañía del señor José Nicolás Hidalgo, quien colaboró durante muchos años y se separó de la redacción debido a una grave enfermedad. Fue preciso librar en los comienzos de la obra una dura lucha, no sólo contra los enemigos francos o escondidos de la misma, sino aún contra la incomprensión, la suspicacia gratuita y la animosidad personal de algunos elementos influyentes.

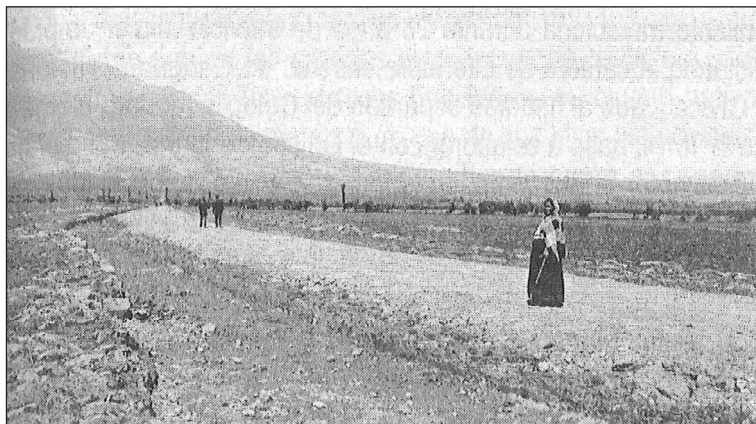
El “Ferrocarril del Norte” dejó de publicarse por falta de fondos para pagar la impresión en 1949.

El señor Víctor Manuel Guzmán, luchador infatigable por la obra del ferrocarril, murió el primero de marzo de 1949 en esta capital, pero sus restos fueron llevados a la ciudad de Ibarra y reposan en la Catedral. Fue además profesor de literatura y vicerrector del Colegio Teodoro Gómez de la Torre y rector del Colegio Sánchez y Cifuentes, varias veces diputado y senador.

56

El señor José Nicolás Hidalgo fue otro que ayudó a la fundación del periódico “Ferrocarril del Norte”, ibarreño notable por su lucha al progreso de Ibarra. Fue profesor por muchos años de Castellano del Colegio Teodoro Gómez de la Torre y autor de las obras: “Catálogo de raíces latinas” y de “Un puñado de refranes criollos”.

Al fundar el periódico el señor Víctor Manuel Guzmán, trabajó y logró la realización de ese eterno ideal de las provincias del norte de la república: la unión de la sierra ecuatoriana con la costa del pacífico, mediante un ferrocarril que, partiendo de Quito, llegase a la bahía de San Lorenzo”.



Terraplenes para el ferrocarril Ibarra-Quito, sección la recta Ibarra -San Antonio

Diario El Tiempo

Quito-Ecuador

“Ibarra rindió homenaje a su ciudadano más ilustre”

Se rindió un justo homenaje de reconocimiento a la memoria del ilustre hombre público y uno de los más destacados ibarreños don Víctor Manuel Guzmán, meritísimo ciudadano que prestó sus servicios a su ciudad y a la patria como educador de juventudes, periodista y parlamentario.

Víctor Manuel Guzmán como maestro de juventudes tuvo una brillante trayectoria durante 26 años de servicio ininterrumpido dictando la cátedra de Literatura, enseñando Geografía, Historia y Cívica y que al haberse separado del Colegio Teodoro Gómez de la Torre, pasó a colaborar con el Obispo de Ibarra, Monseñor César Antonio Mosquera, en la formación del Colegio Particular Sánchez y Cifuentes, habiendo ocupado el rectorado por varios años.

Don Víctor Manuel Guzmán sentía atracción al periodismo desde su vida estudiantil y muy joven empezó su labor de corresponsal de varios órganos de difusión colectiva como el “Grito del pueblo”, “El Telégrafo”, de Guayaquil; “El Comercio”; “El Tiempo” y “El Día” de Quito. Pero es en el periódico “El Ferrocarril del Norte” en que pone su capacidad de destacado intelectual de escritor castizo y de gran patriota al servicio de Ibarra y a las aspiraciones de progreso de su ciudad natal.

Al fundar su periódico, no abrigó afán alguno mercantilista sino una defensa patriótica en favor de las grandes aspiraciones de Ibarra y de Imbabura.

Por muchas ocasiones fue Concejal y repetidas veces Presidente del I. Municipio de Ibarra, en el que dedicó su talento y rectitud al bien de la ciudad, posponiendo todo aspecto personal en aras del bienestar y mejoramiento del cantón.

58

Desde el parlamento, ya como diputado en 1923 y 1924, a las Asambleas Constituyentes de 1937 y 1944 y como Senador a los Congresos de 1947 y 1948, defendió con toda virilidad la obra del Ferrocarril del Norte, frente a las oligarquías de la costa que pretendían suspender los terraplenes entre Quito e Ibarra.

Víctor Manuel Guzmán en todas las actividades de su vida pública dejó imborrables huellas de patriotismo y amor a su tierra, si fue uno de los grandes propulsores de la cultura y el progreso seccional, muy justo es que Ibarra, su ciudad nativa que se enorgullece de ser cuna de uno de sus hijos más ilustres rinda homenaje, agradecerle y dignificarle como abnegado maestro, como valiente escritor, como prestigioso ciudadano y como uno de los más eminentes ecuatorianos de la primera mitad del siglo XX”.

Primer editorial de “El Ferrocarril del Norte”

Ibarra, 10 de agosto de 1917

Al presentarnos por primera vez en el palenque agosto de las nobles luchas periodísticas cúmplenos, ante todo, llevar el muy grato deber de saludar cortés y respetuosamente a nuestros conciudadanos todos, al altivo pueblo imbabureño y, de manera especial, a los respetables órganos de la Prensa Nacional, a quienes, modestamente, nos permitimos pedir nos concedan un lugar, si quiera el último en las filas de sus esforzados combatientes.

El fin que nos proponemos al imponernos voluntariamente la difícil tarea de la fundación y sostenimiento de esta hoja periodística, puede compendiarse en estas palabras: servir leal y desinteresadamente a la Patria en general y trabajar, por cuantos medios estén a nuestro alcance, en el adelanto y prosperidad de esta provincia, cuyos deseos, aspiraciones y necesidades suelen pasar inadvertidos de los poderes públicos y del resto de la nación, porque demasiado orgullosa quizá, no gusta ordinamente de pedir, ni le agrada vivir con la queja amarga y destemplada en los labios.

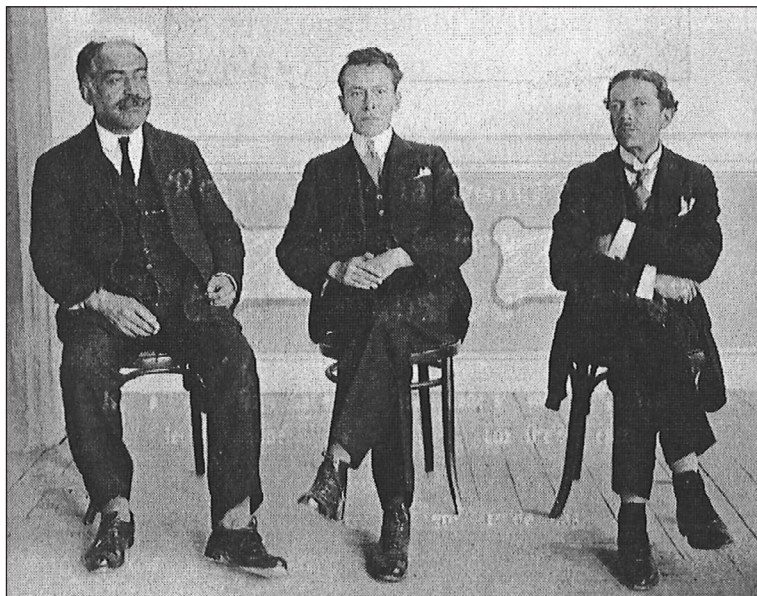
Como entre los medios que habrán de conducirnos a la consecución de este último propósito, figura en primer término la apertura de una línea férrea que, poniéndonos en rápida e inmediata comunicación con la Capital de la República, nos abra al propio tiempo fácil y expedita salida hacia el océano, la realización de esta obra magna, esto es la del ferrocarril de Quito a Esmeraldas pasando por los principales pueblos de esta provincia, supremo y secular anhelo de éstas comarcas, constituirá el capitalísimo tema de nuestras disquisiciones y el ideal hacia el cual enfocaremos los rayos todos de nuestra inteligencia y los impulsos vehementes de nuestro corazón.

Llamar insistentemente la atención del pueblo ecuatoriano hacia la importancia realmente vital que, para esta provincia y sus hermanas del norte, tiene la construcción del ferrocarril de Quito a Esmeraldas; seguir paso a paso la marcha de los acontecimientos relacionados con esta obra; anotar prolija y circunstanciadamente las vicisitudes por las cuales atraviere, teniendo al público al corriente tanto de los progresos que vaya realizando como de los peligros que pudieran amenazarle; proclamar muy alto y de modo que se nos oiga que, en ningún caso y bajo ningún pretexto, por espacioso que sea, consentiremos en que se haga fracasar la obra y en que, así, queden burladas nuestras más caras esperanzas y malogrado para siempre nuestro porvenir: he aquí a grandes rasgos el programa de nuestras labores.

60

Expuesto el fin primordial y casi exclusivo de esta publicación, por demás está advertir que las luchas políticas quedan completamente descartadas del radio de acción que nos hemos señalado. Esta hoja no persigue fines políticos ni ha contraído compromisos de ninguna clase con los partidos o agrupaciones que se disputan en nuestra patria la dirección de los negocios públicos; nuestro fin es el que dejamos indicado, más modesto si se quiere que este último, pero más altruista y desinteresado.

Arrimamos el hombro a empresa tan ardua y escabrosa no porque tengamos la pretensión de creernos con arrestos suficientes para salir airosos de nuestro empeño, sino, porque, tomando en cuenta la magnitud y la elevación del fin que nos proponemos, abrigamos la fundada esperanza de que el público todo, particularmente los habitantes de esta provincia y los de las de Carchi y Esmeraldas, nos brindarán su decidido apoyo y mirarán con indulgente benevolencia cualesquier error en que por nuestra inexperiencia pudiéramos incurrir.



El Periódico "El Ferrocarril del Norte". Al centro el Director-Redactor, Víctor Manuel Guzmán; colaboradores: Izquierda, Tobías Mena y, derecha José Nicolás Hidalgo.



Puesta del primer clavo en la enrielladura del ferrocarril de Ibarra a San Lorenzo. Lo clava el Obispo de Ibarra, Monseñor César Antonio Mosquera.

Último editorial de “El Ferrocarril del Norte”

Ibarra, 10 de abril de 1949

Este último número del periódico salió a la luz poco después de la muerte del señor Víctor Manuel Guzmán.

Fin de una labor periodística

El 10 de agosto de 1917, con ardiente fervor patriótico, la hoja periodística “El Ferrocarril del Norte” tomaba puesto de atrincheramiento de las filas de las lides periodísticas, animada del ideal de propender por todo medio al engrandecimiento nacional, provincial y local, siendo sobre todo un constante vigía, esforzado soldado y defensor de la obra del Ferrocarril a Esmeraldas, obra que constituye el destino y la aspiración histórica del septentrión ecuatoriano.

62

La opinión pública nacional ha sabido apreciar la labor realizada, como se desprende de las voces de aliento y estímulo que nunca han faltado, ya de voceros que representan al Cuarto Poder del Estado, ya en fin de mentalidades maduras y esclarecidas, antenas del pensamiento nacional.

Empero fuertes y violentos han sido los ataques que ha tenido que resistir “El Ferrocarril del Norte”, luchando contra pasiones mezquinas e incomprensiones que obstaculizaron su marcha, pues no es para todos vislumbrar aquello que implica el sostenimiento de un vocero sin miras utilitaristas. Mas en cada ataque, “El Ferrocarril del Norte” no ha cedido sus puestos de avanzada, sino que los ha sabido conservar, así sea optando por la táctica de una prudente espera, hasta encontrar días más bonancibles y favorables a una labor de cultura, progreso y patriotismo. Y, precisamente en este momento de tre-

gua estuvo cuando acaeció la muerte de su fundador, director y mantenedor, el señor Víctor Manuel Guzmán.

La gestión periodística estuvo tan adentro de su corazón y tan arraigada en su alma que ella tenía que vivir, así fuese en estado latente, mientras a tal corazón y a tal espíritu animara el sentimiento y la mente de su director.

Ha tocado a duelo el Decano de la Prensa Ibarreña y de voceros no diarios del país, a los treinta y dos años de existencia. En las arenas donde en otra hora se esgrimían las armas de combate del humano pensamiento, pero siempre nobles y altas, se yergue hoy majestuosa y solitaria, pero nimbada de luz y paz la cruz, símbolo del principio y fin, alfa y omega de todos los tiempos.

En señal de luto “El Ferrocarril del Norte” silencia y enmudece. Sin embargo las ondas del pensamiento seguirán flotando en el espacio, para traslucirse, quizás más tarde en un eco retumbante y grandioso: el resoplido pujante de la locomotora en las playas de San Lorenzo.

63

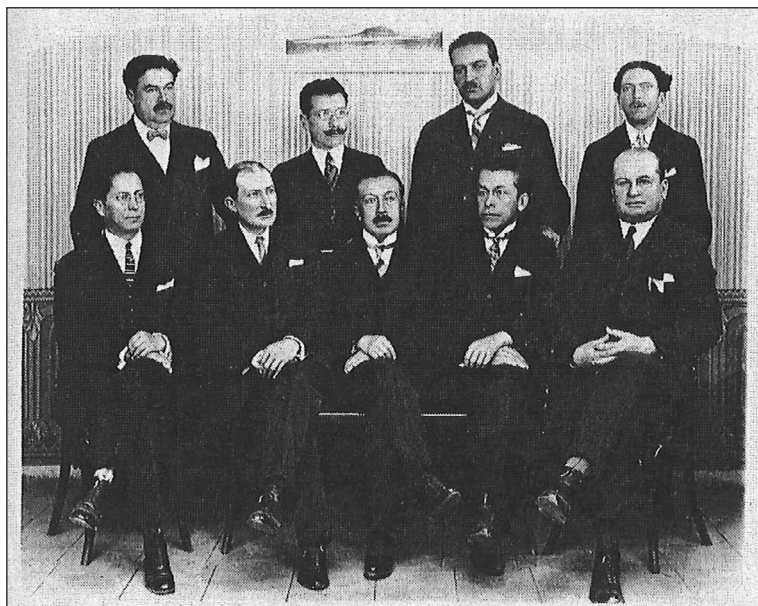
Labor cultural a través del periodismo

Admiramos en el recordado maestro su temperamento tranquilo y desapasionado, su bondad ingénita y su vocación para la enseñanza. Voluntad tenaz para sostener por un cuarto de siglo, hasta su muerte, en la lid periodística el ideal trazado, encendiendo siempre el secular anhelo de la salida al mar, causa primordial de la fundación de Ibarra.

Sensibilidad amplia y exquisita, hondo amor a los valores de Ibarra como se aprecia en las “Tradiciones” escritas en su larga vida de servicio a la cultura.

Víctor Manuel Guzmán, puso todo su fuerza espiritual al servicio de la juventud ibarreña, durante largos años en las aulas del Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre y del “Sánchez y Cifuentes”, del que fuera rector. De allí la imborrable impronta de gratitud que conservan sus innumerables discípulos.

Víctor Manuel Guzmán mantuvo en el contenido del periódico varios temas: como las famosas “plumadas” e “Ibarra, anecdótica y tradicional”, que los lectores seguían con sumo interés, por ser parte misma de la vivencia de Ibarra y la zona norte del país.



Personal de la Junta Provincial del Ferrocarril Quito-Ibarra-San Lorenzo en 1928.

Sentados de izquierda a derecha: Joaquín Sandoval, Luis Hierro, Luis F. Madera, Víctor Manuel Guzmán, Agustín Rosales.

De pie: Segundo Pérez, Luis A. Cabezas, Roberto Grijalva y José Nicolás Hidalgo.

EL FERROCARRIL DEL NORTE

SEMANARIO INDEPENDIENTE

FUNDADO EL 10 DE AGOSTO DE 1917

Dirección y Redacción:
Suavales del Sr. Dr.
Victor M. Guzmán

Baroa, a 10 de Abril de 1949

N.º 1229

FIN DE UNA LABOR PERIODÍSTICA

El 10 de Agosto de 1917, con ardiente fevor patriótico, la hoja periodística «El Ferrocarril del Norte» toma su posesión de anticomerciantismo en las filas de las filas periodísticas, armada del ideal de propender por todo medio al engrandecimiento nacional, provincial y local, siendo entre todo un constante vigía, colorado y pelado y delusor de la obra del Ferrocarril a Empezados. Obra que constituye el decano y la aspiración histórica del apertrechado estudiantil.

La opinión pública nacional ha sabido apreciar la labor realizada, como se desprende de las voces de aliento y estímulo que nunca han faltado, y de voceros que testimonian al Excmo Poder del Estado, ya de instituciones vivas, ya en las de nombradas muertas y olvidadas, apenas del pensamiento.

Espero, herido y violento han sido los ataques que ha sufrido que recien «El Ferrocarril del Norte» luchando contra pesadas mortajas e incompreensiones que obstruyeron su marcha, pues, no es para todos vislumbrar aquello que implica el establecimiento de un régimen de masas militaristas. Mas, en tales ataques, «El Ferrocarril del Norte» no ha cedido sus puntos de avanzada, sino que los ha sabido conservar, en sus combates por la tática de una conducta asena y esta muestra un dia más bonachinos y laboriosos a esa labor de cultura, progreso y patriotismo. Y, por consiguiente, en este momento de tribulaciones a la muerte de su fundador, director y poseedor, señor Don Victor Manuel Guzmán, La hoja periodística exhibe un ardiente de adoración y tan arraigada en su alma, que sólo basta que viva, así fuese en estado letárgico, mientras tal existencia y tal espíritu anima el establecimiento y mente



Sr. D. Victor Manuel Guzmán
30 de Marzo de 1881—1.º de Marzo de 1949

de su Director.

Ha nacido y dado el Decano de la prensa y barreda y de los sucesos no diarios del país, a los treinta y dos años de existencia. En las breves horas en que se imprimen las armas de combate del hombre pensante, pero siempre nobles y altas, se yungue hoy molinos y solitaria, y a lo nombra de luz y paz la CRUZ, símbolo del progreso y de la vida y gloria de todos los tiempos.

En señal de hito «El Ferrocarril del Norte» silenciosa y amable. Sin embargo, las cosas del pensamiento — según Boland — en el sentido para producción, más allá de un no pertenencia y gradiente, el resultado, porque de un momento en los días de Don Guzmán.



EL H. CONSEJO DIRECTIVO DEL COLEGIO NACIONAL "OTAVALO"

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido el notable ciudadano colombiano Sr. Dr. Victor M. Guzmán;

Que el Sr. Guzmán, en su carácter de educador, parlamentario, periodista y patriota de relevantes merecimientos, prestó invaluables servicios a la cultura nacional;

Que es especialmente recomendable el interés que demostró por la restauración del colegio ecuatoriano de donde fue su casa matriz, sobre la ciudad de Quito y el pueblo de San Lorenzo, y

Que es un deber de las instituciones educacionales honrar la memoria de los hombres ilustres, cuya vida debe servir de paradigma de la juventud;

ACUERDA:

Proceder con sentido filial, que por el (Firma a la p. 24)

“Fin de una labor periodística” fue el último titular del Decano de la Prensa Imbabureña “El Ferrocarril del Norte”, cuyo número se imprimió el 10 de abril de 1949.



Ibarra anecdótica y tradicional

EL BAÑO DE LAS TRES PIEDRAS: Cómo se formó.- Personificación de virtudes y vicios.- La castidad y la impudicia.- Aguas medicinales.-Un Caso histórico.- Promesa de un “viejo ibarreño”.

No cabe duda, pueblos y ciudades tienen abundantes y curiosas leyendas, de irresistible sugestión, pues a través de inofensivas ficciones, en veces, se transparenta en ellas el espíritu popular, ofreciendo solaz y esparcimiento que emergen del fondo del relato. Si al escritor peruano Ricardo Palma se le consideraba como el creador de las tradiciones; en Argentina las cultivó también Rafael Obligado; en Venezuela Silva Uzcátegui y Eloy González, hacen muy sabrosas referencias, en materia folklórica, de leyendas recogidas en llanos y montañas. En el Ecuador, Cristóbal Gangotena, Celiano Monge, Quintillano Sánchez, Gabriel Pino y Roca, Manuel J. Calle, han escrito deliciosas tradiciones quiteñas y guayaquileñas y como Ibarra no carece de ellas, nosotros por lo menos estamos recogiendo esos materiales en forma desgarrada, para que perduren hasta cuando plumas aptas a estas disciplinas literarias las presenten en forma galana y artística.

Teatro de leyendas misteriosas y fantásticas son los lugares más concurridos y conocidos, y nuestro milenario río Tahuando, es uno de ellos, ¡qué cosas se cuentan de él!. Cuántos fantasmas, duendes y personas “de la otra vida” han aparecido en sus riberas, durante la noche, poniendo los pelos de punta o dejándoles en

estado comatoso a tunantes y parrandistas, quienes son víctimas de esas intempestivas visiones creadas por la imaginación calenturienta que marca más de veintiún grados Carthier.

Pero no siempre son terroríficas, como la tradición del “dentado”, espíritu burlón que conducía al cementerio a los ranclistas, sino que algunas de ellas encierran una lección saludable, una enseñanza digna de vivir en el recuerdo. Las virtudes en todo tiempo han sido enaltecidas, aún en la época mitológica. Si la paz era representada como una mujer apacible, con un niño en el regazo, con un cuerno de la abundancia en la mano, colmado de frutos y espigas y a la verdad se la figuró asimismo como una bella joven cubierta con un velo blanco que el tiempo lo descubre para mostrarla en todo su esplendor; los vicios o ruines pasiones, también han tenido sus simbolismos, como el rencor, el odio, la venganza. El poeta Ovidio personificó a la envidia en una mujer pálida y flaca, de torvo mirar, rebosando hiel del corazón; en su lengua la ponzoña y de sus labios alejada la risa, excepto cuando se complace en los dolores del que padece.

68

La tradición ibarreña simboliza en esta agua purísima, la virtud de la castidad. Quién no conoce el “Baño de las Tres Piedras”, sitio en las orillas del Tahuando en un punto cercano al “derrumbe”?. Pues ese lugar tiene una leyenda. Se dice que fueron a bañarse tres jóvenes púdicas, de espíritu de ángel y aroma de violeta, según calificó en solemne acto un elocuente orador consagrado a la mujer ibarreña, pero el momento menos pensado, frente a ellas estuvieron tres impúdicos, y ante una situación tan grave, las vírgenes se pusieron de rodillas e imploraron el auxilio del cielo, para que las librase, y cuando los perversos se acercaron a ellas su estupefacción fue grande, al ver a las jóvenes convertidas en piedras, brotando tres ojos de agua más pura que un cristal y más transparente que una conciencia limpia.

Atractiva leyenda, que ha perdurado a través de los siglos. Pero la verdad es que sus aguas allí están, y van a bañarse en ellas, como medio de reparar su salud los hepáticos y enfermos del hígado, con efectos maravillosos y sorprendentes. Aguas que, según aseguran sus admiradores y panegiristas, hacen desaparecer los humores pecantes, y en condiciones medicinales, dicen, ser mejores que las aguas de Gütig, con la ventaja de que mientras éstas en centros de reventa valen un sucre la botella, la otra importaba el viaje para tomarla, que desde luego es oneroso, y nosotros siempre preferimos la embotellada, con su marca, el oso blanco, temerosos de que pudiera repetirse el caso histórico de un joven que trasegó en su estómago tan abundante cantidad de agua de las Tres Piedras, que al atravesar el río, allí desembuchó no sólo los muchos litros que había tomado, por ser de balde, sino que estuvo en un tris de entregarse en brazos de la muerte, arrojando de inmediato a la corriente varias botellas que llevaba en las alforjas para volver a saborear tan ricas aguas que nada tenían que ver con las de Leteo, si bien hacían olvidar las dolencias. Lo que si nos consta es que ese amigo y decidido partidario de las aguas de las Tres Piedras, antes tan enfermo, y que según él ningún profesional le diagnosticó con acierto, se ha curado radicalmente con el uso de ellas, y este secreto, añade, “sólo tiene mi tierra tan querida, en donde me he propuesto dejar mis huesos, pues no me austraré de ella, aun cuando quieran los afuereños”.

El baño de las Tres Piedras, rodeado de tan extraordinaria leyenda constituye una piscina, que no será como la de Bethsaida, cuyas aguas al ser removidas curaban por obra de la misericordia divina; pero es incuestionable que tienen magníficas propiedades terapéuticas y acaso a eso se debe la leyenda tan seductora que lo acompaña.

EL RÍO TAHUANDO: Lo que fue y lo que es.-El primer alto en paseo a la laguna.-Cómo se realizaban esas giras alegres.-El Tahuando: un brazo de mar.-El Derrumbe.- Numen poético.- Una apuesta.-Viril arrojito de un joven ibarreño, que más tarde fue respetable ciudadano.-Un abrazo al Coco.

70 | **U**na falta de ibarreñismo, de amor al terruño que nos vio nacer, sería no consagrar en estas tradiciones un recuerdo a nuestro río Tahuando, mudo testigo de las travesuras infantiles y en cuyos vados aprendía la muchachada no sólo a nadar, sino a navegar en artesas, para luego después de esos entrenamientos, ir a debutar en la histórica laguna de Yahuarcocha, que entonces era un verdadero lago, a donde acudían las familias a divertirse honestamente, rompiendo las olas en un barco -de pura fabricación ibarreña- obra del hábil maestro Eladio Valencia, quien en eso de asegurar el bote con buenas boyas, no tenía rival, permitiendo así a los trovadores cantar, guitarra en mano, a todo pecho, la oda de Lope de Vega:

“pobre barquilla mía,
entre peñascos rota.
Sin velas desvelada
y entre las olas sola”.

Ablandando así, con sus requiebros y sentidas canciones, a las chiquillas de más duro corazón, si duro pueden tener ante las ingenuas y sencillas cantinelas de sus admiradores, que se inspiraban en la suavidad del paisaje, en el dulce balacear de las totoras y en la eclosión de la distancia que querían dominar surcando las encrespadas olas, para pronto ir a dar en la orilla opuesta, en donde el bueno Don Pastor poseía el secreto de las sorpresas, princi-

palmente en eso de esperar a los navegantes con un cerro de guabas, que decían: chupadme...

Los paseos de antaño están ligados íntimamente con nuestro río Tahuando, en cuyo puente, era el primer albazo o abre-boca, para continuar la marcha en el vehículo que simple usó el seráfico de Asís, pues las vías carrozables no se conocían, por cuanto aún no estaban en boga las carrozas, sino que, en hombros de los dolientes, eran conducidos a la última morada, quienes habían desaparecido del escenario de la vida, tan adiposa de miserias y picardías.

Pero qué ha pasado del querido Tahuando, antes tan caudaloso, y ahora con tan escasa agua, que no hay ni para una enema? ¡pobre río!. Las nuevas “tomas” le han succionado tanto, que los vados han desaparecido y nadie se preocupa ahora de subir a la piedra chapetona, para hacer de ella un trampolín, y zambullir de cabeza, con los ojos abiertos, que era el lujo de los estudiantes, en la tarde de “hoja” o de huída del colegio, por lo entenderse con las versiones de los clásicos latinos, para justificar la falta al día siguiente, por motivos de gravísima enfermedad, calificada por el severo profesor de ociositis.

El Tahuando según cuentan nuestros mayores, era un brazo de mar, hasta el punto de pretender invadir la ciudad con los formidables derrumbes que inspiraron el numen poético del canónigo doctor Antonio Acosta, quien escribió un libro de cantos, en el que leemos versos como estos:

“por el río del Tahuando,
mi sombrero va nadando” ...

Tan formidables resultaron los derrumbes, que había contenido el agua, formando una represa, y elevándose el nivel casi hasta la vía Triunfal. Millares de curiosos contemplaban, según la tradición, el imponente espectáculo.

Del lado de La Victoria, su propietario, el quiteño don Rafael Castro, desafió con mil suces de apuesta a quien pase el río. Don Rafael A. Rosales, joven de dieciocho abriles, que estaba en los bordes del hospital, aceptó el reto y en hermoso caballo blanco, acostumbrado a vadear el Chota, atravesó el Tahuando, sin temor de que se rompiera el dique, como así había sucedido pocos instantes después. Los espectadores aplaudieron frenéticamente la intrepidez del estudiante quien rechazó los mil suces manifestando que lo hizo, no llevado por el afán de una ganancia, sino para poner un tapaboca al desafiante, que a voz en cuello gritaba: “no hay ibarreño que pase el río”. Y entonces el imberbe y arrogante joven, desde la orilla opuesta, respondió: ¡Aquí estoy yo!.

72

El Tahuando, de aguas abundantes en otro tiempo, fue teatro de sangrientos combates. Allí lucharon con tenacidad inaudita los patriotas, en la Batalla de Ibarra, cuando la lanza brava del coronel Maza, despanzurraba sin misericordia a los contumaces realistas, el 17 de julio de 1832; allí se parapetó Landázuri, cuando con 30 revolucionarios obligó a capitular al general Yépez con sus 300 “cachudos” guarandños; allí combatió el coronel Patiño y el coronel Carlos Andrade, poniendo en jaque a las fuerzas del gobierno, tiñendo de sangre las cristalinas aguas que se precipitaban como un torrente, con sus copos de espuma que semejaban un haz de rojos claveles.

¡Oh, los tiempos legendarios de nuestro río que hoy se atraviesa a pie junto! ¡Cuánto le queremos a igual que a la palma, que da

el nombre a la “Esquina del Coco”, al cual un ibarreño que volvió al cabo de 30 años de ausencia abrazándole cariñosamente y con lágrimas en los ojos le decía: “Viejito de mi alma, a los años que te veo”. Y es que hay cosas, como estas que se adentran en el alma de los ibarreños cual aristas puntiagudas y sangrantes, evocadoras de días que se fueron para jamás retornar.

**COSTUMBRES ESPAÑOLAS: Implantación en esta ciudad.-
Doña Chepa, víctima de las encerradas.-Su afición al matri-
monio.-El quinto lo realizó con un adiposo: el potote.-Quién
fue ésta?**

Que Ibarra fue de origen genuinamente español, nadie pone en tela de duda, pues entre las razones fundamentales para su fundación, como la de abrir el camino más breve a Panamá, otra fue la de que habían en sus contornos muchos españoles, los más de ellos casados, con mujeres e hijos, lo dice expresamente el poder conferido por el Presidente de la Real Audiencia a don Cristóbal de Troya para que se lleve a cabo dicha fundación. De manera que los fundadores, luego después los encomenderos y chapetones, estuvieron en sus usos y costumbres vaciados en turquesa española que perduraron en toda su prístina pureza hasta los primeros años de la república.

74

A esa época pertenece doña Chepa, una señora linajuda que ha dejado tras de sí una serie de hechos tradicionales que vale la pena recordarlos.

Quién fue ella?. Se dice era de muchas campanillas, encopetada y muy pegada de sus rancios pergaminos que ya, desde la liberación de los esclavos, en el gobierno de Urbina, nadie hace caso ni mención, pero a doña chepa le sirvió de mucho, porque gracias a esos títulos nobiliarios y a su dinero disqué contrajo varios matrimonios, hasta muy avanzada edad, pues el último lo celebró cuando frisaba los setenta abriles.

Fue muy devota de Himeneo, al que según la mitología, se representaba bajo la forma de un mozo gallardo coronado de rosas y amaran- to, con una hacha encendida en la mano derecha y en la izquierda

con un velo de color pajizo, porque las rosas son símbolo de amor, el hacha del pudor y la castidad y la antorcha de fuego, de la pasión pura, pero con todas estas circunstancias el marido pronto le daba la eterna despedida; estiraba fácilmente los pies sin duda al grave peso del yugo conyugal impuesto por la “cara mitad”, que en el caso de ínfulas, riñas y pendencias dejara muy atrás a don Pancho y doña Ramona de la tira cómica, preferían celebrar nupcias con la palidez descamada, antes que tolerar las impertinencias de doña Chepa. Recuerda la tradición de su último matrimonio que fue el quinto.

Entre las costumbres venidas de España, figuraban las encerradas, especie de serenatas burlescas, inventadas para ridiculizar a quienes contraían más de tres nupcias con notable diferencia de edad. Ese era el caso de doña Chepa, veterana mayor de sesenta años que daba la mano a jóvenes de veinte y treinta años. Un cuarentón ya no era su codicia, por ser según ella indómito, rezongón y fogueado. Y sin embargo de ese prejuicio su último consorte fue un tremendo y adiposo sujeto que cargaba más de medio siglo; pero él afirmaba que el corazón es siempre joven; en eso de parrandas, de hechar una cana al aire; tocar el arpa y cantar era un “tipazo” o mejor dicho un individuo buscado para todo jolgorio.

75

Con este antecedente, si bien las encerradas fueron prohibidas con pena de excomunión por el Concilio de Trento, y el Rey Carlos III impuso a los infractores de la prohibición la multa de cien ducados y cuatro años de presidio, no sólo a los que llevaban cencerros y otros trastos de alboroto, sino a quienes con “garganta de lata” cantaban largas horas al pie de las ventanas, es lo cierto que doña Chepa era el personaje obligado para convertirle en víctima nocturna de las encerradas, siendo el más pertinaz y empedernido devoto de esas manifestaciones el popular Potote y su cafila de amigos que le llovían como agua en regadera.

Una noche de luna llena, como de costumbre, este hombre, acompañado de una docena de los suyos, en vez de cantos, eran barridos los que lanzaba al pie de la ventana de la casa de doña Chepa, quien arrebujaada en amplia y espesa manta de lana, asomó al balcón y dijo: Pototico, cuanto agradezco el sereno y en prueba de mi gratitud, reciban este obsequio, y arrojó un balde, que no era ambrosía ni agua florida, sino algo tan atroz y repugnante, que el asafétida quedó inodora, viniendo a la memoria de los pícaros tunantes, al recuerdo del momento harto desagradable que proporcionó al hidalgo don Quijote la indecencia de su escudero Sancho, en una de sus aventuras.

En forma dialogada vociferaban así los farristas bullangueros, entre risas y carcajadas:

- Oremus
- Por el alma de doña Chepa
- Que se vaya a los infiernos
- Por muy casamentera
- Denle palo sin compasión
- No sean tan malos.

Boquiabiertos estaban cuando recibieron el chubasco los hablrandines, quienes según la leyenda, juraron por los muletos de Solimán cobrar muy caro la burda broma que acaban de soportar.

Qué pasó?. Al cabo de pocas semanas, con sonajas, timbales y campanillas se anunció el quinto matrimonio de doña Chepa con el Potote, sin poder asegurar o no si llevó las sienes coronadas de rosas y amaranto; pero lo raro y curioso del caso fue que el novio enviudó al mes completo. Una pulmonía fulminante por salir de noche a la función de los acróbatas Olivares, acabó con doña Chepa, cuyo traslado fúnebre resultó numerosísimo, compuesto

por todos los compinches del Potote, supuesto heredero universal de todos los bienes, quien les prometió no volver, según la costumbre establecida en ese entonces, de empedrar las calles los amigos de empinar el codo, más de lo lícito, a sufrir ese castigo, pues, para eso tengo plata, les había dicho, para pagar las multas diarias impuestas a mí y a ustedes entretelas de mi corazón así quedase inconclusa la carrera Grijalba, por omnia sécula seculorum. Y lo más extraño es que al mes siguiente, sufrió él también de ictericia, enfermedad que atribuyó al derrame de bilis en la sangre a consecuencia de “las iras” que le produjo el no haber dado con el entierro de los cuantiosos caudales de su difunta, que se marchó de largo llevándose consigo el secreto y dejando a su “inconsolable” esposo con nariz tan larga como aquella descrita por el poeta, cuando desde alta mar la divisó Colón, exclamando equivocadamente: ¡tierra! ¡tierra!.

APEGO A LA NOBLEZA: Las fiestas de inocentes.- Negros esclavos. -¡Viva la libertad!. -Picardías políticas. -La caza de un tigre.-Las iras de un buen señor.-Batalla campal. -La amnistía.-Un disfrazado de muerte.-Muy caro le costó. -Evocaciones y recuerdos de antaño.

Los antiguos ibarreños fueron muy amigos de las fiestas pomposas, poniendo esta nota característica en el más mínimo detalle, y es que, como el mejor timbre de su gloria solariega, tenían la nobleza por cuanto en noble cuna se meció la ciudad de Ibarra, en su fundación, circunstancia por la cual no sólo la Audiencia, sino los mismos quiteños se interesaron en ella; y si en 1600 no lo consiguieron por no dar pábulo a la avaricia del comisionado Matías Moreno de Mora, quien para cumplir su cometido ante el Virrey del Perú, pedía la bicoca de dos mil patacones, consiguieron su propósito en la presidencia de don Miguel de Ibarra, de sólidas virtudes.

78

Pegados a su abolengo y pergaminos, sus fiestas no tenían nada de vulgares ni mediocres, sino de mucha fastuosidad. En esta categoría estaban comprendidas las de “inocentes”. Qué disfraces, según cuenta la tradición, más lujosos y llenos de finura, ingenio y gracejo. Tenían la broma a flor de labios, pero no aquella que vale tanto como un puntapié en la boca del estómago. La nota de donaire ponían en sus remedos y se aprovechaban de ellos para fustigar una extravagancia política y con el chiste buscaban un antidoto contra lacerancias sociales.

Aún se recuerdan las partidas de disfrazados de negros, que entrando por los cuatro ángulos de la plaza mayor, se reconcentraban en el centro, en donde se levantaba una alta tribuna. Qué papel presentaban? Nada menos que la abolición de la esclavitud

decretada por la Constituyente de 1851, que eligió presidente a Urbina. Todo lo selecto de Ibarra, no decimos élite, por no hablar en bárbaro, había tomado parte de esas partidas, y luego que los esclavos rompieron las cadenas, varios oradores ocuparon la tribuna, no tanto para lanzar rayos y centellas contra la esclavitud de la raza negra, sino contra Urbina y sus partidarios. Eran los zambistas que respiraban por la herida según se había constatado cuando soldados urbinistas los condujeron al calabozo no sabremos decir si “a paso de polka” y ya presos les obligaron a quitarse el rico antifaz de seda. Pícaros ibarreños que para salir del emparedado, habían pagado la multa de una veintena de pesos, y al dejar la prisión tenían hinchados los carrillos de la pura risa que les provocaba la pesada o mejor dicho ligera broma.

En otro día vistosísima partida de cazadores perseguían a un tigre, muy bien simulado en un joven de alto coturno. Recorriendo en esa actitud las calles, se hicieron contradizos con un notable señor, cuyo semblante no había recibido las caricias de Adonis ni Narciso. Disqué era feo; y con su fealdad nunca estuvo conforme, sin duda olvidaba que Esopo y Tirteo fueron la personificación de la fealdad, y sin embargo, nadie como ellos había rendido más corazones. Ver los cazadores al buen señor y apuntar sus escopetas, todo fue uno, afirmando haberse encontrado con el padre del tigre... El hombre no supo reprimir su coraje, desenvainó el estoque toledano de su bastón, dispuesto, como así sucedió, a entrar en descomunal batalla. Padre e hijo de la fiereza cayeron rendidos, yendo a asentar la caza en casa de rica y noble familia que siempre tuvo abiertos sus salones para bailar no la rumba ni el tango sensual, sino el rítmico y cadencioso vals o la cuadrilla de lanceros, hasta cuando el padre sol abría las doradas rejillas del oriente... y entonces las parejas, arrebujados los hombres en sus capas españolas y las mujeres en sus pieles de armiño, no de potro o de zorro, iban en busca de Morfeo, el dios del sueño.

De esta fantástica cacería se cuenta que la peor parte sacó un imprudente joven que tuvo la peregrina y temeraria idea de salir disfrazado de muerte. Perseguido por los cazadores, se había trepado a un altísimo árbol de eucalipto que se levantaba airoso, con perdón de las palmeras, en la plaza principal, y en el momento de asiarse de una rama, ésta se desgajó y el disfrazado, casi verdaderamente muerto, cayó sobre el duro pavimento de piedra menuda quedando con media docena de costillas sumidas o hechas añicos, jurando y rejurando no volver a pensar más en semejante remedo.

¡Qué fiestas de inocentes tan fantásticas e intencionadas las de nuestros antepasados! en donde el buen gusto, el donaire festivo, burlón y epigramático se hermanaban para dar rienda suelta al humor, que entraba en competencia entre las partidas que al fin se unían para comentar a sus anchas las ocurrencias que en más de una vez pusieron en vilo a los aludidos, quienes estaban encamados en las pretensiones de sabiduría de alguna mujer o en el fraude de un explotador que nunca faltan en el comercio de la vida humana. Esos tiempos de tanta gracia y espiritualidad “no volverán”, como las golondrinas de Bécquer; pero la tradición conserva esos recuerdos que tienen el “sabor de la tierra”, que diría Pereda.

UNA HISTÓRICA HELADERÍA: Su agente, la Ramona.-Toma de la ciudad.-Una muerte de puro gusto.- Cintas revolucionarias.-Mujeres varoniles.-Toma de una prisionera.

En una de las tradiciones ibarreñas recordábamos como un respetable edil casi muere del susto a consecuencia de un simulacro de fusilamiento en el cuartel. Ahora anotamos el hecho también cierto de una persona que efectivamente murió de contento y alegría que le provocó, según dicen los técnicos, un shock nervioso.

Quién fue ella? una mujer que tenía su heladería en una tienda muy cerca de esa vetusta casa del Banco del Fomento, o sea en la calle situada entre las carreras Bolívar y Olmedo. ¡Y qué helados los de la Ramona!. Eran de rechupete y puro jugo de mora de castilla, no de monte, o los de guanábana que ahora, gracias a las rápidas vías de comunicación, los quiteños hacen viaje expreso sólo por tomarlos.

Y los servía en enorme mesa redonda, con variedad de ricas pastas o “cosas secas”, como entonces se decía, y ahora repite la frase el doctor Alfonso Gómez Jurado, (prestigioso cirujano de la localidad, muy amigo de Don Víctor Manuel Guzmán) cuando seca la garganta, después de las clases de la tarde vamos donde la “bermeja” y pide: “dos dobles con un charol de cosas secas”.

Y esta Ramona que vivía de su trabajo se preocupaba mucho de la política, y como a raíz del cinco de junio, según invocaban los montubios que invadieron la Sierra, las reacciones eran frecuentes, un día sábado, mientras los granujas nos ejercitábamos en natación en el vado del Tahuando, las lavanderas empezaron con rapidez vertiginosa a recoger la ropa tendida al sol, dando gritos

de alarma: “ya se entran, ya se entran” Quiénes? nada menos que los revolucionarios al mando del coronel Patiño, quien con su intrépido arrojo ponía con frecuencia en jaque al gobierno. Efectivamente por el Alto de Reyes descendía tranquilamente un cordón de gente armada con chopos viejos, mientras la pequeña guarnición de policía pretendía impedir la entrada desde el Derumbo; pero inútilmente, pues el “taita del guagua”, como así le llamaban sus admiradores al jefe revolucionario, se tomó la ciudad casi sin resistencia, y cuando la tropa atravesaba el río, los muchachos salíamos detrás de las piedras, porque fue tan rápido el “paso de los vencedores” que no tuvimos tiempo de huir, y allí nos quedamos presenciando el fragor del combate; pudo ser el disparo de una docena de proyectiles, pero que hacen valer esa “batalla” como abono de servicios militares. Es claro, quien expone el pellejo debe tener una recompensa...

82

La entrada del triunfo de los revolucionarios fue por la carrera García Moreno y al pasar frente a la heladería, la Ramona no sólo les brindó toda la “parada” de helados sino sendas cintas azules con esta leyenda ¡Viva la Patria! pero tal fue la emoción que en ese mismo instante cayó muerta, de puro gusto.

En esas épocas de agitaciones políticas, la cinta en el sombrero era parte principalísima de la indumentaria del soldado. Las rojas llevaban estas inscripciones “Alfaro o Muerte; ni doy ni pido cuartel; Boliches hijos de la muerte; y las azules éstas: Muero pero no me rindo; viva la religión”.

Ver a los azules, abrazarles y morir, todo fue para Ramona, que en ese entonces formaba parte de una pléyada de mujeres ibarreñas de “armas tomar”, quienes iban a la cabeza de la rendición de un cuartel y en eso de declarar prisionero a cierto coronel que más

tarde fue general y ministro de Guerra. ¿Cómo se llamaban esas valientes Amazonas? Dolores Cifuentes, Manuela Villagómez y Rosa Elvira Sarasti, quienes a retener en rehenes al aludido coronel le obligaron a cabalgar en gancho (montura de mujer) y de trasera, o sea con la cara hacia la cola de un escualido jamelgo, en medio de las risas de la muchedumbre. De esta última señorita habla el ilustre González Suárez en carta dirigida a su amigo el doctor Batallas y consta en el libro publicado como homenaje del Comité Central del Primer Centenario de su Nacimiento. Valiente y resuelta mujer que compartió con Marieta de Veintimilla, esa flor de elegancia y belleza, los azares de la política, siendo por desgracia, el alma de una mala causa, cuando defendió la dictadura de su tío.

La Ramona, no obstante su origen humilde, participaba con las mujeres de vida social en todos los concilios revolucionarios, y los comprometidos para el golpe, con harta frecuencia los planeaban alrededor de la histórica mesa de su heladería, entre sorbo y sorbo, y ella -la Ramona- con sus ojos centellantes les infundía valor, prometiéndoles ocupar su puesto en la línea de fuego, por lo menos pasar pertrechos, según lo acentuaba con raro y singular convencimiento y resolución.

LA CATÁSTROFE DEL 16 DE AGOSTO DE 1868: Sus vaticinios. -Un juego de prendas. -El caso de unos novios.-Su fin.- Un maquillaje en pleno terremoto.- Nueva ave fénix.

El 16 de agosto. He aquí una fecha de infausta recordación. Ella nos trae a la memoria de la catástrofe del año 68, que en menos de 10 segundos dejó reducida a escombros a la ciudad de Ibarra y otras poblaciones de Imbabura; pereciendo alrededor de 20 mil personas.

Noche de pavor y espanto; según la descripción terrorífica del autor de “Estudios biográficos” a un estampido infernal, como de cien truenos en el interior de nuestro globo, a un tormentoso hervidero de su superficie, como el mar en borrasca, los montes se desgarraban y precipitaban en pedazos, los ríos paran su corriente, sus poblaciones se hunden en impensado abismo, zarandeada, sacudida la tierra hasta en sus más hondos senos, se trueca una inmensa zona en campo de indescriptible desolación.

Que tan formidable cataclismo fue vaticinado por anterioridad, es evidente.

Allí están esas especies de profecías del Padre Jibaja, que han pasado hasta nosotros por tradición; allí están con la irrefutable autoridad del documento escrito, la referencia que se hace de la madre concepta Santa Clara, a quien Dios E.S., dice aquel documento le comunicó que iba a mandar el flagelo del terremoto, mostrándole el lugar donde ella debía morir: muchas veces sus cohermanas le encontraban en ese lugar deshecha en lágrimas y preguntándole el por qué decía que estaba haciendo los actos de resignación. Allí los sermones del Padre Acevedo, quien amonestaba no convertir en orgía la fiesta del tránsito, porque se avecina un tremendo castigo.

La tradición cuenta, además incidentes y vuelcos del corazón, que son precursores de las desgracias y hechos realizados en el momento preciso de la catástrofe que parecen inverosímiles y sin embargo son, según hemos oído a nuestros mayores “la pura y neta verdad”. Recordemos algunas referencias:

Fidel era un joven gallardo y gentil. Frisaba en los 20 abriles, y de acuerdo con la costumbre de antaño, ya que sus padres habían convenido con los papás de Eloisa para un próximo matrimonio, máxime que los dos pimpilios se amaban con delirio. El novio ausente vino en volandas de la hacienda, sabedor de los temblores del día 15.

Llega en las primeras horas de la noche y ¡claro está! dirige de inmediato sus pasos a casa de su prometida, bella joven y sentimental chiquilla, muy hábil para la versificación. Allí permanece hasta cerca de la una de la mañana, en juegos de salón y “pago de prendas”. A Eloisa le tocó como prenda: muerte, sepultura y epitafio, y desempeño con prontitud el cometido, pero clavando en el corazón de su amado una profunda herida. Se describió muerta en esa noche, por sepultura los muros derruidos de la casa, y por epitafio el maderamen de la misma. Ya en el cuarto, Fidel comenzaba recién a desvestirse, cuando el violento sacudimiento le aventó a la calle, notando con horror la ciudad destruida. Corre a casa de su novia, pero ya era un montón de ruinas.

Apenas clarea el día a través de una espesísima nube de polvo, comienza a remover los escombros en busca de Eloisa; la encuentra como dormida en su propio lecho: muerta de asfixia; recoge con veneración ese lirio tronchado; y dando alaridos de dolor, abre una sepultura en la esquina de la plaza principal, donde hoy se levanta la capilla Episcopal, y allá deposita esos virginales despojos,

clava una enorme cruz con las iniciales E.P. sobre la cual se posaban las palomas errantes; y luego corre despavorido, como un perfecto loco. A dónde fue a parar?. A los claustros de un convento de Quito; de vida austera. Viste el rudo sayal, y así como Dante lloró toda la vida a su inolvidable Beatriz, así Fidel todos los prolongados años de existencia los consagró a servir a Dios y a llorar a su Eloisa. En nuestra juventud universitaria le conocimos: su semblante lívido y demacrado revelaba su austera penitencia, y cuando cometimos la imprudencia de recordarle la catástrofe, por sus mejillas corrieron gruesas lágrimas mientras otras titilaban en sus pestañas, como perlas heridas por la luz de sus pupilas y de inmediato se puso a rezar el *de profundis*, arrodillado en el duro pavimento de la piedra. ¡Qué alma tan elevada, que corazón tan sensitivo, acerados en el yunque del sufrimiento pleno de resignación!

86

Frente a esta escena, ha llegado hasta nosotros otra que causa no poco asombro y extrañeza: el maquillaje ha sido una exigencia femenina, es decir ha existido desde la más remota antigüedad. Qué de cosas no se cuentan de la hermosa reina egipcia Cleopatra, quien gastaba los más ricos perfumes bañándose con leche de burra, para conservar la blancura y finura de su piel. Sin duda data desde esa época las propiedades tan buenas que hasta hoy se atribuye a esa leche aromatizada con esencia de rosas y nardos para mantener el rostro rozagante y sin manchas. Pero, preocuparse del maquillaje en el preciso momento de un movimiento sísmico, sólo pudo ocurrírsele a la airosa Concha, llena de dientes y merengues. Dizque era el prototipo de la guapa bolsicona, de esa clase de mujeres descritas por Mera que van “llenando la calle con sus andares”, y que en garbo y elegancia no ceden el paso a nadie, menos muchísimo la acera, sin tener en cuenta que ya el Alcalde de Madrid, respondiendo a una consulta que se le hizo acerca de quien debe ceder la acera, respondió: el más culto...

Pues esa Concha de tantos melindres no obstante estar la ciudad en escombros, no salió de su tienda, que por obra excepcional, se mantenía aún en pie.

Los vecinos que lograron ponerse a salvo, desde la media esquina observaban que la tienda estaba alumbrada y gritaban: Concha, Concha sal pronto. Y ella como si no oyera. Al fin salió. Sabéis cómo? Bien emperejilada, con bolsicón azul y polizón, mantón de manila, enaguas planchadas y con una pintura en el rostro que decía: ¡Conocedme!.

En semejantes trances preocuparse de aparecer bien a los demás, era el colmo de la vanidad y constituía un ultraje al dolor ajeno, que aún perdura, porque los grandes infortunios también se agigantan “como las sombras cuando el sol declina”.

LA MÚSICA: Afición a ella.-Una histórica orquesta.- Su director, un hábil compositor. -Elementos componentes.- !Qué admirable ejecución¡. -La chola ibarreña. -Veneremos lo propio no lo menospreciamos.

La música y la poesía son universales: no han constituido patrimonio exclusivo de pueblo determinado, y es que según creencia generalmente aceptada, el canto de las aves fue el primer despertador del sentimiento poético del hombre, que buscó siempre sonidos melodiosos para interpretar los afectos de su corazón. Y es por esto que la mitología atribuye a las musas el origen de la civilización de las primeras edades. Allí están las fábulas de Orfeo, Anfión y Apolo, quienes dizque, al son de su laúd, detenían el curso de los ríos y el hombre salvaje salía del fondo de sus cavernas, para escuchar la música cadenciosa. Euterpe será siempre la mítica divinidad de ella, así como Terpsicore, la musa del movimiento rítmico o de la danza.

88

Y es tan innata y natural la propensión del cultivo de la música; que ésta no podía ser extraña a los hijos de Ibarra, así en la época aborigen, como en la colonial y republicana. De esta última etapa la tradición conserva el recuerdo de una famosa orquesta, organizada en esta ciudad bajo la dirección técnica de un maestro y compositor de verdad, don José Dalgo.

Quiénes fueron sus componentes? José Dalgo, Alipio García, Rafael Suárez, Antonio Chaves y Pancho Largo. ¡Qué violines! Pedro Mena, Rafael Pazmiño, José Nicolalde, Antonio Sánchez. ¡Qué flautas! y Miguel Sánchez ¡Qué violón!. Eran “tipazos” en eso de hacer hablar a sus respectivos instrumentos, pues ponían toda su alma y sentimentalidad al recorrer la gama de las emociones. Tenían dentro de sí el numen musical. Basta decir que Pacho

Largo con sólo tocar una serenata conquistó ipso facto el corazón de una mujer a quien se le denominó desde entonces La Buchona, porque según el lenguaje popular se fue de buche, al oír el violín de Pancho Largo, el que por otra parte no opuso inconveniente en contraer de inmediato matrimonio.

Todos los miembros de la orquesta se caracterizaban por su blanca cabellera que imponía respeto y simpatía; si tocaban en servicio fúnebre desgarraban el corazón con sus notas tristes y lastimeras, y si amenizaban una fiesta, ¡caracoles! no dizque había títere con calzones ni dama con crinolina que no bailasen hasta sudar el hopo. Y no era para menos, porque todas las piezas bailables eran autóctonas, de un criollismo de marca mayor, pues en aquellos tiempos no hubo el prurito de transplante de menospreciar lo propio, para dar preferencia a lo exótico y extravagante. No se conocía el tango, el Ohe step; guaracha ni bolero; con ser de origen extraño los criollos no le rendían homenaje, sino que su pleitesía era para un “costillar” y “ají de queso” un “sigse”, un “alza que te han visto” un “Sanjuan”, parte natural de un rítmico vals, de la complicada “cuadrilla de lanceros” o del majestuoso pasodoble. “A los toros, en los aristocráticos salones de las familias, quienes a la madrugada demandaban de la orquesta el pasillo “la chola ibarreña, obra de su director Dalgo, la que ahora con el “chulla quiteño, estaría en muy agradable competencia. Eran bailes de donaire y de belleza de nuestros mayores.

No seamos aferrados a lo exótico; así como la poesía para que perdure debe ser eminentemente nacional, sin imitaciones serviles de literaturas extranjeras que apagan los chispazos del genio y acarrean un insufrible amaneramiento; así también la música debe traducir el alma de nuestra propia nacionalidad, y sin extranjerizarla, es preciso dar preferencia a todo aquello que tiene “el sabor de la tierra, como diría Pereda.

Que la divulgación no sea de desprestigio, sino de reconocimiento de méritos, y muy grandes los tuvo la antigua orquesta, que bien quisiéramos reviva encamada en los jóvenes ibarreños de tan magníficas actitudes para el cultivo de la música, iniciando una búsqueda de las composiciones musicales de José Dalgo, a cuya ejecución, refiere la tradición, que del pecho de los oyentes salía el grito espontáneo “ayayay, cholita”...

VELACIÓN DE LOS MUERTOS EN LAS IGLESIAS: Cuando desapareció esa costumbre.-Los antiguos traslados.-Las plañideras.-Un acompañante de los cadáveres. -El fiero Juan.-Un candelerazo.-Juan Diablo.-Respeto a los muertos.

No falta de conocimientos higiénicos y sanitarios, pues el precursor de la independencia, el sabio Eugenio de Santa Cruz y Espejo, en sus horas de estudio en el Hospital de las Misericordias, adquirió no sólo conocimientos de anatomía, fisiología clínica y cirugía, sino que también divulgaba el peligro de los contagios; por los miasmas pútridos; no obstante, esa oportuna y humanitaria propaganda, existió la costumbre de velar durante las noches los cadáveres en las iglesias. Aquí en Ibarra prevaleció hasta principios del presente siglo, proscribiéndola por completo un Auto del Exmo. González Suárez.

Alrededor de ella, la leyenda conserva algunos recuerdos. Uno de los templos preferidos para el velorio era el de San Francisco, tipo colonial, tan íntimamente ligado a Ibarra; él, en su mística soledad y abandono no habla de la austera vida de sacrificio y penitencia de la comunidad mendicante, siempre olvida de sí mismo, para entregarse al servicio de los demás. En aquellos remotos tiempos, los traslados se verificaban en casos excepcionales con “pases” que consistían en cantos fúnebres en cada esquina, y el cortejo, además de los deudos y amigos estaba integrado por una legión de plañideras, quienes lanzaban aires lastimeros, llorando a berridos, y su intensidad era mayor o menor, según la propina recibida, pues el lloriqueo lo clasificaban de primera, segunda y tercera clase. En esta última se limitaban a simples quejidos, mientras que en la primera se mecían los cabellos arrancándose mechones de los mismos, en señal de dolor. Es decir dejaban “tachuela” en uso de falsas lágrimas al anfibio temible, es cocodrilo.

Recibido el cadáver en la iglesia, a las siete de la noche hasta las nueve permanecían abiertas las puertas, hora en el que el hermanero portero, a golpe de llaves obligaba a las gemebundas plañideras a salir. Pero especial cuidado tenía al “fiero” Juan, verdadero devoto de los muertos, de burlar la vigilancia, para quedarse oculto detrás de un confesionario y permanecer toda la noche acompañando al difunto. Dos individuos que se habían dado cuenta de ese individuo, se propusieron hacerle una mala pasada; uno de ellos convino en hacerse el muerto. Efectivamente, colocado a descubierto en el ataúd, se le dejó en la iglesia, y a media noche, cuando el ‘fiero’ empezó a rezar en sufragio del alma del presunto difunto, éste se levantó, pero luego, un tremendo candelero lanzado por Juan le obligó nuevamente a estirarse cuan largo era... “los muertos no se levantan” observó en aire grave, descargándole un segundo y definitivo golpe, con este mandato imperativo: “a dormir el sueño eterno”.

A la mañana siguiente un charco de sangre anunciaba que el muerto se había “reventado”, pero al correr de los años fue descubierto el incidente y desde entonces el “fiero” era conocido con el nombre de “Juan Diablo”, sin tener en cuenta que con los muertos no caben bromas, sino respeto y veneración.

CARANQUI Y SUS FIESTAS DE LA CRUZ: El señor del Amor. -Lo que cuenta la tradición.-La Virgen del Tránsito.-Un sacrificio.-Prodigios y milagros.

El histórico pueblo de Caranqui, conservando su costumbre tradicional de antaño que vive en el alma y corazón del pueblo celebra la fiesta.

Del Señor del Amor, tiene la misma tradición del Señor de la Buena Esperanza de Quito. Se cuenta que un día asomó al pueblo de Caranqui, que en ese tiempo era como “un castillo en medio de la montaña”, pues Ibarra aún no se había fundado, apareció, decimos, una mula con una misteriosa carga, la cual fue arrojada a la plaza, huyendo el animal sin saber a donde. El cura, un español de apellido Santamaría, venido de “Tierra Arriba”, con el apoyo del indio sacristán, recogió la abandonada carga y, al abrirla, encontró el santo crucifijo, que tenía en la llaga del costado un papel con esta leyenda: “Yo soy el Señor del Amor de este Pueblo, al que le amo preferentemente, quiero ser el Rey de Caranqui”.

Desde ese entonces los caraqueños profesaron una singular devoción a la sagrada imagen, tanto como a la Virgen del Tránsito, cuya fiesta la celebran el 15 de agosto, con inusitada pompa y atractivos, hasta el extremo de trasladarse medio Ibarra a la vecina parroquia y así debió ser, por cuanto en la madrugada del 16, en el terremoto del 68, el cataclismo les sorprendió a muchos ibarreños en el camino, regresando con “la cabeza a las once” y, otros murieron en el momento en que cantaban a todo pecho. Mientras tanto en Caranqui sólo perecieron tres, pues refiere la tradición que el Padre Parreño, franciscano, oponiéndose al baile del 15, por los desórdenes que se cometían, se ofreció como víctima, para salvar a su pueblo.

El Señor de las Angustias de Otavalo, ha sido llamado por el sentimiento bardo ibarreño, hermano legítimo del Señor del Amor de Ibarra y de aquel otro milagroso que, con la misma advocación, tiene culto rendido en la Parroquia de Caranqui.

Efectivamente de sus prodigios está llena la memoria popular. Un virtuoso sacerdote ibarreño, cura de allí, nos refería que desesperado el pueblo por una larga sequía, celebró a sus instancias en Toabara una misa campal, en medio de un sol abrasador. Un cielo límpido y claro no daba la más remota esperanza de lluvia, pero a pocas horas desató un torrencial aguacero que el pueblo y sus contornos quedaron convertidos en “mar de agua” pagando el venerable señor cura la apuesta que había hecho con un grupo de caranqueños, quienes, animados de fe viva, aseguraron que el Señor del Amor haría llover. Oh, la religiosidad de nuestros mayores tan ejemplar y edificante.

EL ESPÍRITU GUERRERO DE NUESTROS COTERRÁNEOS: Reacciones.-Frecuentes “tomas de la plaza”. -Actitudes valientes y temerarias.-Reflexiones cívicas.

Proverbial ha sido el carácter militar y aguerrido de los ibarreños, cuyo temperamento altivo e independiente se halla siempre dispuesto a hacer acto de presencia en los momentos de mayor peligro, para luego volver a sus faenas ordinarias, disfrutando de la plácida serenidad de la vida del hogar.

Innumerables casos se podían citar de estas demostraciones guerreras que ponen a flote el espíritu bélico de nuestros coterráneos y que la tradición las conserva con un vivo recuerdo de admiración; y, como para muestra basta un botón, según el adagio popular, anotemos algo de lo mucho que se conserva en las páginas sangrientas de nuestra vida republicana. Las fundamentales transformaciones traen consigo un ambiente de inconformidad, y quienes no se avienen con ellos, buscan una reacción o una represalia. La de 1895 trajo consigo esos relieves, siendo repetidas las ocasiones en que el jefe revolucionario, aprovechando que la ciudad carecía en absoluto de guarnición militar se tomaba la plaza y entonces como sucedió en el movimiento que terminó con la batalla del Chimborazo, miles de imbabureños ingresaron en el ejército revolucionario, sin más armas que su coraje y con la idea de que el enemigo las tenía...

Eramos muy muchachos, pero recordamos con asombro el interminable cordón de gente que, rumbo al sur, por la vía a Caranqui, salió de esta plaza. Más de tres mil, desprovistos de material bélico, habiendo sido el batallón de los quinientos ibarreños y otros tantos de Tulcán los únicos que sostuvieron el fragor del combate en las faldas del Rey de los Andes, habiéndoles tocado a los pri-

meros el punto céntrico, razón por la cual todos cayeron prisioneros; pero don Eloy Alfaro, “corazón de madre”, ordenó que se pusiera en libertad a esos valientes, apenas ingresaron a la casa grande.

En otra ocasión hubo también una “toma de la plaza”. El coronel Patiño, con unos pocos soldados, una tarde asomó por “Alto de Reyes”, después de un ligero tiroteo con un reducido número de policías que pretendieron inútilmente hacer la resistencia, penetró en la ciudad y se apoderó del cuartel. Por centenares los simpatizantes del movimiento revolucionario plegaron a él; pero asimismo completamente desarmados, y entre ellos figuraban jóvenes distinguidos que más tarde llegaron a ser abogados, médicos y ciudadanos meritísimos. Las fuerzas del gobierno, que se encontraban en Otavalo, avanzaron de inmediato, y en esa misma tarde, estampidos de los repetidos cañonazos eran los anunciadores de la inmediata refriega. Por la noche, tomaron posesiones en el vecino pueblo de Caranqui y las fuerzas revolucionarias se desplegaron por los terrenos de Yacucalle para contenerlas. Desde la histórica loma, situada a la entrada de ese pueblo, en donde años después muriera el Coronel Villacrés, el cañón lanzaba su fuego mortífero, mientras un ibarreño, con el fusil en balanza, porque el chopo viejo se le había encasquillado, avanzaba solo por media carretera con el propósito de “tomarse el cañón”. El gringo Polidori ordenó no matar a esa “valiente”, en el preciso momento en que la descarga de los artilleros acribilló a balazos a este temerario ibarreño que cayó junto a la cureña. ¿Quién era él? Antonio Mantilla.

En la revolución de Concha se registraron asimismo episodios que realzan el espíritu de los ibarreños quienes en número bastante considerable engrosaron las filas comandadas por el Coro-

nel Andrade. Se armaron con el parque del mismo Cuartel abandonado; lucharon con tenacidad inaudita hasta obligar a las fuerzas gobiernistas a replegarse en la hacienda La Magdalena y después de sangrienta participación, al día siguiente, muy tranquilos estaban los soldados de la víspera, trabajando en sus respectivos talleres, deplorando, eso sí, la muerte de algunos compañeros, como Emilio Montalvo, que el solo sacó de una trinchera a una veintena de soldados.

Y qué decir de esa Compañía del Batallón de Imbabura que encastillada en su propio cuartel, sostuvo por dos días, en Tulcán, la acometida de más de tres mil revolucionarios? Actitud verdaderamente heroica, digna de una mejor causa, fue la de ese puñado de valientes ibarreños, al mando de su Capitán don Honorio Gómez de la Torre, a quien más de una vez le oímos referir la promesa que habían hecho: caer muertos pero no rendidos. Ante semejantes procedimientos venía, por asociación de ideas, el recuerdo del espíritu espartano, cuando las madres que mandaban a sus hijos a la guerra les decían: “Con el escudo o sobre el escudo”. Esto es que habían de regresar triunfantes, y si no, era preferible caer muertos con gloria y con honor.

Estos ligeros episodios recordamos con una especie de santo orgullo, pero a la vez con pena ante la idea de tantas energías desperdiciadas en contiendas intestinas; energías que debieron reservarse para defender la integridad nacional.

UNA OBRA COLONIAL: El templo de San Francisco. -Los franciscanos. -La imagen de la Virgen Dolorosa. -Una joya artística. -Antigua cofradía. -La huerta de Dolores. -El Marqués de San José.

Que el templo de San Francisco está íntimamente relacionado con la historia y hechos tradicionales de Ibarra es evidente, y ya en anteriores referencias del pasado hemos evocado lo que generación tras generación ha llegado hasta la época presente, que luego se encargará de transmitir a la posteridad.

Este antiguo templo constituye la única reliquia colonial y sus muros hablan del sentimiento religioso de nuestros mayores que fue muy grande y nunca esperaron la hora suprema para sus protestas de fe, y eso cuando tienen tiempo de hacerlas.

98

¿Cuándo los franciscanos se establecieron en lo que es la provincia de Imbabura? Indudablemente en los albores de la conquista, si se tiene en cuenta el permiso otorgado por los Papas León X, en 1513 y Adriano VI, en 1522, a los religiosos para que ejercieran el oficio de curas, siendo los franciscanos, dominicos y mercedarios quienes según Lope de Atienza, desempeñaban funciones parroquiales. Es indiscutible que en 1608 el Presidente Fernández de Recalde adjudicó terrenos para que levantaran franciscanos y mercedarios sus templos y conventos en la incipiente villa. Y así sucedió. A los primeros se les señaló una área de terreno que abarcaba desde lo que hoy poseen, incluyendo el hospital. A los segundos el área que linda con Pílanquí en su lado occidental. Iglesia y convento de la Merced fueron ricos y magníficos, según el historiador Velasco; por desgracia cayeron al golpe demoledor de la catástrofe del sesenta y ocho. No así el templo de San Fran-

cisco que se mantuvo en pie al igual que todos los edificios de San Juan Calle, esa es la denominación popular, favorecidos sin duda por la quiebra del río Tahuando, que acaso amortiguó el fuerte movimiento sísmico.

El templo de San Francisco es una reliquia colonial, pobre, sencilla, en sus incommovibles muros de piedra, sin ornamentación alguna; pero por respeto y veneración al pasado, a la dominación tres veces secular del régimen español, que con su lengua, leyes, usos y costumbres nos trajo las creencias religiosas verdaderas que deben ser conservadas.

Que esos fríos muros guardan el fervor religioso del pueblo ibarrero, es innegable. Basta es recordar la antigua Cofradía de los Dolores, creada si mal no recuerdo por doña Ventura Tello, quien en su testamento ratificó la donación de una huerta en el valle del Chota a nuestra Señora de los Dolores, colocada en la iglesia del convento de San Francisco de esta villa para que con el producto de los arrendamientos se ayude a celebrar las fiestas que se hace el día viernes del concilio. Esas huertas conocidas en el Chota con el nombre de Dolores, tienen notables rasgos históricos, como el arrendamiento que hizo de ellas en Marqués de San José, quien las retuvo algún tiempo en busca de Cédulas Pontificias. La imagen de la Dolorosa que data del siglo XVII es maravillosa, modelo de arte, por lo mismo de valor incalculable.

LAS FIESTAS DE EL CONVITE: Qué eran éstas? Manera como se desarrollaban. -Los antiguos ibarreños. -Su fausto y riqueza. -Rivalidades de barrios. -Corrida de toros. -Bailes. -Antítesis entre antaño y hogaño.

Que los antiguos ibarreños, criollos o de pura cepa española, fueron no solamente muy apegados de sus rancieros pergaminos, sino amigos del fausto y ostentación, rayados en soberbia, es un perfil de su fisonomía moral, que la tradición y la historia se han encargado de recogerlo, con no poco asombro y estupefacción.

Basta recordar las fiestas conocidas con el nombre de “El Convite”, de las cuales aún hace referencia, en una de sus páginas, el historiador Cevallos. En qué consistían esos jolgorios evocadores de las fiestas olímpicas en Roma?. Nada menos que ocho días con sus respectivas noches, eran un continuo esparcimiento, en el cual se hacía intemperante alarde de derroche, rindiendo pleitesía a Terpsícore, la musa de la danza y la música. Dividida la ciudad en dos bandos opuestos, el barrio de arriba y el barrio de abajo, cuyo lindero era el centro de la plaza mayor, entraban los vecinos de cada uno de ellos en una fantástica competencia en el reparto alternativo de los días de “El Convite”. Allí los vinos añejos de Valdepeñas se repartían en lavacaras y se bebían en vasos, y los priostes, desde un tablado, el más alto y visible de la Plaza, arrojaban al público la plata labrada, en palancones, de la cual se aprovechaban únicamente los parroquianos, es decir, la gente venida de los pueblos, pues ningún ibarreño se acercaba a recoger esas monedas, so pena de ser marcado con el sello de la afrenta o deshonra. ¡Qué puntillosos y ensimismados dizque eran los antiguos ibarreños!. No toleraban nada que algo pudiera menoscabar su delicadeza personal. De sangre que llevaba en sí los glóbulos ro-

jos de altivez y caballerosidad, de la nobleza española, de un criollismo de heroicidad, se afanaban en mantener sin mácula esas características de la urbe fundada por don Miguel de Ibarra, poniendo el tinte de su personalidad en todos sus actos sociales.

Fiestas como esas no se han visto ni se verán. Las corridas de toros eran el número obligado. Los ibarreños ostentaban los más ricos vestidos, que lo variaban diariamente. Los hombres concurrían con los pantalones bombachos de color claro, chaqueta negra, sombrero de ala, llevando al brazo la elegante capa española, con garniciones de terciopelo de seda, valiosa prenda que en más de una vez era desgarrada por las astas del bravío bicho en un “lance” sacado por su honor y por su dama... Estas lucían muy amplios vestidos de finísima lustrina sobre crinolinas marca francesa, a tono con el corpiño y el sombrero, llevando en la diestra, como complemento de la indumentaria, un vistoso abanico de plumas de colibrí. Y las airoas bolsiconas, con su mantón de manila, eran de esas que obligaban a sacar el poncho a sus admiradores, quienes exclamaban, a igual del escritor Mera: “ayayay, cholita” ...

Los toros encolchados y emplatados se sucedían unos tras otro en la plaza, rodeada de tablados con cortinas color carmesí. Y en esas corridas, que terminaban a las seis de la tarde, con el “toro de la oración”, se repartían escenas idénticas a las de la plaza de Rivarrambla, y más de un valiente ibarreño superó en fuerzas y audacia al español Malique Alabez, en eso de echar mano a los cuernos y dominar al toro, que caía humillado a sus pies, en medio de los estrepitosos aplausos del barrio al cual pertenecía el valeroso domador, cuya actitud impelía al ejemplo de algún otro del adverso barrio. Durante los ocho días de fiesta, los bailes se iniciaban a las ocho de la noche, sustituyendo las mujeres los vestidos de seda, con los de vaporosa y rica muselina; mientras los hom-

bres ostentaban el chaquet cola de pato, zapato punta alzada, para evitar el tropezón y chistera bajo el brazo. Bailaban el rigodón hasta sudar el hopo. Bebían de lo bueno, lo mejor, y comían en castellano, pues a nadie se le ocurría ir al buffet, sino a la mesa, y nadie pedía consomé o beer, sino caldo o cerveza, y si eran golosos, no decían reprise, sino repita, y la dama no buscaba el toilette, sino el tocador y el joven galán no le obsequiaba un souvenir, sino un recuerdo del inolvidable baile que por lo común consistía en un ramillete muy decididor: una rosa blanca, una violeta y un clavel, unidos con verde cinta, que significaba: sois tan hermosa como modesta y os amo con todas las fuerzas de mi alma...

Evocando el recuerdo de estas fiestas, en nuestra niñez, oíamos decir a un respetable y cascarrabias anciano a quien por cualquier futesa le subía la mosca a la nariz: “Con razón hubo el terremoto...”

Qué antítesis entre aquellos tiempos y los actuales que corremos, en donde todo anda manga por hombro. Hoy el vino no se repara en jofainas, sino en dedales, y la cerveza, más espuma que líquido, se toma como bebida homeópata. Pero es claro, si todo cuesta una fortuna. Ahora, eso de desparramar plata en palancones, pasó a los cuentos de las mil y una noches; ni siquiera se conoce la de 920 milésimos de fino; cuando se oye nombrar soles, se alza la mirada al sol, se ven las caras, pues apenas circula el níquel, y aún esta moneda sin valor, en la época presente, la demandan, en bautizos, los granujas, quienes las recogen con avidez, como si fuesen los doblones o esterlinas de la época de “El Convite”.

EL PADRE JIBAJA: Referencias de su persona.-Sus visiones y vaticinios.-Quién fue él? un hombre de santidad.

Quién, en Ibarra, no ha oído hablar del Padre Jibaja? Para unos, fue un santo; para otros, un visionario; la verdad es que, según cuenta la tradición, poseía el don profético de anunciar los acontecimientos que iban a suceder. Por la noche observaba hechos raros y sorprendentes, y al día siguiente, desde la cátedra sagrada, los revelaba ante un escasísimo auditorio, generalmente compuesto de media docena de viejecitas que dormitaban bajo el púlpito, pues los antiguos ibarreños tenían el ánimo poco dispuesto a escuchar las “cosas del Padre Jibaja”.

Mientras tanto, cabe recordar que no era un quidam, sino un religioso que en la Comunidad de Agustinos y en lo social, gozaba de bien adquirido prestigio y su nombre estaba aureolado de respetuosa consideración. Inútiles han resultado nuestra búsqueda e investigaciones en los archivos para descubrir datos históricos relacionados con este personaje legendario.

Lo que sí podemos asegurar es que figura entre los adherentes al Acta de Pronunciamiento hecho en la capital del Departamento para constituir el Sur en un nuevo Estado. A esta acta del 13 de mayo de 1830 suscrita en Quito, nuestros mayores se adhirieron el 16 del mismo mes y año y entre los firmantes como Joaquín Gómez de la Torre; José Gangotena, primer comandante; Manuel Soto; Fray Mariano Negrete, rector; Mariano Maldonado, catedrático de filosofía; Joaquín Guzmán; Juan Antonio Rosales, comandante primero; Antonio Espinosa; Francisco Guzmán; Manuel López; Manuel José Cifuentes; Joaquín Monge; Joaquín Subía; Guardín y otros más, aparece también Fray Joaquín Jibaja, prior. De todo lo cual da fe y certifica el secretario municipal, Alejo de la Vega.

El padre de nuestra referencia, absorto y contemplativo en la mística soledad de su convento, practicó las virtudes cristianas en grado superlativo, y lo que sus contemporáneos califican de locuras, tal vez eran brotes de su beatificada visión. Sea de ello lo que fuere, recordemos alguno de sus vaticinios, que la tradición se ha encargado de mantenerlos frescos e imborrables.

Hace más cerca de una centuria, en 1848 fue nombrado capellán del Monasterio de Conceptas de Ibarra, el virtuosísimo José María Yerovi, de quien cuando entró en la comunidad franciscana, dijo Montalvo que: “la museta del doctor se convirtió en la corona religiosa y las borlas del humanista, en cingulo de franciscano”; pues en tal grado apreció el Padre Jibaja el valor moral del joven capellán, que un buen día a lápiz le envió el retrato con mitra y báculo episcopales. Al verse así el Pbro. Yerovi sonrió y repitió la frase popular: “Ocurrencias del Padre Jibaja”. Años después, como es sabido el padre Yerovi fue nombrado Administrador Apostólico de Ibarra, Obispo de Cidonio y Auxiliar de Quito, con derecho a sucesión de un arzobispado. Este retrato profético se conserva con especial veneración en casa del doctor Benigno Cevallos.

104

Corrían los primeros meses del año 1860 y una mañana, cuando aún el sol no había arrojado su dorada cabellera, celebraba el santo sacrificio, y luego sin ningún desayuno ordena al sacristán conducirlo al “llano de Monjas” “hoy la Esperanza” que no lo conocía. Ya allí, dice a sus acompañantes: “Aquí en este lugar se han de refugiar los ibarreños sobrevivientes de una tremenda catástrofe”. Al amanecer del 16 de agosto de 1868 la ciudad fue destruida por un terremoto, y los pocos sobrevivientes, efectivamente levantaron sus tiendas de peregrinos en esos llanos.

¡Pedro, Pedro!, gritó en altas horas de la noche al sacristán que dormía en la pieza vecina a su celda. Cuando se presenta a la puerta para inquirir el motivo de tan inesperada llamada, le dice: “enciende el yesquero pues he tocado inmenso volumen de un líquido, no sé si de agua o de sangre, y para cerciorarme he sumergido el cobertor”. Penetra en la celda el tímido sacristán, claro está, nada hubo, pero sí la sobrecama estilaba agua.

Esto significa, añadió el padre, que Ibarra se convertirá en laguna, y sucederá según he soñado, cuando se abra el camino al Pailón, y cuando en la calle a San Francisco, hoy Pedro Moncayo según denominación oficial, o “barrio latino” según su admirador, doctor Gómez Jurado se levanten de lado y lado todos los edificios de dos o más pisos.

Mucho quería a los estudiantes, quienes eran los dueños únicos de las exquisitas y variadas frutas del huerto del convento. Una noche, de urgencia manda a llamar a dos alumnos internos del Colegio Seminario. Cuando éstos se presentan ante el Padre Jibaja, les dice: “El papá de ustedes acaba de ser asesinado en el camino de regreso a la hacienda. El cadáver está abandonado y es preciso que ustedes vayan a recoger” los jóvenes no dieron mayor importancia a la noticia emanada de la “imaginación calenturienta” del religioso. Con todo al amanecer se pusieron en marcha y con gran estupor y amargura constataron que yacía en un recodo de la vía, exánime, el cuerpo del actor de sus días.

Con estas verídicas tradiciones alrededor de la personalidad del padre Jibaja, cabe volver a preguntar: ¿Quién fue él? Sin temor a equivocación bien podemos afirmar: un hombre de oración, paloma sin hiel que vivió en la obscuridad de su retiro, humilde, santo y menospreciado por la superficialidad del mundo.

LA LUTERANA: ¿Quién fue ella?

Era ésta una mujer que infundía pánico y terror a los trasnochadores, quienes se pasaban de claro al pie de la ventana de sus enamoradas cantando al son de la guitarra sus endechas amorosas, con tantos requiebros que, según la leyenda al oírlas, partían el corazón más duro de las bellas chiquillas, si duro pueden tener quienes fueron creadas para la felicidad del sexo feo.

En esos tiempos las calles eran oscuras y tenebrosas, excepto cuando el astro de la noche mostraba su faz cadavérica en la comba azul del cielo. Ni un farol, ni un mechero disipaban siquiera las densas tinieblas. Los ranclistas andaban a saltos y trompicones, yendo más de una vez a dar de bruces, no diremos contra el pavimento, que no se lo conocía, sino contra los abundantes chaparros, y eso cuando no quedaban emparedados en la plazoleta de la Concepción -hoy mercado- pues tan “pesado” era ese lugar que quien allí llegaba a altas horas de la noche no tenían punto de salida y permanecían castañeteando los dientes, hasta cuando la rosada aurora principiaba a perfilarse en el oriente. Y eso que en sus cercanías estaban recluidas las virtuosas monjas conceptas, quienes con sus constantes oraciones y plegarias ahuyentaban del contorno del monasterio al espíritu infernal, pero éste tenía siempre en jaque a trovadores y tunantes, que daban vueltas y revueltas para no encontrarse con la “Luterana” quien dizque acostumbrada instalarse en el brocal de las pilas, en espera de dar un mal rato a algún despreocupado trasnochador, que acostumbrada poner los pies en polvorosa, cuando percibía los lúgubres toques de la “caja ronca”, anunciadora de estar muy cerca la mujer misteriosa.

Pero como de todo hay en el mundo no sólo tímidos, sino también hombres de pelo en pecho, capaces de desafiar, no solo al

mismísimo Lucifer del alba, sino a la luna que sigue, según Saavedra su imperturbable carrera cuando le ladran los perros, uno de esos, Juan sin Miedo, se puso de propósito, previo el requisito de trasegar al estómago unas tantas copitas de “quita pesares”, alumbrándose más de lo permitido por las leyes de la templanza, buscar a la Luterana y entrar en comunicación con ella, hasta darse cabal cuenta de si era de ésta o de la otra vida. Efectivamente, la encontró arrebujaada en un largo manto, cubierto el rostro y sentada en el borde de la pila, situada en la esquina San José, hoy evocada con el nombre de El Coco; se acercó a la desconocida y en tono un tanto burlesco y pleno de picardía le solicitó una “muchita” ...

-Sígame le respondió e incontinenti, con aire gentil y garboso, con talle cimbreante, se adelantó con dirección al Tahuando.

El hombre bravucón y bromista, a medida que avanzaba, sentía que las piernas perdían su consistencia; al llegar a la playa del río, la mujer se quitó el velo, para poner a descubierto su esqueleto, a cuya vista el curioso e impertinente cayó al suelo echando espumajo por la boca, y a la madrugada, en estado inconsciente fue recogido por unos arrieros quienes humanitariamente le pusieron sobre sus hombros y fueron a depositarle en su propia cama al valiente domador de duendes y cabezas encantadas, prometiendo desde ése entonces, no por los amuletos de Solimán, sino por lo que había visto, no volver a salir de su casa durante la noche y lo cumplió, pues fue preciso que ochenta años después Don Jacinto Panquero instalase el primer servicio de luz eléctrica para no volver a hablar de la Luterana, que hoy vive en la tradición ibarreña.

PATRICIO DUENDE: Quién fue él?; Su retrato físico y moral.-Sus rarezas.-Sus vaticinios. -Ave de mal agüero. -Cómo murió. -Lo que le dijo su confesor. -Lo que le dijo su madrastra.

Los hombres cuyas rarezas y extravagancias conserva la tradición, no son creadas por la fantasía popular, sino que realmente existieron y su recuerdo pasa de generación en generación, como brotes de donaire y agudeza, unas veces, y otras emanaciones de algo que constituye la manera de ser de épocas pretéritas.

Entre esos individuos un tanto legendarios, figura Aparicio Duende, repugnante criatura que diría Quevedo por lo poco atractivo de su persona y exterior apariencia, aun cuando en el fondo dizque era de corazón de oro y espíritu tan candoroso y sencillo, que bien podría engendrar celos al de un niño.

108

Adiposo mofletudo, Aparicio era pequeño de estatura, ancho de panza, cara y boca, nariz chata, ojos hundidos, especie de cuévanos, buenos para tumba de explotadores, frente estrecha, cabeza que simulaba un turbante, cubierta siempre con sombrero alón de paja, semejante a un quitasol y apropiado en esos tiempos para la vida de los campamentos, indumentaria que sin duda, le dio el sobrenombre de “duende”, con el cual a la distancia le gritaban los muchachos, quienes temían caer en manos de él, porque era “bravísimo” y capaz de reducir a papilla a granujas malandrines que se burlan de quienes adolecen de alguna extravagancia. Y esto se observa ayer como hoy. Hasta hace poco vivía un infeliz a quien le sacaban de quicios al grito de “Paletó” porque era ese su perenne vestido como existió también una mujer quien a la exclamación de “tres tiendas” lanzaba bofes y agotaba el diccionario

más iracundo y grosero. Aparicio no vociferaba cuando le gritaban “duende”, pero silenciosamente les estrujaba de tal forma que el cuerpo dejaba con muchos cardenales y tumefacciones aconsejándoles que vayan a pedir perdón a San Lázaro.

Entre sus rarezas tenía la de ser excesivamente comilón a dos carrillos: por el uno dos plátanos y por el otro dos panes a la vez; los devoraba en un santiamén, y esto con ligeras intermitencias, porque la gente a cada paso le obsequiaba en las calles, a impulsos de la curiosidad de verle comer así, con tanta avidéz, como si hubiera sido educado en la escuela de “Heliogábalo” famoso por su glotonería.

Dejando a un lado estas flaquezas, Aparicio tenía cualidades morales y religiosas. Pendiente del cuello una grande y sonora campana, acompañaba al Santísimo Viático no siempre; sino cuando según su criterio el enfermo iba a morir. Tal era la certeza de su predicción, que cuando lo veían en dicho acompañamiento, tenían como segura la muerte. Y nunca falló. Por la noche, en la iglesia acompañaba al cadáver, y cuando éste a causa de ciertas enfermedades se levantaba en el ataúd, Aparicio sin ningún miedo se acercaba, amonestándole cariñosamente con estas textuales palabras: “échate hijito, échate”. Y después de acomodarle, seguía rezando, encomendando el alma al Dios de las Misericordias.

También a Aparicio como a todo mortal le llegó la hora postrera. Una tremenda indigestión le llevó al hospital. Allí falleció después de haber recibido todos los auxilios de la religión católica, de manos del virtuoso capuchino Fray Benito, quien al recoger el último suspiro exclamó: “murió un ladrón del cielo”, mientras la madrastra de Aparicio con semblante semioblicuo había dicho: “se acabó el tonto comilón”.

DOS VETERANAS CON RIBETES DE CELESTINA: Su pecado capital, la curiosidad.-Un cortejo fúnebre.-La andas.-Pánico de los tunantes.-Ceras convertidas en canillas.-El caso de un tabernero.

Cuenta la tradición que a mediados del siglo pasado, existieron en esta ciudad doña Chepa Copetona y doña Liberata, dos mujeres liliputienses, que por su indumentaria verdinegra eran conocidas con el sobrenombre de “cale de tamales”.

Tenían la manía de la curiosidad de saberlo todo, no como quiera, sino con un cierto espíritu malediciente y calumniador, sin pizca alguna de justicia y benevolencia para juzgar los actos de los demás. Llevadas de ese prurito, las noches se pasaban de claro en claro, ambulando por las desiertas calles, inquiriendo, cual diablos cojuelos, como si las casas fuesen de vidrio o por las rendijas de las puertas, para divulgar al amanecer cuanto se imaginaban haber visto u oído. Cuando por alguna circunstancia no podían salir juntas, por lo menos la una desempeñaba el papel de “las paredes oyen” y la otra se quedaba en la tienda, en espera de acada-brantes noticias.

Una noche le tocó el turno de salir sola a doña Chepa y tal vez por tener esa lengua descrita por Ricardo León, presenció algo que nunca pensó ni se imaginó. En una de las esquinas de la plaza principal se encontraba, cuando vio que avanzaba por la otra un cortejo fúnebre, en el cual los acompañantes, en dos alas, portaban sendos cirios encendidos, y en el centro cuatro hombres conducían las Andas. La mujer errante, a impulsos de la curiosidad tomó la diagonal de la plaza para ganar la delantera y como la procesión iba a pasar por la calle en donde tenía su vivienda doña Liberata, y

era ésta más sorda que una tapia, a golpe de piedra cedió la puerta y se quedó husmeante en espera de que pase el cortejo. Y así fue. Las Andas iban en hombros, y uno de los acompañantes se acercó a doña Chepa y le encargó la cera, advirtiéndole que “mañana a la misma hora irá a recogerla”. Asombro y muy grande tuvo la veterana, cuando al clarear el día observó que sobre la mesa no estaba la cera, sino una canilla de muerto. Desesperada, marchó en busca de un sacerdote a quien le consultó el caso. Eso quiere decir, le observó, que usted va a morir. Prepárese. Efectivamente, a la siguiente noche murió víctima de un cólico miserere.

En aquellos tiempos, los gastos de funerales no costaban como ahora un ojo de la cara a los deudos. Las carrozas no se conocían en la ciudad, ni tampoco cajas mortuorias lujosas y tan costosas, que cabe preguntar cuáles son sus linderos? como si se tratase de comprar un predio. La única economía de hoy consiste en las ceras de acompañamiento que cayeron en desuso, sin duda por el recuerdo de la anterior tradición. Las Andas de antaño suplían toda deficiencia. En ese amplio cajón, cubierto de una colcha de seda, si el muerto era personaje o de simple zaraza si no lo era.

Pero estas Andas eran timebum de los trasnochadores pues, con frecuencia dizque se encontraban con ellas la gente non sancta.

Se dice que allá en el último cuarto de siglo pasado, en el siempre alegre barrio de La Merced había una cantina concurridísima por los negros del Chota, quienes se amanecían bailando la bomba o jugando la caída, en la cual muchas ocasiones perdían toda la venta del carbón o del sancocho. El dueño de esa taberna era amigo de empinar el codo y su mujer, para evitar que se levantase durante la noche, con el objeto de llenar dos o tres veces la medida, acostumbraba a amarrar con una piola al fervoroso adorador de

Baco. Pese a estos recursos preventivos, con frecuencia los burlaba y mientras su esposa estaba bajo el reparador influjo de Morfeo, el marido daba buena cuenta de la damajuana. Una noche, estando en esas actividades, oye murmullos de muchas personas en la calle, las mismas que se detuvieron en la puerta de su tienda. De inmediato les abrió y se encuentra con las consabidas andas y los consabidos cuatro hombres.

Como si estuviese de gravedad un vecino preguntó: ¿Ha muerto el Juan Elías? Sin obtener respuesta, después de un momento, continuaron la marcha los cargadores. El dueño de la taberna, transido de dolor, despierta a su mujer y le dice: Ya ha muerto el enfermo de a lado. Acaban de llevar las Andas. Viejo chumado, le responde la iracunda consorte, en tan altas horas de la noche qué Andas van a llevar?. Esas son de la otra vida y ya verás lo que te pasa.

¿Qué sucedió?. Al mes completo murió don Juan y las Andas de este mundo se encargaron de conducir sus restos mortales a la última morada.

UN PARAJE MISTERIOSO: La monja. -Por qué lleva ese nombre?. -La bella y pundorosa Margarita. -Un caso de Narciso Mitológico. -Un encantamiento.

Por allá en un rincón de los Lulunquies, en un lugar sombrío, de perpetua llovizna, conocido con el nombre de “La Monja” existe una tradición que ha pasado hasta nosotros, sin saber quién la inventó, pues no podemos asegurar nada de su verdad o por lo menos de su verosimilitud, pero la imaginación popular la conserva viva y latente, con ciertos relieves de hadas o de un cuento de las mil y una noches.

Se dice que Margarita era una chica guapa y bonita. Pertenecía a la nobleza ibarreña, es decir a aquellas familias que nunca bailaban el “San Juan” ni el “alza que te han visto”, porque hacían alarde de no llevar en sus venas ni un glóbulo de sangre mestiza, sino que eran de sangre azul, con lo cual daban a entender que eran de origen netamente español, y de esas familias linajudas, habían muchas en Ibarra, sin llegar desde luego al extremo de asegurar, como alguien dijo que los restos mortales del famoso manchego se encontraban enterrados en la plaza principal y sólo los pies estaban guardados en otra ciudad, también pegada a sus realezas y abolengos.

Sea lo que fuera, la verdad es que Margarita, era la niña mimada de sus padres y más de uno de esos caballeros de espada al cinto y capa española solicitaban su mano, pero ella, desprendida completamente de afectos humanos, nunca hizo caso a tales requerimientos, con una circunstancia muy especial: no se conocía, pues nunca se sirvió del espejo para su arreglo personal. Muertos sus padres, Margarita convirtió su casa en un monasterio; vestía de azul oscuro, siempre recatada y honesta, por cuya razón le llamaban “La Monja”.

Tan pulcra y pudorosa era, que jamás, según costumbre fue a bañarse en el río Tahuando, temerosa de ser vista; pero un buen día tuvo vivo deseo de una ablución en agua corriente, y entonces, en compañía de su sirvienta, salió camino a ese rincón, de uno de cuyos repechos se desprende una cascada formando un riachuelo afluente del, en ese entonces, caudaloso Tahuando.

Margarita iba a sumergirse en el vado, pero una inofensiva curiosidad la detuvo para contemplarse en el límpido cristal de las aguas, enamorándose de sí misma, como el narciso de la mitología, pero quedó de inmediato “encantada” y convertida en monja de piedra. Dicen que allí se le ve hasta ahora; sin que nadie pueda acercarse porque quienes tal cosa pretenden sufren los efectos de una recia tempestad, que les obliga a salir de corrida y a eso se atribuye la creencia de que en los más fuertes veranos, llueve tan sólo en los Lulunquies. No obstante ser ibarreños de nacimiento, no hemos andado por esos tradicionales parajes, y quien desee cerciorarse de la existencia de la monja, puede hacer un viaje, y de nuestra parte colorín colorado, como dicen los granujas.

TRES AMIGOS INSEPARABLES: Quiénes eran.-Sus características.-Un raro compromiso.-Su muerte.-Un caso de locura.-Como fueron vistos después de muertos.

El “cholo” Juan, el mudo “Pedro” y el “jetón Andrés”, este último, tipo de fealdad, hasta el extremo de ser el espantajo de los niños, eran tres amigos de uña y carne, tan íntimamente unidos entre sí que donde estaba el uno, allí se encontraban los otros dos; ninguno de ellos podía actuar por si solo, sin el concurso de los dos restantes. Eran la poción de Riverio, para los efectos de una amistad, tan estrecha nunca vista en esta pacífica urbe.

Poco o nada dedicados al trabajo, su ocupación favorita consistía en ambular por las calles a toda hora. De día cogían con avidez noticias en los mentideros públicos; por la noche desempeñaban el papel de rondines o vigilantes cuando no había algún acontecimiento de familia, pues eran patos de toda boda y dolientes de toda pena. Si se trataba de alguna fiesta, eran los primeros que “rompían” el baile, sean o no invitados; y si de un velorio, jamás brillaban por la ausencia esos personajes obligados que se amanecían contando “cachos” en forma tan hilarante, que en veces las viudas lloraban con “chulla ojo” mientras con el otro miraban de soslayo a quienes endulzaban las amarguras, aceptando como verdad axiomática, aquel dicho que el jetudo Andrés acentuaba como pícaro sonsonete: “al que se muere se le entierra y al que se va se le olvida”. Para algo habían de servirles esos gruesos labios que bien podían servir de repisa de un reloj de pared. Además, según cuenta la tradición eran hombres de pelo en pecho que compraban pleitos ajenos, por “quítame esas pajas”. Para un puñete no dizque tenían competidores, ofreciendo “la zurda hincada” a cualquier filisteo, porque si éste se mani-

festaba más fuerte, los tres amigos inseparables le hacían “cuadrilla” y entonces la derrota se pronunciaba en un santiamén, y muchos matrimonios mal avenidos llegaban a firmar paces, gracias a la acuciosa intervención de quienes de mutuo propio se habían convertido en desfacedores de agravios o en amables componedores de querellas familiares; circunstancia que explica el por qué esos individuos hacían acto de presencia en las diferentes situaciones domésticas.

Pero cabe preguntar: ¿qué propósito perseguían adoptando semejante sistema de vida?. Pasarla siempre bien, sin olvidar un punto aquel adagio: “el vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo” ¡vaya!; para ellos, toda situación triste o alegre, angustiosa o difícil era de rechupete: lo mismo tomaban vela en un entierro, como bailaban con castañuelas o lanzaban formidables golpes que obligaban al agresor a ver estrellas en pleno sol.

116

Lo intrigante y curioso es saber el origen de amistad tan estrecha o inalterable, la que, según la tradición, tuvo su fundamento en un compromiso formal, firmado y rubricado con su propia sangre, extraída de las venas, habiendo, además, pactado que el primero que se muera se encargará de llevar a los otros dos. Así sucedió. Muerto Juan, incontinenti, Pedro exhaló el último suspiro. Ante semejante caso, Andrés cayó enfermo, y rogaba a su mujer no le dejase solo ni un instante. La cara mitad aprovechando el sueño del marido, abandonó el dormitorio, y al regresar después de unos minutos, lo encontró ya difunto, estrechando en sus yertas manos el compromiso de antaño. Tan fuerte fue la impresión de doña Blasa, que perdió la cabeza y el tema de su locura, según la leyenda había sido ver a los tres amigos formando la sombría Corte de Plutón; el cholo Juan como símbolo de furor y maledicencia; el mudo Pedro, símbolo de la traición, por su sonrisa pér-

fida y el jetón Andrés, mordiendo los labios, como símbolo de odio.

Que estos mofletudos individuos no son imaginarios, sino vivieron en Ibarra es evidente; sus rarezas ha conservado la tradición, como modelo de extravagancia. A ellos se les aplica primero y así fueron conocidos con el sobrenombre de: “los tres del trato”.

PERSONAJES RAROS Y EXTRAVAGANTES: Don Próspero Arévalo. -Doña Bárbara.-Su manera de ser.-Rico tesoro en el Tahuando.

Todos los pueblos tienen sus hombres típicos, cuyas rarezas conserva la leyenda con caracteres tales que realzan y ponen de relieve su singular personalidad.

Entre esos seres tradicionales de Ibarra, figura don Próspero Arévalo, un gerundiano rematado, fervoroso devoto del culteranismo, maniático mejor dicho de esa endiablada jerigonza extravagante y obscura, de la cual hacía alarde en su manera de hablar. Se daba de muy amigo de la pureza del idioma, en su afán de mantener su origen de cepa española, de marca mayor y se indignaba cuando oía pecados contra la pulcritud del castellano, sin tolerar ni siquiera el uso de palabras de procedencia aborigen. Cuántos iracundos dicterios habría lanzado este personaje legendario si hubiese vivido en estos tiempos en que tanto alarde se hace de estropear la meliflua lengua de Cervantes, a impulsos de ridículas y adefesiosas imitaciones de lo exótico que pretende imponer el pseudomodernismo, en abierta pugna con el esplendor de la frase y aticismo?. De seguro don Próspero habría sido capaz de entrar en fiera y descomunal batalla con los profanadores del bien decir.

Para él, la palabra huevo era de pésimo gusto, y así, cuando veía en el caso de nombrarlo, se valía de este artificioso rodeo que delata la maléfica influencia culterana: “glóbulo blanco de la mujer del gallo”.

En cierta ocasión había resuelto salir por la mañana con el objeto de adquirir comestibles y entonces ordena a su paje lo siguiente: “ape-

nas aparezca el luciente Febo, despiertas al generoso bruto; preparas el escapulario bestial, porque debo ir a la Cruz Blanca, por la calle de la Sandalia, en busca de unos buenos damacios”. Claro está, el infeliz sirviente quedó en babia y no sabía como descifrar el intrín-gulis, pues don Próspero quería salir al amanecer; que el mozo ensille el caballo para ir a Yuracruz, por la calle de la Alpargata en busca de camotes, llamados por él, damacios, en recuerdo de un Damacio, individuo de la época y vivo ejemplar de la tontería.

Y no era esto sólo, sino que don Próspero se distinguía por el uso de la hipérbole en forma tan inverosímil, que fue conocido como el prototipo de la mentira. Dizque contaba que en un viaje a Quito, sufrió dos graves accidentes. En un camino estrecho y sin salida fue acometido por un toro furioso sin tener otro medio de salvación que el subir por un chorro de agua que caía de inconmensurable altura, pero como el animal también se trepaba, desenvainó la espada que siempre llevaba al cinto y cortó el chorro, cayendo de inmediato al suelo el temible cornúpeto. Y no quedó allí la peripecia, sino que en el páramo se desató tremenda tempestad de rayos y su sorpresa fue grande cuando al desmontar en Malchinguí se encontró solamente con la mitad del caballo, pues un rayo le había dividido en dos partes, regresando de inmediato en busca de la otra parte que la encontró en plena función digestiva, uniéndolas luego sin ninguna dificultad.

Y desgraciado el oyente que pusiese en tela de duda sus afirmaciones, pues enseguida era desafiado a duelo sin sujeción alguna a los rituales del código del Marqués de Cabriñana, sino que blandía ipso facto su afilado florete toledano.

Que en eso de mentir, don Próspero formó escuela, no cabe duda, si se tiene en cuenta que en el comercio de la vida humana, no

falta individuos jactanciosos, héroes de todas las jornadas y tan amigos de las mentiras más morrocotudas, que el maestro vino a quedar “tachuela” a igual de aquel dios mitológico, considerado como la personificación de la estolidez, por su criterio negativo en la apreciación de todas las cosas.

Y si de hombres raros hemos hablado, también la leyenda conserva el recuerdo de una especie de Celestina, doña Bárbara a quien se le atribuye la habilidad de volar, en enaguas, montada en una escoba a horcajadas, y además, tuvo la costumbre de permanecer en el río Tahuando, durante todo el día y gran parte de la noche, lavando valiosísimas joyas, de las cuales, cuando murió la veterana, nadie dio razón y hay la creencia de que existen bajo la histórica “piedra chapetona” que aseguran ser muy “pesada” pues duendes, hombres sin cabeza, enanos o liliputienses son los encargados, durante la noche, de vigilar esos tesoros, según refiere la tradición.

TAITA CHEPE: ¿Quién fue?. -Sus características.-Su devoción.-Las almas benditas.-Un campanillazo y un susto mortal.-Un marido iracundo.-Acometida extraña.-Sus promesas.

Nonagenario, falleció en los primeros años del siglo veinte, José Imbaya, cogedor de goteras con una casa de paja y plumas de diversas clases, en plena lluvia, de oficio blanqueador y tan escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes, que no manejaba el hisopo mientras previamente no hubiese compuesto la última falla de las paredes y en el empleo de la lechada era tan severo de conciencia que conceptuaba como un perfecto desperdicio, digno de reposición, hasta las gotas de caían al suelo, no obstante las pocas y contadas que eran.

Carecía en absoluto del sentido del oído, y para entenderse con él era preciso hablarle a gritos, desgañitándose, y aún así, muchas veces, entendía las cosas al revés. Mal traído durante la semana, con su capa de trabajo, era pulcrísimo con su vestido dominguero y blancas alpargatas con taco alto, cual zapatos de mujer, estilo María Antonieta. De este hombre de pueblo, humilde a carta cabal, porque la soberbia es patrimonio de quienes viven pegados de suyo y con ínfulas de poderoso caballero “Don Dinero”, se conservan algunos datos tradicionales que han pasado por referencias familiares: en noche de lluvia, después del rezo y de la infalible cena, que consistía en una taza de chocolate con pan de a mercado o sea de a dos por cuartillo, que hoy equivaldría a una botada de a cuatro reales, y todavía más pequeña de la que se sirvió un joven estudiante en el examen escrito, previo al bachillerato, dentro de la cual, en forma de sándwich, por no decir companage o emparedado, en castellano, se le pasó unas cuantas hojas de la filosofía de Janet, sin que el inspector se diese la menor cuenta de la genial picardía, copiando al pie la tesis relativa al “criterio de Kant”, sacada en suerte.

Se dice que el sordo de esta tradición era devoto de las almas del purgatorio, con quienes conversaba con rara y especial confianza. A impulsos de esta devoción, en la primera hora del lunes de cada semana, esto es a la una de la madrugada, acostumbraba salir en demanda de limosna para sufragio de ellas, y no como quiera, sino con un sonoro y lúgubre campanillazo, al pie de las ventanas desde cuyas rendijas solían darle algunas monedas. Una noche, el campanillazo provocó un susto mortal a una respetable dama que horas antes había dado a luz, conquistando así el mejor abolengo de grandeza que puede ostentar una mujer, cual es la maternidad. Tan notorio había sido el efecto del susto, que el marido, pese a la voluntad en contrario de su esposa, se vistió con la rapidez de un relámpago, para ir en busca del animero y castigar su atrevimiento. Y así lo hizo. Salió con un palo afilado, resuelto a sacarle, como se dice, fuera del planeta. Lo encontró al voltear una esquina y en el momento en que iba a lanzarle un puntapié en la parte más carnuda, centenares de personas, brotaron de la tierra, se interpusieron y cargaron a soplamocos y escupitajos contra el señor, hasta dejarle más muerto que vivo, llevando en la cara señales del rifirrafe y con enorme mapamundi en todo el cuerpo a consecuencia de la tunda recibida. Quién le proporcionó tan intempestivas caricias?. Nada menos, según cuenta la tradición, que las ánimas, las cuales salieron incontinenti en defensa de su devoto que ningún delito había cometido y mientras el iracundo marido hasta curar las tumefacciones guardó cama durante una cuarentena, y desde ese entonces adquirió el sobrenombre de El Desalmado; a su consorte, por visible prodigio, se le suspendió de inmediato y sin ningún tratamiento médico, la abundante hemorragia, quedando completamente sana y dispuesta a curar con solicitud a su mal herido esposo, quien fue el de la dieta, de las pócimas refrigerantes y de los paños tibios, mientras el público comentaba a sus anchas el caso ocurrido, que taita Chepe, el in-

cansable “cavador de plata” que nunca lo encontró, le divulgada con puntos y comas, con un gesto de lástima y desdén para el estropeado señor, quien, desde entonces, se dice, derramaba a manos llenas dádivas en sufragio de los espíritus que sufren, pero sin desesperación, en los sobrios lugares de la esperanza, para luego ascender al reino de la gloria y del amor.

EL BENEMÉRITO MARTÍN SÁNCHEZ: Antecedentes de familia.-Una riqueza tradicional.-¿Qué habrá de verdad?.- Vidrios convertidos en diamantes. -Nobleza de corazón.- Raro analfabetismo.-José M. Cifuentes.-Su honradez.-Banco vívido.

Que don Martín Sánchez fue un hombre rico, es cuestión que nadie discute. Lo dice el testamento otorgado en esta ciudad el 22 de febrero de 1823, en compañía de su mujer Isabel Villaruel, en cuyo matrimonio no hubo sucesión. Allí en la cláusula 17 declaran los otorgantes que dejan para fines de educación las haciendas Quitumba, Cananvalle, Cuchupamba y Alpachaca, y además, sus casas de habitación y las casas y capilla que han de servir para ejercicios espirituales.

124

Ricachos en el sentido lato de la palabra fueron los Sánchez Montero, dueños de haciendas valiosas, en la hoy provincia del Carchi, aparte de otras referencias rentísticas, como aquella de que la madre de Martín Sánchez, doña Patrona Solórzano, fue hija de don Esteban Solórzano, en el matrimonio con doña Mariana Forcén Monreal, quienes instituyeron una capellanía de tres mil quinientos pesos en las haciendas de Conraquí, Cananvalle y Cacho, para que se beneficien en primer lugar don Juan Solórzano, casado con doña Juana Guzmán; en segundo lugar, su sobrina Catalina Soto de Calderón y en tercer lugar, los hijos de doña Patrona Solórzano, casada con Esteban Sánchez, hijos que respondieron a los nombres de Andrea, Martina y Martín.

Como se ve, este último fue acaudalado por diferentes líneas; pero la más significativa y que ha pasado hasta nosotros por tradición, es la siguiente: habiendo hecho un viaje a Panamá, a su regreso, depositó en la aduana, con destino a Ibarra, unos cajones

cuyo contenido eran collares, zarcillos, anillos, todo de piedras falsas o hechizas; pero sin embargo su asombro fue grande, cuando al abrir los bultos que tenían su nombre y apellido, encuentra convertidos todos esos cachivaches en riquísimas joyas. Eran perlas orientales, diamantes, corales, rubíes y esmeraldas; las frusele-rías que, semanas atrás, fueron abalorios de puro vidrio.

He aquí un trueque misterioso. ¿Fue don Martín un instrumento providencial en favor de la educación pública?. Puede ser. La verdad es que tenía plata labrada por toneladas. Cuenta la tradición que un día un curioso ibarreño le sorprendió con los baúles y sofás abiertos, repletos de monedas, y fue tal el espanto del hombre que salió corriendo gritando a pulmón lleno: ¡plata! ¡plata!. Todo él transtornado el juicio dizque recorría las calles de la pacífica urbe lanzando esos alaridos hasta que hubo necesidad de recluirle y sujetarle con camisa de fuerza. Uno de esos baúles, de nogal tallado, muy grande, aún se conserva en el vecino pueblo de San Antonio. Reliquia histórica digna de ser rescatada como un tesoro por su gallarda escultura.

125

También ha sido tradicional la nobleza de corazón de Martín Sánchez. Tenía la costumbre de permanecer en su almacén, situado en la plaza principal, a la luz de una mortecina lámpara hasta las siete de la noche, hora en que se recogía a su casa. Cierta día se presentó un individuo enmascarado, puñal en mano y oprimiéndole la garganta le exigió las llaves de la caja. No vaciló ni luchó. El incógnito cargó con cuanto pudo y se marchó, ofreciendo, eso sí, reintegrar lo sustraído después de un tiempo si surgía en un negocio. Don Martín Sánchez reconoció perfectamente al agresor. Era un amigo y diario visitante del almacén. Jamás le denunció a la justicia, y cuando había perdido la memoria del asalto, un buen día, sigilosamente, recibió ingente suma de dinero a título de devolución.

Y es que apego a la plata, jamás tuvo Martín Sánchez. La codicia, nunca le rompió el saco, y es que, en ese entonces, la moneda era moneda, y no como ahora papeles sucios, es decir papeles insertables, por los cuales la avaricia hace perder el sueño tranquilo y reparador a cuantos ponen en ellos todo su corazón, potencias y sentidos para dejar *velis nolis* (quieras o no quieras) cuando recibían la segura visita de doña Descarnada.

El rico linajudo Martín Sánchez entroncado con los Calderón y Grijalba, firmó como Barón (así con B, título de nobleza), en el testamento y a ruego de su mujer por no saber escribir, lo hizo el testigo Alejo de la Vega. ¿Cómo mujer de tantas campanillas y compromisos sociales (en la misma casa de San Antonio se conserva una finísima crinolina de Isabel Villaruel), cómo se explica, decimos, que ésta haya sido analfabeta?. También la tradición asegura que a ciertos tercios padres de familia no les gustaba que sus hijas aprendan a leer y escribir, para que no lean ni contesten las cartas de sus pretendientes. Y que doña Isabel fue tipo de belleza y elegancia, refiere la tradición y así te lo cuento, amable lector.

126

Y si de Martín Sánchez hemos anotado algunas referencias tradicionales, casi ninguna conocemos de otro benefactor de la juventud, don José Manuel Cifuentes, de quien se conserva el recuerdo, así mismo tradicional, de haber sido un hombre de honradez acrisolada. A él acudían como al Banco Central a depositar los caudales, que se encontraban perfectamente custodiados, como en caja de hierro, con siete llaves, en poder de tan íntegro ciudadano, que aparece como uno de los firmantes de la adhesión a la nueva República del Ecuador, en mayo de 1830. La fortuna fue amasada con el sudor de su frente, y al morir en su testamento otorgado el primero de diciembre de 1837 instituyó por heredero universal de sus bienes al Colegio San Diego, “para que sus

compatriotas adquirieran luces suficientes para ser útiles a la religión y al gobierno”.

Sus bienes mucho menores que los dejado por Martín Sánchez, avanzaron alrededor de veinte mil sucres, y de acuerdo con la voluntad del testador, el albacea los aseguró mediante compra de un fundo.

DON TEODORO GÓMEZ DE LA TORRE: Amor a Ibarra.- Sus rígidas costumbres.

La justicia impone consagrar un recuerdo tradicional a la prócer figura de don Teodoro Gómez de la Torre, benemérito protector de la juventud, primer rector del Colegio que hoy lleva su nombre. Se excusó de aceptar el cargo; pero, en cambio, donó el terreno en donde se levanta el edificio y además una apreciable suma de dinero, sino estamos equivocados, de diez mil sucres.

Pocos tan amantes de Ibarra, su ciudad natal, como don Teodoro. Se cuenta que, cuando la invasión de los Figueredos, quienes se habían dado al saqueo, vino de su hacienda La Magdalena trayendo en las alforjas unos tantos miles de sucres, que entregó al jefe, con estas palabras: “señor mío, señor mío; ustedes han venido sólo a robar. Aquí tiene plata; pero no han de perjudicar a Ibarra; váyanse pronto, enseguida”.

Por falta de hoteles, su casa daba hospedaje a todo pasajero que solicitaba; pero lo primero que preguntaba era cuántas horas iban a permanecer. Hasta mañana a las cinco le respondían. A la hora señalada, don Teodoro golpeaba fuertemente la puerta, amonestando al viajero la marcha, pues “son las cinco, señor mío, el desayuno está listo, los caballos ensillados, le repetía insistentemente. Los huéspedes salían pies en polvorosa; a sorbos tomaban el café, a horcajadas sobre el jamelgo y luego volteaban la esquina de la “calle larga” con la rapidez de un relámpago.

Nunca se sentaba solo a la mesa. Dos o tres amigos eran siempre sus acompañantes. Almorzaba a las once, y quienes no sabían de sus rígidas costumbres, se demoraban quince o veinte minutos,

don Teodoro daba comienzo a su almuerzo, a la hora precisa, y cuando entraba el invitado, le decía; “señor mío, yo le invitado para las once y usted asoma a las once y cuarto. Mi casa no es un hotel para que usted venga cuando le dé la gana. Ya no hay almuerzo. Puede regresar. Volverá mañana...”

Cuéntase que tenía un servicio de espionaje tan bien establecido, que nada ignoraba de cuanto en la noche había sucedido. En Ibarra era visto con especial respeto y veneración; la gente del pueblo le consideraba como a su padre; los trojes de sus haciendas siempre estuvieron abiertos para socorrer al menesteroso, quienes acudían a la lechería de Pilanquí a tomar gratis los vasos de espuma, pues consideraba una injusticia y un fraude vender viento, y nunca lo hizo, porque no quería cosechar tempestades.

Desgraciada la ordeñadora que impidiese sobre todo a los niños acercarse al balde para tomar a su gusto esos copos de blanquísima substancia. En la mañana del Sábado Santo sendas vaconas de vientre iban a parar a las puertas de conventos y establecimientos de beneficencia, y la carne por arrobas en casa de sus relacionados que eran todos ibarreños.

Y es por esto que, cuando murió, la ciudad entera vistió de luto y los pobres, los mejores amigos de Dios; como diría el Cardenal Mauray, no como plañideras, con lágrimas de cocodrilo, sino con llanto muy sentido de orfandad por la eterna despedida de quien supo dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, cumpliendo así los mandamientos divinos. No cabe duda, hombres de caridad, como don Teodoro, compran el cielo con sus obras de misericordia, que son virtudes de alta excelencia moral.

EL PRIMER GRITO DE LA INDEPENDENCIA: Su adhesión del ayuntamiento.-Hombres que intervinieron. -Valentías y galanterías. -Respeto a las damas. -La Junta Suprema y la superior.-El año doce.

130 | **Q**ue los patriotas de Ibarra estuvieron en inmediato trato y comunicación con los próceres de Quito para lanzar el 10 de agosto el Grito de la Independencia, es cuestión histórica que nadie discute, ni cabe poner en tela de duda, pues mientras la Junta Suprema, en fecha de 26 de agosto, recién ordenó que se pasaran sendos oficios a los Virreyes de Santa Fe y Lima, a los Gobernadores y Cabildos de la Presidencia de Quito, solicitándoles su adhesión a esa fundamental transformación, el Cabildo, Justicia y Regimiento de la Villa de San Miguel de Ibarra, “estando en Ayuntamiento juntos y congregados, según consta en el Acta de Adhesión de Ibarra a la Junta Revolucionaria de Quito, el trece de agosto de 1809”, en él se leyó el oficio; sin fecha, en la ciudad de Quito a diez de agosto de este presente año, dirigido este Ilustre Cabildo por su señoría el señor Presidente y Alteza Serenísima, Marqués de Selva Alegre, de la Suprema Junta de esta provincia comunicándole la elección hecha por el pueblo de dicha capital para que gobierne a nombre del señor don Fernando VII. En dicho oficio, además se solicita el nombramiento de un representante ante la Junta Suprema, con la dotación de dos mil pesos anuales, según soberana disposición del pueblo.

El Cabildo, Justicia y Regimiento, reunidos tres días después del 10 de agosto, para tratar y convenir cosas tocantes al progreso y ventura de esta república, manifestaron sin discusión “la más reverente sumisión, sincero vasallaje y humildad, sujetos en todo a su Alteza Serenísima, Presidente de la Junta Suprema”. Representante ante ella fue nombrado el Capitán de Granaderos, don

Manuel Zaldumbide “por sus cualidades de talento, juicio, conducta sin igual, que desempeñará sus deberes con la actividad y celo que le es genial”. Excepcionales virtudes cívicas y morales de nuestro representante, no es verdad?. Como no ha de ser evidente cuando en el acta las pregonó su amigo íntimo, el alcalde don Luis de Arboleda y Mena, quien, según la tradición, era un alter ego de don Manuel Zaldumbide, no sólo en las cuestiones que atañen a la cosa pública, sino que también eran mutuos confidentes en aventuras amorosas y, con harta frecuencia, don Luis solicitaba la banda del regimiento para saraos y serenatas al pie de las ventanas de las dulcineas. El robusto pecho de don Luis, antecesor de Gardel, hábil fue en eso de adentrarse en el corazón de las chiquillas quienes “perdían el juicio” al oír las canciones de Arboleda y Mena al son de guitarra sevillana, que en sus vibraciones decía muy claro” Olé salero.

Y claro está. Almas delicadas y sensitivas no podían menos de ser patriotas, como lo fueron José Valentín Posso, José Espinosa de los Monteros, Francisco Javier Velasco, Carlos Rivadeneira, y otros más, de quienes la tradición refiere cosas extraordinarias, como aquello de a semejanza del inmortal Quevedo, lanzar sonoras bofetadas a la salida del templo de la Compañía a un individuo que tuvo el atrevimiento de dirigir galanterías y alzar el velo de una dama, cuyo hermoso rostro, según costumbre llevaba cubierto, por muerte de su marido.

Y los próceres ibarreños no quedaron en eso, sino que organizaron una Junta Superior, dependiente de la Suprema, y eligieron de presidente al capitán don Santiago Ignacio Tobar y Ugarte, rico y linajudo ibarreño, buen mozo, de gallarda presencia, que al zamarro del agricultor, prefería el vistoso uniforme militar, porque según él, los galones, charreteras y brocados tienen un no se

qué de seductor e irresistible encanto. ¿Para quienes? Huelga decirlo... Y en ese entonces, no era para menos tanto atractivo. Los entorchados de dormán, las brillantes condecoraciones que en veces, como en cierto baile memorable, una de esas medallas que ostentaba Sucre se enredó en el corpiño de una chiquilla, en Chuquisaca, eran circunstancias delicadas y galantes que bien se avenían con los rigores de las campañas haciendo olvidar las crudezas del vivac.

Pero la Junta Superior, por demasiada rebelde y “abarcadora de los poderes públicos”, fue disuelta casi de inmediato por la misma Suprema, temerosa de que otras ciudades habían de querer seguir el ejemplo de Ibarra, según anota el historiador Cevallos.

Claro está que esa disolución remordió los labios de los patriotas ibarreños, quienes divididos entre sanchistas y montufaristas, siguieron luchando por la causa de la libertad, sin que les desalentase la derrota de San Antonio de Ibarra, el año doce, ni el consiguiente fusilamiento en la plaza principal de esta ciudad del coronel Francisco Calderón Guillén y otros.

En gloriosas efemérides como ésta -10 de agosto- qué grato es evocar la memoria de nuestros próceres, cuyas hazañas legendarias deben perdurar frescas y lozanas para ejemplo y admiración de las presentes y futuras generaciones y cantar siempre estrofas al son de la trompeta heroica sus magnas e inmortales empresas.

LOS GOBIERNOS DE FACTO: Un batallón inolvidable. -El general Landázuri. -Toma de un cuartel. -Una capitulación. -Banderas blancas a porillo.-Una despedida.

Por su propia índole, los gobiernos de facto o dictatoriales son transitorios, porque lo violento no puede perdurar. Y esto lo encontramos confirmado en la historia, cuyas páginas escritas con sangre hermana son el testimonio más elocuente de esas quiebras que, por desgracia, sufren las libertades públicas en las turbulentas democracias, en donde los odios, los egoísmos personales, las ambiciones insatisfechas se desbordan como un torrente, sin que nada les importe la suerte del país, ni la solución ventajosa de los problemas nacionales, encarnados en anhelos de máxima superación, como el económico, por cuanto la pasión ofusca y ciega a cuantos siguen esos bajos instintos, pues nada bueno encuentran en aquello que no guarda conformidad con su apasionado criterio y son capaces de negar hasta la existencia del sol que alumbra.

133

Y esos desbordamientos se encuentran a cada paso en el comercio de la vida humana, y en verdad culminan en hechos que dejan perpleja y absorta la conciencia cívica.

Dictaduras y muchas ha tenido el Ecuador desde el comienzo de su vida republicana, pero todas ellas han sido condenadas por el pueblo ecuatoriano y plumas aceradas, como la del estilista ambateño Montalvo, con su candente verbo, execraron la audacia de Veintimilla, pero el movimiento nacional de la restauración, acabó con ella.

La tradición ibarreña conserva datos muy curiosos acerca de esa época de transtorno, desequilibrio y desquiciamiento de las liber-

tades públicas conculcadas por quien se denominó el Gran Capitán. Ezequiel Landázuri había sido el jefe de la revolución restauradora en el norte de la república. Cuentan nuestros mayores que eran frecuentes “la toma de la plaza de Ibarra”, por un grupo de guerrilleros mal vestidos y peor armados. Veintimilla, para evitar esas desagradables sorpresas había ordenado que un batallón de línea compuesto de trescientos soldados, denominados “los cachudos”, al mando de un general hiciese guarnición en la ciudad. Ni eso amilanó al jefe revolucionario, quien el día menos pensado, como Juan entra en su casa, asomó a pleno sol por Aloburo, con dirección a Ibarra, no con fuerzas mecanizadas, entonces desconocidas, sino con fusiles viejos y palos, con el convencimiento, eso sí, de que se armarían con las armas del enemigo, ¡carajo! coraje semejante, no se había visto ni se verá, exclamó un respetable anciano que tales incidentes nos contó con lujo de detalles, como si esos acontecimientos hubieran sido del presente y no de un pasado de más de medio siglo.

134

-¡Ya se entran, ya se entran! había sido el grito intempestivo pero de júbilo del pueblo ibarreño.

-Quiénes, interrogó el general?.

-A sotto voce, la muchedumbre popular, respondió: los defensores de la patria; los restauradores.

Cuando esto oyó Veintimilla se había puesto más lívido que un muerto y se había encerrado en la casa de gobierno con sus trescientos veteranos.

Sin duda la mala causa que se defendía les hizo perder la moral y no se tuvo valor para afrontar el combate.

Mientras tanto Landázuri y su guerrilla avanzaban hasta la ribera del río Tahuando y allí permanecieron un día entero, engrosando sus escasas filas con el numeroso contingente de ibarreños voluntarios que acudían a plegar, so pretexto de ejercer un acto de misericordia, dando de comer al hambriento, pues llevaban harta provisión de víveres, sin que, debajo del provocativo canguil o dorados rappingachos, faltasen las municiones que no solamente quitan el hambre sino la vida. Y la heroína Dolores Cifuentes batía el récord de eso de pasar y repasar el Tahuando, llevando no tanto comestibles, sino noticias acerca de la desmoralización de los pobres “cachudos”, a quienes les persuadió de que los revolucionarios pasaban de mil y que “estaban armados hasta los dientes” y en esto no se mentía, porque los comestibles dizque eran abundantísimos, y así debió ser en esos tiempos de las vacas gordas y no como los actuales, de las flacas.

Después de veinticuatro horas, levantaron el vivac al toque de chulla corneta, no a pie enjuto, porque en ese entonces el río era caudaloso, sino con el agua a la cintura, lo atravesaron. A paso de vencedores dominaron las carreras García Moreno, Flores y Oviedo; su sorpresa fue grande cuando, al llegar a la plaza principal, vieron que en cada una de las ventanas de la Casa de Gobierno flameaban no una sino dos banderas blancas, enarboladas por los “cachudos” con esta leyenda: “No queremos morir para que viva el dictador”... Y allí fue la de los abrazos y congratulaciones cambiándose, eso sí, de inmediato el vestuario; los revolucionarios se uniformaron con el rico terno de paño azul obsequiado por Veintimilla, con los fondos de la nación, se entiende; y los “cachudos” con pantalones altos o de cola, según les tocó la suerte. Se despidieron camino de su tierra, jurando no volver más a prestarse para semejantes aventuras, y mientras las caritativas

mujeres les obsequiaban un buen avío, un pícaro y tozudo ibarreño conocido con el nombre de Catánico, dizque tocaba en su tambor una marcha fúnebre, no sabremos decir si la de Nieto o de José Dalgo, pero la verdad es que se les despidió a los cachudos con aires fúnebres y tan tristes como las endechas de los cautivos hebreos a la sombra de los sauces de Babilonia.

LOS PRESIDENCIABLES: Su espíritu de sacrificio. -Nadie cree.-Un ministro candidato a la presidencia. -Un ultimátum del magistrado de ese entonces.-El cuento del loro.-Una aplicación.-Un civil Ministro de Guerra.-Lo que dijo un presidente.

En nuestra agitada vida republicana, en donde los “presidenciables” abundan y crecen en generación espontánea, pues centenares de individuos declaran estar dispuestos a “sacrificarse” por la ventura de la patria, cabalgados en ese potro bravío que se denomina “primera magistratura”, por lo cual se desesperan, mientras otros la renuncian con noble ejemplo de desinterés, se ven actitudes que sirven de saludable lección y escarmiento.

Hace algún tiempo, sin llegar a los de maricastaña, hubo un ministro de Estado, quien aprovechándose de ese sitio, inició una formidable campaña electoral en favor de su candidatura.

137

Quienes permanecen con los ojos políticos abiertos a la política, de par en par, para pescar situaciones, creyeron que dicho personaje era el candidato oficial, y, por consiguiente, el seguro, pues en esa época la libertad electoral no se conocía, sino que, por el contrario se pregonaba con la mayor desfachatez el atentatorio principio: “no hemos de perder en papeletas lo que ganamos con el plomo”, pues esos muy sabihondos en los triquitraques de la politiquería de acomodo, se apresuraron en la formación de “comités”, así fuese con media docena de adeptos, en el afán de dar aparentes visos de popularidad a quien estaba muy lejos de tenerla.

Así las cosas, el mandatario que hasta entonces había mirado con indiferencia las gestiones pocas decorosas de su secretario de Es-

tado, le envió este mensaje: “No está bien que usted, desde el ministerio, realice autopropaganda electoral. De continuar con esa labor, espero su renuncia”.

El aludido ministro que creía ilusamente, como otros, contar con “su ejército”, le contestó: “no renunció”... el Presidente de la república, General de pelo en pecho le replicó: “Si hasta las dos de la tarde no envía su renuncia, lo destituyó con banda de música”.

El candidato sudó el hopo visitando los cuarteles en el vehículo del seráfico de Asís, ya que los automóviles aún no se conocían en el Ecuador; el numeroso público de Quito despojó a los retirados de las bancas de la plaza grande, sabedor de semejante ultimátum, y a las dos de la tarde salía el Regimiento Bolívar encabezado por su banda; hizo alto en la esquina de la Concepción, mientras el escribano Moya promulgaba en Decreto de Destitución, en medio de estruendosos aplausos de la muchedumbre.

138

Así proceden los magistrados que saben amarrarse los pantalones, sin dar si reconocer preeminencias a un secretario de Estado, so pena de derrumbarse uno y otro, y luego al encontrarse en el abismo de la caída, repetir lo del cuento del loro y el gato. No lo han oído? Erase un loro maldito que cuidaba una tienda de abacería, ocasionando a su dueña muchos perjuicios.

-Señora, tiene pan?

-Agrido, contestaba el loro.

-Señora, tiene queso?

- Agrido, respondía el loro.

Fastidiada la mujer, le torció el pescuezo al loro y le arrojó a un pozo ciego. En ese estado de nerviosismo de la abacera, el gato se

acercó a su ama y le maulló en demanda del acostumbrado pedazo de pan. Pero ella que no estaba en ese instante para mimos con el minino, iracunda, le arrojó al pozo.

Verle el loro caer al abismo y preguntarle si también había dicho agrio, todo fue uno.

En nuestras turbulentas naciones, cuantas veces, presidentes y ministros se hacen enconradizos en la vorágine de su derrumbamiento y mutuamente se preguntan: también proclamaste la dictadura?.

Pero el mandatario de nuestra anterior referencia era de aquellos que la altura no le causaba mareos y desde entonces optó por designar Ministro de Guerra a un ciudadano civil. Uno de ellos fue don Atanacio Zaldumbide, de quien el magistrado dijo en cierta ocasión: “nunca hombre más digno ha ocupado un sillón ministerial”.

LAS ELECCIONES DE ANTAÑO: Frialdad y entusiasmo.-La institución del garrote.-Una promesa inesperada.-Prisiones.-Simulado fusilamiento.-Un picaresco trueque.-Una sentencia en artículo de muerte. -Lo que dijo el moribundo. -Pensamiento becqueriano.

Registrando notas y documentos antiguos nos encontramos con datos poco halagadores en eso del entusiasmo de los ibarreños en los comicios populares. Esporádicamente las elecciones despertaban fervor, y así, en ocasiones los escrutinios no llegaban a doscientos los votos para diputados ni a cincuenta para concejales.

140 | Excepcionalmente eran los casos en los cuales, como cuenta la tradición, “no había títere con calzones” que no interviniese, como en las de Ponce y Cordero, en las que había llegado a tal extremo la contienda electoral que un viejecito conocido con el nombre de Cardópero fue sacado en camilla a la mesa electoral y la gresca entre poncistas y corderistas había sido tan morrocotuda, que el palo bramó y los estribazos abrieron profundas brechas en la cabeza de los electores, muchos de los cuales se marcharon de recto a Quito para curar sus heridas y jamás volver, echando pestes contra los adversarios políticos que tales desaguisados habían cometido.

Después de la transformación política, y cuando se proclamaba como principio demagógico aquellos de que no se han de perder con papeletas lo que se ganó con el plomo, pocos eran quienes intervenían en los comicios, pues llevados del instinto de conservación, preferían que los muertos sufragasen por ellos. Por malos ratos pasaban los electores que ningún punto de contacto tenían con las imposiciones oficiales. Recordemos unos casos.

Éramos alumnos de los primeros años de la segunda enseñanza, cuando estando en el salón de estudios, penetré en él un respetable señor de luengas barbas, semejantes a las de Moisés, lívido como cadáver, con los cabellos erizados y, ocultándose detrás del inspector, exclamó: “Vaya, que a uno no le dejan la complacencia de dar su voto”... el pobre elector había sido perseguido por una califa de sujetos que, garrote en mano impedían el libre ejercicio del sufragio.

Y si por casualidad triunfaba alguna lista genuinamente popular, se agudizaba el ingenio para impedir el desempeño del mandato democrático.

Era el 20 de diciembre de 1902. Según la Ley de Régimen Municipal, debían los nuevos ediles prestar la promesa de estilo. Muchos estudiantes concurrimos a presenciar el acto, pues, uno de los concejales era nuestro querido rector, el virtuoso y ejemplar ciudadano, don José Domingo Albuja. Y con él los respetables doctor Víctor Gómez Jurado, don Juan Manuel Merlo, don Manuel Albuja. Cálida se encontraba la política con motivo de las sectarias leyes dictadas por la legislatura de ese año.

La barra del Salón Municipal estaba de bote a bote, pues se presumía ya una celada. El jefe político abre la sesión, anuncia a los concejales entrantes que va a proceder a la promesa, la misma que fue concebida en estos términos: Prometen ustedes defender y sostener la Constitución y leyes de la República como la incautación de bienes de manos muertas, del matrimonio civil, etc.? Con la arrogancia y fina ironía que acostumbraba en sus discursos el jurisconsulto, doctor Gómez Jurado, rechazó semejante fórmula incompatible con la seriedad de acto, pues la especificación de las leyes, dijo, no se acostumbra, y esta barrabasada no se

ha visto ni en Triana, patria de Pilatos... aplausos ensordecedores del público. Con una expresión serena, secunda el austero doctor Merlo, mientras nuestro rector pronuncia una brillante improvisación que enardeció a los concurrentes y don Manuel María, de temperamento nervioso lanza una retahíla de improperios, gesticulando con pies, brazos y cabeza. Todos los cuatro ediles fueron conducidos presos a los calabozos del cuartel, por no haber prestado la promesa, según la fórmula impuesta por el arbitrario gobernador de ese entonces.

Y no quedó en eso. En altas horas de la noche se había simulado un fusilamiento; broma pesada y torpe que casi en verdad condena a muerte por el susto al anciano don Manuel M. Albuja. ¡Oh los gajes de la cosa pública. Sobrada razón tuvo Madame de Roland cuando al subir las gradas del cadalso exclamó: ¡libertad! ¡libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre!.

142

Seis meses permanecieron dichos señores privados de su curul edilicia y fue preciso que un ciudadano dinámico, como don José Elías Monge interviniese en el asunto para restituirles el cargo, como una reparación al atropello consumado.

No hay dudas que las elecciones de antaño tienen detalles, que por su tradición pasarán a las futuras generaciones como ejemplo de la manera de ser de una época en la vida nacional. Pero asimismo, como dice el vulgo, donde hay unos hay otros.

En cierta ocasión, hace cosa de cuarenta años, un Teniente Político de parroquia, habilísimo de eso de ungrir con el óleo popular la lista oficial, había venido a esta ciudad con el objeto de recibir instrucciones de las autoridades, especialmente de la militar, ejercida en ese entonces por un comandante de raza negra. Recibió

el Teniente Político las papeletas con la consigna de “llenar el catastro”. Con el paquete fue de visita donde un amigo, quien aprovechando un momento de descuido le hizo un cambio; la lista oficial de diputados y senadores fue sustituida por otra de franca oposición al gobierno. El Teniente Político no se dio cuenta del trueque, cumplió a maravilla con el cometido. Sufragó por todos los 300 inscritos en el catastro, siguiendo el riguroso orden alfabético. Apenas las autoridades se dieron cuenta lo denunciaron ante el Juez del Crimen por el delito de falsificación. El infeliz acusado por toda defensa expuso: “Ellos mismos me enseñan estas picardías y ahora me acusan...” Claro está. Ante tan flagrante culpa fue condenado a multa y prisión, pero el día que le citaron con la sentencia, murió víctima de fiebre tifoidea; mas, eso sí, tuvo tiempo, para con voz moribunda balbucear: “Perdónales, señor, porque no saben lo que hacen. Soy inocente, como subalterno cumplí tan solo el mandato superior”.

Estos acontecimientos pertenecen al pasado y como tales no volverán.

ORADORES: Situaciones prometidas.-Una pregunta. -Respuesta que no satisface. -Sobrino que le vuelve por su tío. -Una picaresca felicitación estudiantil. -Disputa entre un señor cura y el sacristán. -Orador gallardo y elocuente, el doctor Juan José Páez. -Cariñoso recuerdo.

Si en todo tiempo y lugar han existido hombres de facundia, elocuentes oradores que arrastran y seducen a las multitudes con su palabra, con su fogosidad e ingenio, lbarra no podía carecer de esos valiosos elementos que hablan a la razón y conmueven a la voluntad. Pero a la vez considerados en sus relaciones con el auditorio, ponen la nota de su personalidad y dejan huellas tan profundas de su paso por las tribunas, que la tradición las conservan, pues ellas marcan una época en la manera de ser y de pensar, facultándoles en ocasiones, lo que pudiéramos decir el dominio de sí mismo, tan aconsejado por el insigne educador Marden. Dirijamos una mirada retrospectiva a ciertos oradores de antaño.

144

El Padre Garcés, músico y poeta, que bastaría su soneto “A una mujer” para ocupar un asiento en el parnaso, conforme le pidió en su libro de “poesías” publicado bajo el seudónimo de Xantipo, era un brillantísimo orador sagrado, según cuentan nuestros mayores; desde el púlpito de la catedral deslumbraba a sus oyentes, a quienes –aquí está lo raro– los consideraba inferiores a descifrar las elucubraciones de su inteligencia.

Un día se encontró en el atrio del templo con un respetable e ilustrado caballero y le preguntó:

-Oyó usted mi sermón?

-Si, padre.

-Y qué le pareció?

-Espléndido, maravilloso como todos lo suyos.
 -Y qué autoridad tiene usted para juzgar las producciones de mi intelecto. Si no entiende, cómo se atreve a opinar?

Ante semejante tunda el buen señor había quedado turulado y dispuesto a taparse los oídos, cada cuando corría riesgo de ser interrogado por ese elocuente orador, tal vez muy pagado de su ciencia y suficiencia, que en verdad eran muchas, y que su temperamento fogoso las agigantaba.

Refiere también la tradición que en la ceremonia de la colocación de la primera piedra del Colegio Nacional, un don Joaquín, pleno de entusiasmo, subió a la tribuna a pronunciar un discurso de congratulación; pero lo mismo fue estar en esa altura y perder, lo que se dice, los estribos. Ante tan desairada situación no obstante ser hombre de talento, su sobrino, galeno inteligente, el primero que aplicó la quinina en la perniciosa, de fácil dicción, después de bajarle sobre sus hombros, suplió airosamente la deficiencia de su tío a quien más de un comedido se acercó a brindarle perlas de éter y valeriana.

145

Algo semejante le ocurrió en memorable ocasión a otro orador, quien con harto desenfado, había comenzado así su predica: “ni los leones con su bravura, ni los tigres con su fiereza ...eeee...me pierdo, me pierdo...me perdí... y descendió. Los estudiantes, picarescamente al recibirle con los brazos abiertos, le habían dicho: “muy bien, se lució” y el conturbado orador, les contestó” “como siempre, como siempre”.

Esto nos recuerda las constantes disputas que allá, antes del terremoto del 68, dizque tenían un señor cura y el sacristán, a causa de que éste afirmaba con mucho desplante, que era muy fácil “echar

un sermón” y a propósito repetía al dedillo no uno, sino varios de los muchos que había oído y que especial cuidado tuvo de recomendar a su memoria de estampilla.

Así iban las cosas hasta que un día enfermó el señor cura, por lo que llamó al sacristán para que desde el púlpito se dirigiera a los fieles de la siguiente manera: Diga usted a mis feligreses que no puedo celebrar misa porque estoy indispueto, pero que les advertimos que el martes en vigilia de San Pedro y de San Pablo, y, que el miércoles es día de fiesta; que Pedro Jiménez y Juana Quiñónez quieren contraer matrimonio; si alguien supiese de algún impedimento, que lo manifieste; es la primera amonestación.

El sacristán contra su costumbre, empezó a temblar y a sentir cosquilleos en la barriga y sudar frío en todo el cuerpo desde que vio al numeroso auditorio y subió a la tribuna sacra y dijo:

146

El señor cura está dispuesto a decir misa; el martes es miércoles, vigilia de Pedro Jiménez y Juana Quiñónez; San Pedro y San Pablo quieren contraer matrimonio. Si alguien supiese el primer impedimento que manifieste la amonestación.

Que el auditorio impone, no cabe duda, y si hemos evocado a oradores de antaño no cerramos esta crónica sin consagrar un cariñoso recuerdo a un verdadero tribuno del pueblo, a un elocuentísimo orador, poeta espontáneo, autor del popular “Imbabura de mi vida”, el doctor Juan José Páez, distinguido legislador que llamó la atención por su gallardía de presencia y facilidad para la réplica e improvisación.

En las efemérides patrias, quien sino él, habría de tomar la palabra. Conocemos una fotografía antigua en donde aparece en la

tribuna, frente al vestíbulo municipal, en elocuente gesticulación; por desgracia los oyentes eran tan pocos que sobraban dedos para contarlos. Este escaso auditorio poco lo importaba. Lo principal para él era dar ensanche a los vuelos de su inspiración cívica.

Como el cisne cantó para morir: su último férvido discurso lo pronunció en las fastuosas fiestas del Tercer Centenario de la Fundación de Ibarra.

LA LEY Y SUS DIVERSAS INTERPRETACIONES: A qué obedecen éstas?.-Un recuerdo histórico.-La suprema razón de un edil.-De hombres en marras.

Requisitos de una buena ley son la claridad y la precisión; no obstante esto, en veces se la interpreta según el cristal al través del cual se mira. Y esto se observó cierta vez en la Cámara del Senado, en su primera junta preparatoria, con motivo del nombramiento de director.

Mientras la Constitución y la Ley de Elecciones estatuyen una cosa, las conveniencias partidistas sostienen otra, triunfando el voto mayoritario. Admirable y edificante lección, verdad?

Esto nos recuerda el hecho histórico ocurrido en cierta sesión de un Ilustre Concejo Cantonal. Un asunto de interés general dividió el criterio de los señores ediles, no por partes iguales, sino que, mientras de un lado eran tres los que sostenían una tesis, del otro eran seis los que la impugnaban, figurando entre estos últimos, un concejal cuya elocuencia era el dulce y apacible sueño...

Las altas voces de quienes intervenían en la discusión despertaron al soñoliento edil, quien, después de estirarse en la curul, restregándose los ojos y bostezando largamente, le dice al vecino: no pases el tiempo discutiendo. Estamos en mayoría y siempre hemos de ganar.

Y así fue. Pero a la sesión siguiente, en vista de la desatinada resolución, los mismos de la mayoría pidieron la reconsideración, para luego aceptar el criterio de minoría, y uno de estos con tono irónico, dirigiéndose al concejal dormilón le preguntó su parecer, y el, con recomendable sinceridad, respondió: de hombres es

errar y mi voto será por la reconsideración. Peor sería empeñarse en una temeridad.

Desde luego estos incidentes que a diario se ven en el comercio de la vida pública, no asombran ni admiran, sino que, por el contrario, son necesarios, pues a través de ellos se aprecia no sólo la psicología humana, sino que ponen un tinte de vida, un gracejo y donaire en las soporíferas cuestiones que chamuscan la mollera y devanan los sesos en el afán idealista de querer resolverlas en la forma más conveniente a los intereses de la colectividad ecuatoriana, en su más amplio sentido, dentro del marco constitucional y legal.

Umberto Eco:

Volvemos los ojos a la cultura escrita.

Con ocasión de recibir el doctorado “Honoris Causa”: en la Universidad Complutense de Madrid. “Estamos volviendo los ojos a la cultura escrita” dijo Umberto Eco, el eminente semiólogo y catedrático de la Universidad de Bolonia, argumentando que ya no nos encontramos ante la era de la imagen sino que “hemos vuelto a una época dominada por la cultura escrita, impuesta por la hegemonía de la computadora que, al fin y al cabo, trabaja con signos alfabéticos”. Añadió que “estamos volviendo a la galaxia Gutenberg. Pero esto no pueden decirlo los ‘mas media’ porque la gente no lo creería. Al gran público le ha costado demasiado trabajo adaptarse a la idea de que vivimos en la civilización de la imagen y no puede renunciar tan fácilmente a este cliché conquistado con tanto esfuerzo”.

En realidad, Víctor Manuel Guzmán, no es solo un “querendón” más de Imbabura, sino un destacado exponente de la cultura local de Ibarra y la provincia. Nació aquí y aquí vivió su vida entera dedicado vocacionalmente al periodismo, el magisterio y el servicio público.

Entre las facetas más importantes de la vida de don Víctor quizá la que más descuella es la de periodista. Escribía bien y emprendía en grandes tareas de opinión pública, pero su mayor temple se reveló en la tenacidad con que mantuvo su esfuerzo de comunicador social. La lista de publicaciones periódicas en nuestra provincia es extensa, como lo atestigua el trabajo del canónigo Elías Liborio Madera, que coleccionó buena parte de ellas; pero la gran mayoría fueron esfuerzos de pocos números, en el mejor de los casos, de pocos años. *El Ferrocarril del Norte*, sin embargo, duró treinta y dos años.

En *El Ferrocarril del Norte* no se encuentra solamente una constante defensa de esa obra, considerada por años como la redención de los pueblos septentrionales del Ecuador, sino una crónica detallada y cariñosa de la realidad de Ibarra y la provincia. La mantuvo don Víctor contra toda dificultad y con grandes sacrificios suyos y de su familia, algunos de cuyos miembros ayudaron también en la quiijotesca tarea.

Otro aspecto relevante de su vida fue el magisterio. A la enseñanza especialmente secundaria, dedicó largos años de su vida. También la actuación parlamentaria fue una actividad destacada de don Víctor, como puede verse en las páginas de esta obra.

Víctor Manuel Guzmán Villena



www.casadelacultura.gob.ec

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria